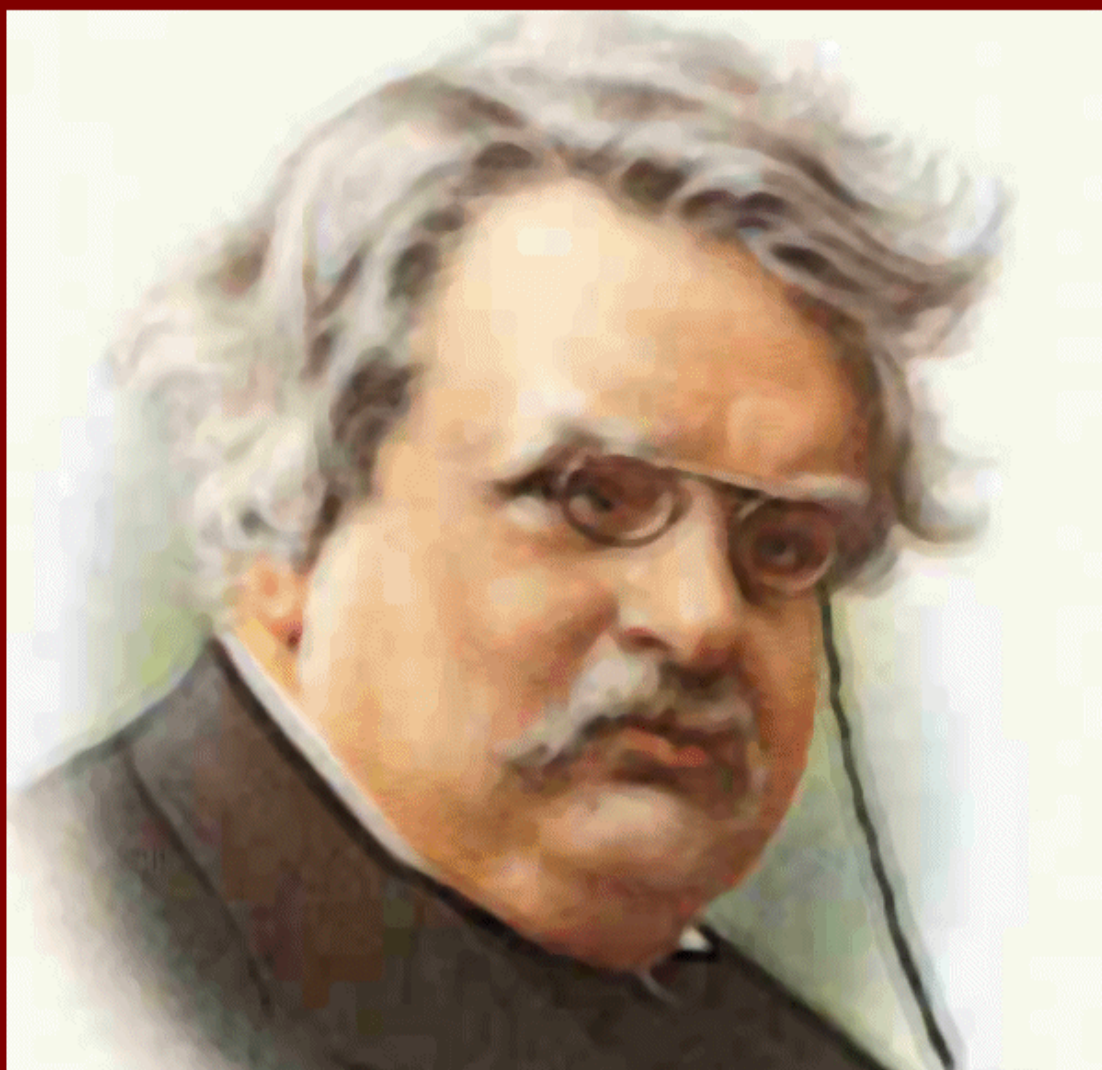


EL HOMBRE QUE SABÍA DEMASIADO  
G. K. CHESTERTON

**EL HOMBRE QUE SABÍA  
DEMASIADO  
G. K. CHESTERTON**



Digitalizado por **LIBRO**dot.com  
<http://www.librodot.com>

# I

## EL ROSTRO EN EL BLANCO

Harold March, periodista y sociólogo de creciente reputación, cruzaba a paso vivo una gran meseta de páramos y pastos comunales, cuyo confín festoneaban los lejanos bosques de la famosa propiedad de Torwood Park. Era March un apuesto joven, vestido con un traje a cuadros, de cabello ensortijado, y muy rubio, y ojos claros y límpidos. Mientras marchaba bajo el sol y el aire, en pleno campo libre, se sentía aún lo bastante joven para pensar en sus opiniones políticas en vez de tratar, simplemente, de olvidarlas. Porque el motivo que le llevaba a Torwood Park era un motivo político. Le había citado allí nada menos que el ministro de Hacienda, sir Howard Horne, quien acababa de presentar un proyecto de presupuesto que algunos calificaban de socialista, y se disponía a comentarlo en una interviú con un escritor que tanto prometía. Harold March era el tipo del hombre que lo sabe todo en política y nada de los políticos. También sabía mucho de arte, letras, filosofía y cultura general, de casi todo, en realidad, menos lo concerniente al mundo en que vivía.

De pronto, en medio de aquellas planicies soleadas y ventosas, vino a dar con una especie de hendedura en el terreno, casi tan angosta que se la podía llamar una grieta. No tenía más anchura que la necesaria para formar el cauce de un arroyo que desaparecía a trechos bajo un verde túnel de maleza, como bajo una selva enana. De hecho Harold tuvo la extraña impresión de ser un gigante que contemplaba el valle de los pigmeos. Al descender al barranco, sin embargo, la impresión se desvaneció; las márgenes rocosas, aunque apenas más altas que una cabaña, se inclinaban hacia afuera y ofrecían el perfil de un precipicio. Cuando March se paró a recorrer el curso del arroyo con una ociosa pero romántica curiosidad y vio brillar el agua en cortos jirones entre grises peñascos y matas suaves como grandes musgos verdes, su imaginación tomó un rumbo completamente opuesto. Fue algo así como si la tierra *se* hubiera abierto y le hubiese sumido en una especie de soñado mundo subterráneo. Y cuando se percató de la presencia de una figura humana, destacándose, oscura, contra la blancura luminosa del agua, y sentada sobre su peñasco, con el aire de un gran pajarraco, experimentó tal vez algunos de los presentimientos propios del hombre que topa con la amistad más extraña de su vida.

El hombre, al parecer, estaba pescando; o por lo menos permanecía en la actitud de un pescador, con una inmovilidad mayor que la de un pescador. March pudo examinarle casi como si se tratara de una estatua, por espacio de unos minutos, antes de que la estatua hablara. Era un hombre alto, rubio, demacrado y un tanto lánguido, de párpados pesados y nariz aguileña. Cuando su cabeza se hallaba cubierta por un ancho sombrero blanco, su bigote rubio y su delgada figura le daban el aire de un joven. Pero el panamá yacía a su lado, sobre el musgo, y el espectador podía ver que su frente estaba prematuramente calva; y esto, combinado con lo manifiesto de *sus* ojeras, ofrecía un aspecto de fatiga mental y hasta de sufrimiento. Pero, después de un breve escrutinio, lo que resultaba más curioso en él era que, aunque parecía un pescador, no estaba pescando.

Tenía, en vez de caña, algo que podía haber sido el salabardo que usan algunos pescadores, pero que se parecía más a la red de juguete que usan los niños y de la cual se sirven lo mismo para pescar quisquillas que para cazar mariposas.

Lo sumergía en el agua de cuando en cuando, miraba gravemente su cosecha de algas o de lodo, y lo volvía a vaciar.

-No; no he cogido nada - observó sosegadamente, como correspondiendo a una muda interrogación -. Cuando saco algo, he de devolverlo al agua, especialmente el pez gordo. Pero algunos de los animalitos me interesan cuando los cojo.

-Un interés científico, supongo - observó March.

-Temo que sea más bien un interés de aficionado -respondió el extraño pescador-. Pero tengo una especie de chifladura por lo que se llaman fenómenos de fosforescencia. Aunque sería algo embarazoso ir por el mundo pregonando pescado podrido...

-Eso me parece a mí - dijo March sonriendo.

-Resultaría un tanto extraño entrar en un salón llevando un gran bacalao luminoso - continuó el desconocido con su aire distraído -. ¡Qué original sería llevarlo como farol o tener sardinas con vela! Algunas bestias marinas serían realmente muy bonitas en calidad de pantallas; el caracol azul de mar, que centellea por todas partes como el cielo estrellado; y algunas de las estrellamares que brillan realmente como estrellas rojas... Pero, naturalmente, no los busco aquí.

March pensó preguntarle qué era lo que buscaba; pero no sintiéndose capaz de seguir una discusión técnica tan profunda, por lo menos, como los peces de las aguas profundas, volvió a temas más ordinarios.

-¡Qué delicioso rincón es éste! -dijo-; ¡esta cañadita con este riachuelo! Es como esos lugares de que habla Stevenson, donde tiene que ocurrir algo.

-Lo sé - respondió el otro -. Pienso que ello es porque el sitio mismo, por decirlo así, parece ocurrir y no meramente existir. Tal vez sea esto lo que Picasso y algunos de los cubistas tratan de expresar mediante ángulos y líneas quebrados. Vea usted aquella pared como un farallón bajo que se inclina exactamente en ángulo recto con el talud de césped que sube a encontrarse con ella. Es como una silenciosa colisión. Es como el rompiente y la resaca de una ola.

March miró al bajo risco que se proyectaba sobre el verde talud, y asintió con la cabeza. Le interesaba un hombre que tan fácilmente pasaba del tecnicismo de la ciencia al del arte, y le preguntó si admiraba a los nuevos artistas angulares.

-Según yo lo entiendo, los cubistas no son bastante cubistas - respondió el desconocido-. Quiero decir que no son bastante macizos. A fuerza de hacer matemáticas, las cosas las dejan sin consistencia. Tome usted las líneas vivas de este paisaje, simplifíquelo hasta hacer de él un mero ángulo recto y lo habrá aplastado hasta convertirlo en un mero diagrama sobre el papel. Los diagramas tienen su belleza, pero es precisamente de otra clase. Representan las cosas inalterables, la clase de cosas serenas, eternas, matemáticas; lo que alguien llama el blanco resplandor de...

Se detuvo, y antes de que dijera otra palabra, algo había ocurrido, algo que sucedió demasiado rápida y completamente para que se dieran cuenta de ello. De detrás del risco que habían estado mirando llegó un ruido y un fragor como de un tren, y apareció un gran automóvil. Sobrepasó la cresta del risco, negro contra la luz del sol, como un carro de batalla que corriera a su destrucción en alguna loca epopeya. March, maquinalmente, tendió su mano en un ademán inútil, como si fuera a alcanzar una taza que se cayera en un salón.

Durante una fracción de segundo, el auto pareció dejar el borde de la roca como un avión; después, pareció que el cielo mismo girara como una rueda, y el coche quedó hecho una ruina en las altas hierbas del fondo, con un hilo de humo gris subiendo desde él lentamente en el aire silencioso. Un poco más abajo, la figura de un hombre de cabellos grises yacía tumbada en el verde y pendiente talud, con las piernas y los brazos abiertos y la cara vuelta a un lado.

El excéntrico pescador soltó su red y corrió hacia aquel punto, seguido de su nuevo amigo. Mientras ambos se acercaban, pareció una monstruosa ironía el hecho de que la máquina muerta siguiera todavía batiendo y atronando afanosamente, como una fábrica, mientras el hombre permanecía tan quieto.

Indiscutiblemente, éste estaba muerto. La sangre corría por la hierba desde una tremenda fractura en la base del cráneo; pero la cara, vuelta hacia el sol, estaba indemne y por sí misma llamaba extrañamente la atención. Era uno de aquellos casos de una cara desconocida tan inconfundible que resulta familiar. Nos parece que deberíamos reconocerla, aunque no la reconozcamos. Era una de esas caras anchas, cuadradas, de grandes mandíbulas, casi como la de un mono eminentemente intelectual; la ancha boca tan apretada, que sólo se revelaba por una simple línea; la nariz corta, con la clase de ventanillas que parecen dilatarse con un ansia de aire. Lo más extraño de esta cara era que una de las cejas estaba inclinada en un ángulo mucho más agudo que la otra. March pensó que nunca había visto un rostro tan naturalmente vivo como aquel rostro muerto. Y su horrible energía parecía más extraña todavía a causa de su halo de cabello cano. Unos papeles habían caído de su bolsillo, y de entre ellos March extrajo un tarjetero. Leyó en voz alta el nombre

impreso en la tarjeta:

-Sir Humphrey Turnbull. Estoy seguro de haber oído este nombre en alguna parte.

Su compañero se limitó a exhalar una especie de suspiro, y permaneció un momento silencioso, como si estuviera meditando. Después, dijo simplemente:

-Pobre hombre; está bien muerto.

Y añadió unos términos científicos en los que su oyente volvió a encontrarse perdido.

-Tal como están las cosas - continuó la misma curiosamente bien informada persona -, lo más legal para nosotros será dejar el cadáver tal como está hasta que se haya dado parte a la Policía. De hecho, pienso que será mejor no enterar a nadie más que a la Policía. No se sorprenda usted si le parece que yo oculto esto a alguno de nuestros vecinos de por ahí.

Después, como impulsado a regularizar esta confianza, un poco repentina, agregó:

-He venido a ver a mi primo en Torwood; me llamo Horne Fisher. Podría haber un equívoco a causa de haber andado yo en esto; ¿no le parece?

-Sir Howard Horne, ¿es primo de usted? - preguntó March -. Yo voy también a Torwood Park para verle; sólo a propósito de su labor pública, por supuesto, y de lo admirablemente que sostiene sus principios. Su presupuesto me parece lo más grande de la historia inglesa. Si fracasa, será el fracaso más heroico de la historia inglesa. ¿No admira usted, Mr. Fisher, a su gran pariente?

-Bastante -dijo Mr. Fisher-; es la mejor escopeta que conozco.

Después, como si se arrepintiera sinceramente de su indiferencia, añadió con una especie de entusiasmo:

-No; pero, verdaderamente, es un magnífico tirador.

Como disparado por sus propias palabras, dio una especie de salto hacia los salientes de los riscos y los escaló con una súbita agilidad que contrastaba con su usual languidez. Permaneció algunos segundos erguido sobre el saliente de arriba; antes de que su compañero se hubiera repuesto lo suficiente para trepar detrás de él.

Arriba, la llanura era una extensión de prado, sobre la cual las ruedas del auto fatal habían dejado un surco asaz visible; pero la orilla estaba cortada como por unos pétreos dientes; había cerca del borde peñascos rotos de todas formas y tamaños; era casi increíble que alguien hubiera ido a dar con los ojos abiertos en una trampa así, especialmente en pleno día.

-No lo comprendo - dijo March-. ¿Estaba ciego? ¿O borracho perdido?

-Ni una cosa ni 'otra, a juzgar por su aspecto - respondió el otro.

-Entonces, ha sido un suicidio.

-No parece una manera cómica de suicidarse - observó el hombre llamado Fisher -. Además, no pienso que el pobre Puggy fuera capaz de suicidarse.

-¿El pobre quién? - preguntó el admirado periodista -. ¿Usted conocía a este desgraciado?

-Nadie le conocía con exactitud - respondió Fisher con alguna vaguedad -. Pero *uno* lo conocía, sin duda. Había sido un terror en su tiempo, en el Parlamento, en los tribunales y en otros sitios, especialmente con ocasión del conflicto que se produjo acerca de unos extranjeros que fueron deportados como indeseables cuando él quería que uno de ellos fuese ahorcado por asesino. Quedó tan disgustado de ello, que se retiró de la magistratura. Desde entonces, se ha divertido la mayor parte del tiempo corriendo solo en automóvil; pero hoy venía también a Torwood para pasar el fin de semana, y no veo por qué se iba a romper la crisma intencionadamente a las puertas mismas de la finca. Creo que Hoggs - quiero decir mi primo Howard - iba a venir especialmente para verse con él.

-¿Es que Torwood Park no pertenece a su primo de usted? - preguntó March.

-No; pertenecía a los Winthrops, ¿sabe? - respondió el otro -. Ahora es de un nuevo propietario: un hombre de Montreal, llamado Jenkins. Hoggs viene a cazar; ya le dije a usted que es una magnífica escopeta.

Este elogio, aplicado repetidamente al gran estadista, afectó a March como si alguien hubiera

definido a Napoleón como un gran jugador de **nap**<sup>1</sup>. Pero tenía otra impresión a medio formar que naufragaba en este mar de cosas poco familiares, y la sacó a flote antes de que desapareciera.

-Jenkins - repitió --. ¿No hablará usted de Jefferson Jenkins, el estafador social? Quiero decir el hombre que está luchando a favor del nuevo sistema de la casita de campo. Sería tan interesante conocerle a él como a cualquier ministro del mundo; y no se ofenda usted si lo digo.

-Sí; Hoggs le indicó que tenía que optar por lo de la casita - dijo Fisher -. Dice que la cría de las vacas ha sido mejorada ya demasiadas veces, y la gente empieza a reírse de ello. Y, naturalmente, un título de Par hay que colgarlo de algo, por más que el pobre hombre aún no lo ha alcanzado. ¡Hola! Ahí viene alguien.

Había empezado a andar siguiendo las huellas del coche y dejando éste en el barranco, todavía zumbando horriblemente como un gigantesco insecto que hubiera matado a un hombre. Las huellas los llevaron al ángulo de una carretera, uno de cuyos brazos continuaba en derechura hacia las distantes puertas del parque. Era evidente que el auto había corrido por esta larga y recta carretera y, después, en vez de torcer a la izquierda con ella, había seguido en línea recta sobre el prado hasta encontrar su destino. Pero no era este descubrimiento lo que había atraído la mirada de Fisher; sino algo más sólido todavía. En el recodo de la blanca carretera había una figura solitaria y oscura, casi tan quieta como un poste. Era la de un hombre corpulento en traje de cazador, con la cabeza descubierta y con un cabello rizado y alborotado que le daba un aspecto salvaje. Al acercarse a él, esta primera y fantástica impresión se desvaneció. A plena luz, la figura tomaba un aspecto más normal, como el de un caballero corriente que hubiera acertado a salir destocado y sin peinarse con demasiado esmero. Pero quedaba la figura alta y fuerte; y algo hundido y hasta cavernoso en las cuencas de los ojos redimía de la vulgaridad su casi animal belleza.

Pero March no tuvo tiempo de estudiar al hombre algo más detenidamente, porque, con gran asombro suyo, su guía se limitó a decir: « ¡Hola, Jack! » y pasó de largo, como si el otro hubiera sido realmente un poste y sin tratar de notificarle la catástrofe ocurrida. Fue una cosa relativamente insignificante; pero no era más que la primera de una cadena de singulares rarezas por la cual iba llevándole su nuevo y excéntrico amigo.

El hombre por cuyo lado acababan de pasar se quedó mirándolos de una manera un tanto recelosa; pero Fisher continuó serenamente su camino siguiendo la recta carretera que pasaba ante las puertas de la gran propiedad.

-Éste es Juan Burke, el viajero - se digno explicar -. Supongo que conoce usted su fama: es un gran cazador de animales salvajes. Siento no haberme podido detener para presentarle a usted; pero me figuro que le conocerá más tarde.

-Conozco su libro, por supuesto - dijo March con renovado interés -. Es verdaderamente un buen ejemplo de descripción la suya cuando dice que no se dio cuenta de la proximidad del elefante hasta que la colosal cabeza le eclipsó la Luna.

-Sí, el joven Halkett escribe bastante bien, me parece. ¿Qué? ¿No sabía usted que Halkett ha escrito el libro de Burke? Burke sólo sabe manejar la escopeta, y con ésta no se puede escribir. ¡Oh, a su manera, es bastante sincero! ¿Sabe? Y bravo como un león, o mucho más bravo todavía.

-Parece que usted lo sabe todo acerca de él - observó March con una risa un poco aturdida - y de muchas otras personas.

La calva frente de Fisher se arrugó de pronto, y en sus ojos apareció una curiosa expresión.

-Yo sé demasiado -dijo-. Esto es lo que me pasa. Esto es lo que pasa a todos los nuestros; sabemos demasiado. Demasiado los unos de los otros y demasiado de nosotros mismos. Por esta razón me hallo en estos momentos realmente interesado por una -sola cosa que no se.

-¿Y es? - inquirió el otro.

-Por qué ha muerto aquel desgraciado.

Habían andado casi una milla por la recta carretera conversando a intervalos de este modo, y March experimentaba la singular sensación de que le estaban volviendo el mundo de dentro afuera.

---

<sup>1</sup> Abreviación de Napoleón, nombre de un juego de naipes.

Horne Fisher no hablaba especialmente mal de sus amigos y parientes de la buena sociedad; a alguno de ellos se refería con afecto. Pero todos parecían ser una nueva clase de hombres y mujeres que acertasen a tener los mismos nombres que unos hombres y mujeres mencionados muy a menudo por los periódicos. No obstante, ningún frenesí de rebeldía podía haberle parecido más completamente perturbador que esta fría familiaridad. Era como la luz del día vista a través de un escenario teatral.

Llegaron a la gran entrada del parque, y, con sorpresa de March, pasaron de largo y continuaron por la interminable, blanca y recta carretera. Pero era todavía temprano para su cita con Sir Howard, y, por otra parte, no dejaba de sentir una cierta curiosidad por ver el fin del experimento, cualquiera que fuese, de su nuevo amigo. Hacía tiempo que habían dejado atrás los marjales, y la mitad de la blanca carretera aparecía gris bajo la gran sombra del bosque de pinos de Torwood, y los pinos mismos semejabán barras grises puestas para impedir la entrada al sol y producir adentro, en medio de aquella luminosa mañana, su propia medianoche. Pronto, sin embargo, empezaron a aparecer rendijas entre ellos, como reflejos de vidrieras de color; los árboles se hacían más claros y se iban alejando a medida que la carretera avanzaba, dejando ver los incultos matorrales donde, según dijo Fisher, los invitados de la casa habían estado disparando todo el día. Y, a unas doscientas yardas más allá, llegaron al primer recodo de la carretera.

En el ángulo había una especie de ruinoso taberna, cuyo nombre, según rezaba una deslucida muestra, era «Los racimos». La muestra estaba ahora borrosa e indescifrable, y colgaba destacándose negra sobre el cielo y el páramo gris; tan atractiva, poco más o menos, como una horca. March observó que parecía una taberna para vender vinagre en vez de vino.

-Buena frase - dijo Fisher -, y sería verdad, si usted fuera lo bastante tonto para beber vino en ella. Pero la cerveza es muy buena, y el coñac también.

March entró con él en la sala, un poco extrañado, y su vaga sensación de repugnancia no se desvaneció, antes al contrario, a la vista del tabernero, quien difería del afable tipo de tabernero que nos pintan las novelas, pues era un hombre huesudo, muy silencioso tras de sus bigotes negros, pero también con unos ojos negros e inquietos. A pesar de su taciturnidad, el investigador logró obtener de él algún informe a fuerza de pedir cerveza y de hablarle insistente y minuciosamente sobre el tema de los automóviles. Al parecer, consideraba al tabernero, cosa un poco rara, como una autoridad en materia de automóviles; como si le creyera muy 'al tanto de los secretos de su mecanismo, conducción y reparación, reteniendo al hombre todo el rato con una mirada centelleante como del Antiguo Marinero. De toda esta conversación, un tanto misteriosa, resultó por fin una especie de reconocimiento de que un automóvil de cierto tipo y características se había detenido ante la posada una hora antes, y que un caballero anciano había bajado de él para pedir un auxilio de carácter mecánico. Habiéndosele preguntado si el visitante había requerido algún otro auxilio, el tabernero dijo brevemente que el anciano caballero había llenado su botella y comprado un paquete de bocadillos. Y, con estas palabras, el poco hospitalario huésped se retiró precipitadamente del mostrador, y ellos quedaron oyéndole cerrar a golpes las puertas en el oscuro interior.

La mirada un tanto tediosa de Fisher recorrió la polvorienta y lúgubre sala y se detuvo, soñolienta, en una caja de vidrio con un pájaro disecado dentro, que tenía encima una escopeta colgada de unos ganchos y que parecía ser el único ornamento de la estancia.

-Puggy era un humorista - observó -; por lo menos a su manera un poco lúgubre. Pero parece una broma demasiado lúgubre para un hombre el comprar un paquete de bocadillos precisamente cuando va a suicidarse.

-Si a eso vamos - respondió March -, tampoco es muy corriente que un hombre compre bocadillos cuando se halla a las puertas de una gran casa donde va a pasar el día.

-No, no - repitió Fisher casi maquinalmente.

Y de pronto miró a su interlocutor con una expresión mucho más animada.

-Por Júpiter, ésta es una idea. Tiene usted mucha razón. Y eso sugiere algo muy curioso, ¿no es cierto?

Hubo un silencio, y entonces March se sobresaltó con una nerviosidad absurda al oír que se

abría la puerta de la taberna y que otro hombre avanzaba vivamente hacia el mostrador. El recién llegado hizo sonar una moneda y pidió coñac a gritos antes de ver a los otros dos clientes, que estaban sentados en una desnuda mesa de madera debajo de la ventana. Cuando se volvió, con una mirada de asombro, March tuvo aún otra emoción inesperada, pues su guía saludó al hombre llamándole Hoggs y lo presentó como Sir Howard Horne.

Parecía bastante más viejo que los juveniles retratos que publicaban los periódicos ilustrados, como acostumbraba ocurrir con los políticos; su cabello rubio y liso griseaba a trechos, pero su rostro era cómicamente redondo, con una nariz romana, que, combinada con sus ojos vivos y penetrantes, suscitaba el vago recuerdo de un loro. Llevaba una gorra echada un poco hacia el cogote y una escopeta bajo el brazo. Harold March había imaginado muchas cosas, sobre su entrevista con el gran reformador político; pero nunca se lo había figurado con una escopeta bajo el brazo, bebiendo coñac en una taberna.

-Así, tú también estás en casa de Jink - dijo Fisher -. Todo el mundo parece estar hoy en casa de Jink.

-Sí - respondió el ministro de Hacienda -. ¡Magnífica cacería! Por lo menos, en todo lo que no se refiere a Jink. Nunca he conocido un individuo que, poseyendo tan buena caza, sea tan mal cazador. Entiéndelo bien; es un muchacho excelente, y todo lo demás; nada tengo que decir de él. Pero se ve que no aprendió a sostener una escopeta cuando vendía carne de cerdo o lo que fuera. Dicen que una vez se llevó de un tiro la escarapela del sombrero de su criado. De paso sea dicho, él tenía que ser quien tuviera escarapelas. Otra vez dio en el gallo de la veleta de su ridículo cenador. Supongo que es lo único que habrá cazado. ¿Vienen ustedes de allí ahora?

Fisher dijo un poco vagamente que le seguiría en seguida, en cuanto hubiera aclarado una cosa; y el ministro de Hacienda salió de la taberna. March tuvo la impresión de que estaba un poco contrariado o impaciente cuando pidió coñac; pero el hablar le había devuelto la ecuanimidad aunque la conversación no hubiera sido lo que su literario visitante había esperado. Fisher, pocos minutos después, salió lentamente de la taberna, seguido de su compañero, y se quedó en medio de la carretera mirando en la dirección de donde habían venido. Después anduvo unas doscientas yardas en aquella dirección; y volvió a detenerse.

-Me parece que éste es, poco más o menos, el sitio - dijo.

-¿Qué sitio? - preguntó su compañero.

-El sitio desde donde parece fue muerto el pobre hombre - dijo Fisher melancólicamente.

-¿Qué quiere usted decir? - preguntó March-. Se ha roto la crisma contra las rocas a una milla y media de aquí.

-No - respondió Fisher -. No dio contra las rocas. ¿No notó usted que había caído sobre el talud de hierba que hay debajo? Pero yo vi que ya llevaba una bala en el cuerpo.

Y, después de una pausa, añadió:

-Estaba vivo en la posada, pero estaba muerto mucho antes de llegar al barranco. De manera que tuvieron que herirle mientras guiaba su automóvil por este trecho de la carretera; y yo pensaría que, poco más o menos, fue por aquí. Después de esto, claro está, el automóvil siguió en línea recta sin nadie que lo detuviera o lo desviara. Es, a su manera, una treta muy hábil, pues el cadáver tenía que ser hallado lejos, y muchos dirían, como usted, que se trataba de un accidente de automóvil. El asesino debe haber sido un bruto ingenioso.

-Pero, ¿no iba a oírse el tiro desde la posada o desde algún sitio? - preguntó March.

-Iba a oírse. Pero nadie haría caso. Éste es otro detalle - prosiguió el investigador - en que el criminal ha demostrado su astucia. Todo el día ha habido gente cazando por todas partes; y es muy posible que el momento haya sido elegido de modo que el tiro quedase ahogado por muchos otros. Indudablemente, se trata de un criminal de primera categoría. Y de algo más también.

-¿Qué quiere usted decir? - preguntó su compañero, presintiendo algo extraño, sin saber por qué.

-De un tirador de primera categoría - dijo Fisher.

Se había vuelto de pronto, y avanzaba por un sendero estrecho y herboso, especie de camino carretero, que corría frente a la taberna y señalaba el término de la gran propiedad y el comienzo de los páramos. March echó a andar detrás de él, con la misma ociosa perseverancia de antes, y le encontró, observando atentamente, por un claro entre hierbajos y zarzas gigantes, la lisa superficie de una valla pintada. Detrás de la valla, se elevaban las altas columnas grises de una hilera de álamos que ocultaban el cielo con su densa y verde sombra y temblaban débilmente al impulso de un viento que insensiblemente se había convertido en brisa. La tarde declinaba y las titánicas sombras de los álamos se alargaban sobre un tercio del paisaje.

-¿Es usted un criminal de primera categoría? - preguntó Fisher en tono amistoso -. Yo temo no serlo. Pero me parece que podría ser una especie de ladrón de cuarta clase.

Y, antes de que su compañero llegase a responder, había logrado encaramarse a la valla y saltar al otro lado. March le siguió sin gran esfuerzo corporal, pero con considerable confusión mental. Los álamos crecían tan cercanos a la valla, que tuvieron alguna dificultad para deslizarse a través de ellos, y más allá de los álamos podían ver solamente un alto seto de laureles, verde y lustroso a la luz del ocaso. Algo en esta limitación por una serie de paredes vivientes le hizo sentir una impresión tal como si estuvieran entrando en una casa cerrada en vez de en un campo abierto. Era como si penetrasen por una puerta o ventana desusados y encontraran el paso obstruido por unos muebles. Cuando hubieron salvado el seto de laurel, salieron a una especie de terraza de césped, que descendía por un verde talud a un prado rectangular parecido a una bolera. Detrás de éste se levantaba el único edificio visible, un invernadero bajo que parecía alejado de todas las cosas, como una casita de cristal rodeada de su jardín en el país de las hadas. Fisher conocía ya aquel aspecto desolado de las dependencias remotas de una gran finca. Le parecían una sátira contra la aristocracia, sátira mucho mayor que si estuviesen cubiertas de hierbajos y sembradas de ruinas. Porque no están descuidadas y, en cambio, están abandonadas o, por lo menos, desusadas. Se mantienen limpias y dispuestas para un dueño que nunca las visita.

Mirando hacia el prado percibió un objeto que, al parecer, no esperaba hallar. Era una especie de trípode que sostenía un gran disco parecido al tablero de una mesa redonda puesto verticalmente; hasta que se adelantaron a mirarlo de cerca, no se dieron cuenta de que se trataba de un blanco de tiro.

Estaba viejo y deteriorado por el tiempo; los alegres colores de sus círculos concéntricos estaban desvaídos; probablemente, había sido erigido en los lejanos días victorianos, cuando estuvo de moda la arquería. March tuvo una vaga visión de damas con pomposos miriñaques y caballeros con extraños sombreros y patillas volviendo a visitar aquel jardín perdido, como aparecidos.

Fisher, que examinaba más atentamente el blanco, le sorprendió con una exclamación.

- ¡Hola! - dijo -, alguien ha estado acribillando esto a tiros; y de esto no hace mucho tiempo. Bueno, me parece que Jink ha estado tratando aquí de corregir su mala puntería.

-Sí, y parece que necesitaba corregirla mucho - respondió March riendo -. Ni un solo tiro ha dado cerca de la diana; todos parecen esparcidos de la manera más torpe.

-De la manera más torpe... - repitió Fisher con los ojos todavía atentamente fijos en el blanco.

Parecía simplemente asentir, pero March creyó ver que sus ojos brillaban bajo lóculos pesados párpados y que enderezaba su cuerpo encorvado con un curioso esfuerzo.

-Permítame un momento - dijo Fisher rebuscando en sus bolsillos -. Creo que tengo aquí alguno de mis productos químicos y... Después de esto subiremos a la casa.

Y volvió a inclinarse sobre el blanco, poniendo algo con el dedo en cada uno de los agujeros hechos por las balas. Por lo que March pudo ver, se trataba meramente de una untura gris mate. Luego subieron, a la luz del crepúsculo, por las largas avenidas verdes, hasta la gran casa.

Allí, sin embargo, el excéntrico investigador tampoco entró por la puerta principal. Dio la vuelta a la casa hasta encontrar una ventana abierta, y, saltando por ella, introdujo a su amigo en lo que parecía ser la armería. Hileras de instrumentos corrientes para abatir pájaros estaban puestos contra la pared; pero encima de una mesa al lado de la ventana, había una o dos armas de un modelo



más pesado y de aspecto más formidable.

-¡Hola! Éstos son los grandes rifles de Burke - dijo Fisher -. No sabía que los guardase aquí.

Levantó uno de ellos, lo examinó brevemente y lo volvió a dejar, con el ceño muy fruncido. Casi al mismo tiempo, un joven entró precipitadamente en el aposento. Era moreno y fornido, con la frente abombada y mandíbulas de perro dogo. Se excusó un poco bruscamente.

-He dejado aquí las armas del comandante Burke - dijo -, y quiere que se empaqueten. Se va esta noche.

Y se llevó los dos rifles, sin conceder siquiera una mirada al forastero; por la ventana abierta pudieron ver cómo se perdía su figura rechoncha en la penumbra del jardín. Fisher volvió a salir por la ventana y se quedó mirándole.

-Ese es Halkett, de quien le he hablado - dijo -. Sabía que era una especie de secretario y que tenía algo que ver con los escritos de Burke; pero no sabía que tuviera que ver con sus escopetas. Sólo que pertenece a esta clase de diablejos callados y juiciosos que pueden servir para todo; el tipo de hombre que 'usted se pasa muchos años conociendo sin enterarse de que es un campeón de ajedrez.

Habían empezado a andar en la dirección por donde había desaparecido el secretario, y pronto llegaron a la vista de los restantes huéspedes de la casa, estaban hablando y riendo en el prado. Podían ver la alta figura y la suelta melena del cazador de leones dominando al pequeño grupo.

-A propósito - observó Fisher -, cuando hablábamos de Burke y Halkett, dije que un hombre no puede escribir con una escopeta. Bueno, ahora no estoy tan seguro de ello. ¿Nunca ha oído usted hablar de un artista tan hábil que supiera dibujar con una escopeta? Por ahí anda suelto un tipo asombroso.

Sir Howard acogió a Fisher y a su amigo el periodista con tumultuosa afabilidad; el último fue presentado al comandante Burke y al señor Halkett, y también (como paréntesis) al dueño de la casa, Jenkins, un hombrecillo vulgar, vestido con un traje a cuadros chillones, a quien todo el mundo parecía tratar con una especie de afecto como si fuese un bebé.

El incorregible ministro de Hacienda todavía hablaba de los pájaros que había matado y de los pájaros que Jenkins, su anfitrión, no había sabido matar. Aquella parecía una especie de amable monomanía.

-No me venga usted con su caza mayor - exclamó agresivamente dirigiéndose a Burke -. Cualquiera hace blanco en la caza mayor. Es la menor la que requiere una buena puntería.

Claro - interpuso Horne Fisher -. Ahora, si un hipopótamo pudiera salir volando de aquel arbusto, o si usted criara elefantes en su propiedad, entonces...

-Hasta Jink podría matar un pájaro de esta clase - exclamó Sir Howard golpeando festivamente la espalda de su anfitrión -. Hasta él sabría dar en un pajar o en un hipopótamo.

-Oigan - dijo Fisher -. Quisiera que vinieran ustedes un minuto conmigo para tirar a otra cosa. No es un hipopótamo. Otra especie de animal raro que he encontrado en la propiedad. Es un animal con tres patas y un solo ojo, y tiene todos los colores del arco iris.

-¿De qué demonios está usted hablando? - preguntó Burke.

-Venga usted y lo verá - respondió Fisher alegremente.

Gentes como las reunidas allí rara vez se niegan a nada desatinado, porque siempre andan detrás de algo nuevo. Gravemente, volvieron a buscar sus escopetas y siguieron en grupo detrás de su guía; Sir Howard sólo se detuvo, en una especie de embeleso, para señalar al famoso cenador dorado sobre el cual se conservaba todavía torcida la dorada veleta. Estaba ya oscureciendo cuando llegaron al apartado césped junto a los álamos, y aceptaron el nuevo e inútil juego de tirar al viejo blanco.

Los últimos rayos de luz parecían abandonar el prado, y los álamos, en el ocaso parecían grandes plumas negras sobre un ataúd morado cuando la frívola procesión dobló el último recodo y se halló enfrente del blanco.

Sir Howard volvió a embromar a su anfitrión golpeándole la espalda y empujándole para que tirara el primero. La espalda y el brazo que tocó parecían anormalmente rígidos y angulosos. Jenkins sostenía su escopeta en una actitud más torpe de lo que sus burlones amigos hubieran visto o esperado nunca.

En el mismo instante se oyó un horrible alarido. Era tan extraño y tan incongruente con la escena, que podía haber sido proferido por algo inhumano que se cerniera por encima de ellos o los acechara desde los negros bosques que los rodeaban. Pero Fisher sabía que había nacido y se había ahogado entre los pálidos labios de Jefferson Jenkins, de Montreal; y nadie en aquel momento, viendo la cara de Jenkins, se habría quejado de que fuera vulgar.

Un momento después, un torrente de guturales pero regocijados juramentos salía de labios del comandante Burke, al ver él y los otros dos lo que tenían delante. El blanco se erguía sobre la oscura hierba como un negro trago que les hiciera muecas. Tenía dos ojos como dos estrellas, y en parecidos y fantásticos puntos luminosos se dibujaban las dos remangadas y abiertas ventanas de la nariz y los dos extremos de la ancha y apretada boca. Unos cuantos puntos blancos sobre cada ojo indicaban las canosas cejas, y una de ellas se levantaba casi erecta. Era una brillante caricatura hecha en brillantes líneas de puntos, y March conoció de quién era. Brillaba el blanco sobre la hierba umbrosa, untado de fosforescencia marina como si un monstruo subacuático se hubiera arrastrado hasta la penumbra del jardín; pero aquella cabeza era la cabeza de un muerto.

-Es pintura luminosa - dijo Burke -. Fisher nos ha gastado una broma con su materia fosforescente.

-Parece que quiera ser Puggy - observó Sir Howard -. Se le asemeja mucho.

Tras esto, todos rieron, excepto Jenkins. Cuando todos hubieron callado, él emitió un ruido que parecía el primer esfuerzo de un animal para reír. Horne Fisher se le acercó de pronto y dijo:

-Señor Jenkins, le he de hablar en seguida y a solas.

Fue junto al arroyo de los marjales, sobre el talud bajo el risco saliente, donde March se encontró citado con su nuevo amigo poco después de la horrible y casi grotesca escena que había disuelto el grupo del jardín.

-Fue una payasada de mi parte el poner fósforo en el blanco; pero la única probabilidad que tenía yo de hacer que el culpable se vendiera era cogerle por sorpresa. Y cuando él vio la cara que había dibujado a tiros brillando sobre el blanco en que se ejercitaba, toda encendida de una luz diabólica, se vendió. Lo suficiente para mi satisfacción intelectual.

-Temo no entender ni siquiera ahora -dijo March- qué es lo que Jenkins hizo ni por qué lo hizo.

-Debería usted entenderlo -respondió Fisher con su sonrisa un poco triste -, porque usted mismo me dio la primera idea. ¡Oh, sí, usted fue! Y una idea muy sagaz, por cierto. Usted dijo que uno no lleva bocadillos consigo para ir a comer en una gran casa. Eso es mucha verdad; y lo que se deduce de ello es que, si bien él iba allí, no se proponía comer allí. O, cuando menos, podía no comer allí. Se me ocurrió en seguida que él probablemente contaba con que su visita no sería agradable, o que la acogida sería dudosa, o que algo le impediría aceptar hospitalidad. Entonces me acordé de que Turnbull fue en otro tiempo el terror de ciertos turbios personajes y pensé que tal vez había venido a identificar y denunciar a uno de ellos. Las probabilidades desde el primer momento apuntaban al patrón, es decir, a Jenkins. Estoy moralmente cierto, ahora, de que Jenkins es el extranjero indeseable que Turnbull quiso condenar con motivo de otro asunto en que también mediaron tiros; pero ya ve usted cómo el caballero tirador tenía guardado otro tiro todavía.

-Pero usted ha dicho que se necesitaba ser muy buen tirador.

-Jenkins es un buen tirador - dijo Fisher -. Un tirador muy bueno que sabe hacerse pasar por un tirador muy malo. ¿Quiere usted que le diga cuál fue la otra indicación que, después de la de usted, me hizo pensar que se trataba de Jenkins? Fue lo que me dijo mi primo de su mala puntería. Había arrancado la escarapela de un sombrero y torcido una veleta. Ahora bien: un hombre ha de ser muy buen tirador para tirar tan mal. Debe tirar con mucha precisión para tocar la escarapela y no la cabeza, o siquiera el sombrero. Si los tiros hubiesen ido realmente al azar, hay mil probabilidades

contra una de que no hubieran dado en objetos tan prominentes y pintorescos. Originaron una historia que dio la vuelta a nuestros círculos sociales. Jenkins conserva la veleta torcida en lo alto del cenador para perpetuar la historia como una leyenda. Y después se pone al acecho con su puntería y su fusil, bien emboscado detrás de la leyenda de su propia inhabilidad...

»Pero hay algo más. Hay el cenador mismo. Quiero decir que hay todo el conjunto. Hay todo lo que da motivo para que se rían de Jenkins: los dorados y colores llamativos y toda la vulgaridad que le distingue como un advenedizo. Ahora bien: en realidad, los advenedizos no hacen esto. Dios sabe que hay muchos de ellos en la buena sociedad, y uno los conoce bien. Y esto es lo último que harían. Generalmente, son lo bastante listos para saber lo que les conviene; e inmediatamente se ponen con cuerpo y alma en manos de artistas decoradores y peritos en arte que lo hacen todo por ellos. Difícilmente se encontraría otro millonario que tuviera el valor de hacer dorar su monograma en una silla como la que hay en la armería. Y, ya que de esto hablamos, no se trata sólo del monograma, sino también del nombre. Nombres como Tompkins, Jenkins y Jinks son divertidos sin ser vulgares; quiero decir que son vulgares sin ser comunes. Si lo prefiere usted, son triviales sin ser corrientes. Son precisamente los nombres que se escogen para *parecer* ordinario. ¿Conoce usted muchas personas que se llamen Tompkins? Es mucho más raro que Talbot. Casi lo mismo ocurre con los vestidos ridículos del *parvenu*. Jenkins viste como un personaje de *Punch*. Quiero decir que es un personaje de *Punch*. Quiero decir que es un personaje ficticio. Es un animal fabuloso. No existe.

»¿Ha reflexionado usted nunca en lo que representa el ser un hombre que no existe? Quiero decir ser un hombre con una personalidad ficticia, que debe sostener a expensas no solamente de sus virtudes personales, sino de sus placeres personales, y, sobre todo, de sus aptitudes personales. Ser una nueva especie de hipócrita, escondiendo una habilidad en una nueva especie de servilleta. Este hombre había escogido muy cuidadosamente su hipocresía; era realmente una hipocresía nueva. Más de un bellaco sutil se ha disfrazado de valiente caballero, de digno negociante, de filántropo y de santo; pero los cuadros chillones de un ridículo ganapán eran realmente un disfraz bastante nuevo. Mas el disfraz tenía que ser muy molesto para un hombre que realmente sabía hacer las cosas. Éste es un diestro campeón cosmopolita que sabe hacer montones de cosas; no solamente tirar, sino dibujar y pintar y, probablemente, tocar el violín. Ahora bien, un hombre así puede encontrar útil el ocultar sus habilidades; pero no puede evitar el desear hacer uso de ellas donde no sirven para nada. Si sabe dibujar, dibujará distraídamente sobre el papel secante. Yo sospecho que este bribón ha dibujado muchas veces la cara del pobre Puggy en un papel secante. Probablemente, lo empezó haciéndolo con borrones, como más tarde lo hizo con puntos, o, mejor dicho, a tiros. Del mismo modo encontró un blanco en un rincón solitario y no pudo resistir la tentación de ejercitarse en secreto, como el que se emborracha en secreto. A usted le parecieron los tiros distribuidos de una manera irregular; y en verdad lo eran; pero no accidentales. No había dos distancias, iguales; pero los distintos tiros estaban donde él se había propuesto ponerlos. Nada necesita una precisión tan matemática como una tosca caricatura. Yo mismo he chapuceado un poco en dibujo y puedo asegurarle que poner un punto donde usted quiere es ya una maravilla cuando se hace con una pluma que está casi tocando el papel. Hacerlo a través de un jardín con una escopeta es un milagro. Pero un hombre que sabe hacer estos milagros siempre siente el prurito de hacerlo, aunque sea a escondidas.

Después de una pausa, March observó pensativo:

-Pero no podía haberle matado como a un pájaro con una de estas escopetas.

-No; por eso entré yo en la armería - respondió Fisher -. Lo hizo con uno de los rifles de Burke; y Burke creyó reconocer el estampido. Por eso salió corriendo sin sombrero y con aquel aire alocado. No vio otra cosa que un automóvil pasando a toda velocidad, y le siguió un rato con la vista hasta que dedujo que se había equivocado.

Hubo otro silencio, durante el cual Fisher permaneció sentado en una gran piedra, con la misma inmovilidad de cuando se vieron por primera vez. Contemplaba cómo el río gris plateado

desaparecía bajo la maleza. Después, de pronto, dijo March:

-Por supuesto, él sabe la verdad ahora.

-Nadie sabe la verdad, excepto usted y yo - respondió Fisher dulcificando algo la voz -, y no creo que usted y yo riñamos nunca.

-¿Qué quiere usted decir? - preguntó March con demudado acento-. ¿Qué ha hecho usted?

Horne Fisher seguía contemplando la corriente. Al cabo, dijo:

-La Policía ha demostrado que se trataba de un accidente 'de automóvil.

-Pero usted sabe que no ha sido eso - insistió March.

-Ya le dije a usted que yo sé demasiado - respondió Fisher con la mirada fija en el río -. Sé esto y sé otras muchas cosas. Conozco el ambiente y me consta cómo funciona todo. Sé que este individuo ha conseguido hacerse incurablemente vulgar y ridículo. Sé que uno no puede obtener un proceso contra el viejo Toole o el pequeño Tich. Si yo fuera a decir a Hoggs o al Halkett que Jink es un asesino, se me reirían en las barbas. ¡Oh, yo no digo que su risa fuera del todo inocente, aunque en cierto modo sería sincera! Necesitan a Jink y no pueden prescindir de él. No digo que yo mismo sea inocente del todo. Quiero a Hoggs; no quiero que pierda su puesto, y lo perdería si Jink no pudiera pagar su corona de Lord. Estuvieron ya endiabladamente en peligro cuando las últimas elecciones, se lo aseguro a usted. Pero el único obstáculo real es que la cosa es imposible. Nadie lo creería. La veleta torcida lo convertiría siempre en una broma.

-¿No piensa usted que eso es infame? -preguntó March.

-Yo pienso muchas cosas - respondió el otro -. Si ustedes llegaran a volar con dinamita todo este enredo de la alta sociedad, no creo que la raza humana perdiera gran cosa. Pero no sea usted severo conmigo sólo porque conozco lo que es la alta sociedad. Por eso precisamente mato el tiempo en cosas como el pescado podrido.

Hubo una pausa al volverse a acomodar Fisher junto al arroyo, y luego añadió:

-Ya le dije a usted que tenía que volver a tirar el pez gordo.

## II

### EL PRINCIPE QUE SE DESVANECIA

Este cuento empieza entre una maraña de cuentos alrededor de un nombre a la vez reciente y legendario. El nombre es el de Miguel O'Neill, llamado popularmente el príncipe Miguel; en parte, porque pretendía descender de los antiguos príncipes fenianos y, en parte, porque se le atribuía el proyecto de proclamarse Príncipe Presidente de Irlanda, como se proclamó de Francia el último Napoleón. Era, indudablemente, un caballero de honorable alcurnia y de muchas habilidades; pero dos de éstas se distinguían de las demás. Tenía gran talento para aparecer donde nadie le buscaba y gran talento para desaparecer cuando alguien le buscaba, especialmente si este alguien era la Policía. Se puede añadir que sus desapariciones eran más peligrosas que sus apariciones. En estas últimas, raramente iba más allá de lo sensacional: poner pasquines sediciosos, romper pasquines oficiales, pronunciar discursos incendiarios o desplegar banderas prohibidas. Pero, para realizar las primeras, a veces luchaba por su libertad con una energía sorprendente, de la cual algunos se podían dar a veces por contentos si escapaban con la cabeza rota y no con la garganta partida. Sus más famosas fugas, no obstante, no fueron efecto de la violencia, sino de la habilidad.

Una clara mañana, había llegado por un camino real y, deteniéndose delante de una granja, había dicho a la hija del granjero, con elegante indiferencia, que la Policía le estaba persiguiendo. La muchacha se llamaba Bridget Royce, y era un tipo de belleza sombría y hasta huraña, ya que le miró hoscamente, como si dudase, y dijo:

-¿Usted quiere que yo le esconda?

En respuesta a lo cual él se limitó a reírse, saltar ligero sobre la cerca de piedra y echar a andar hacia la granja, diciendo solamente, al alejarse, sin volver la cabeza.

-Gracias; en general, soy muy capaz de esconderme yo mismo.

Con lo cual obró con una trágica ignorancia de la naturaleza de la mujer, e hizo caer sobre su camino, allí, bajo aquel sol espléndido, una sombra de perdición.

Mientras él desaparecía en 'la granja, la muchacha se quedó unos momentos mirando a la carretera. Dos sudorosos policías llegaron, arrastrando los pies, a la puerta donde ella se hallaba. Aunque todavía enojada, la joven, no obstante, se calló, y, un cuarto de hora después, los agentes habían registrado la casa y estaban inspeccionando el huerto y el campo de - trigo que había detrás.

En la maligna reacción de su ánimo, ella hasta podía haberse sentido tentada a denunciar al fugitivo, a no ser por una pequeña dificultad: la de que tenía tan poca idea como los policías respecto a dónde aquél había podido ir. El huerto estaba cercado por una pared muy baja, y el campo de trigo que había a continuación se extendía en declive, como un retazo cuadrado sobre una gran loma verde, en la cual el príncipe hubiera sido visto aunque no fuera más que como un punto distante. Todo aparecía invariable en su sitio familiar; el manzano era demasiado pequeño para esconder a nadie que se hubiera subido a él; el único cobertizo estaba abierto y evidentemente vacío; no se oía ruido alguno excepto el zumbido de los moscardones y de cuando en cuando el aleteo de un pájaro poco familiarizado todavía con el espantajo puesto en medio del campo para que éste no le asustara. Apenas había una sombra, salvo unas cuantas líneas azules que proyectaba el arbolillo; todos los detalles estaban acusados por la fuerte luz del sol como en un microscopio. La muchacha describió más tarde la escena, con el apasionado realismo de su raza; y, tuvieran o no los policías la misma capacidad de percepción para lo pintoresco, tenían por lo menos una capacidad de percepción para las realidades del caso, y se vieron obligados a abandonar la persecución y retirarse del escenario. Bridget Royce se quedó como hechizada, mirando fijamente el huerto soleado donde un hombre acababa de desvanecerse como si fuera un duende. Se hallaba aún de humor avieso, y el milagro tomaba en su espíritu un carácter hostil y amedrentador, como si el duende fuera decididamente un mal duende. El sol, que llenaba de luz el huerto, la oprimía más de lo que hubiera hecho la oscuridad, pero ella seguía mirando. De pronto, el mundo mismo se volvió loco, y la muchacha dio un chillido. El espantapájaros se movía en la solana. Había estado de espaldas a ella con un viejo sombrero negro y abollado y un vestido de andrajos, y ahora, con todos los jirones al viento, se alejaba por la loma.

Ella no analizó el audaz ardid con que el hombre había explotado los sutiles efectos de lo esperado y evidente; estaba todavía bajo la nube de complicaciones más personales, y lo que notó más que nada fue que el espantajo fugitivo ni siquiera se volvía a mirar hacia la granja. Y los hados, que tan adversos se mostraban a la fantástica carrera de libertad del príncipe, dispusieron que su próxima aventura, aun teniendo el mismo éxito en otro lugar, aumentara su peligro en éste. Entre los muchos lances de esta suerte que se contaban de él, se decía que, unos días después, otra muchacha, llamada María Cregan, lo halló escondido en la granja donde trabajaba, y, si la historia es veraz, ella debió experimentar también una de las mayores sorpresas. Porque hallándose en el patio, entretenida en alguna solitaria tarea, oyó una voz que le hablaba desde el pozo, y descubrió que el excéntrico había logrado descolgarse hasta el cubo, que estaba a medio bajar, pues el agua del pozo no llegaba muy arriba. En este caso, sin embargo, el príncipe tuvo que recurrir a la muchacha para que tirara de la cuerda. Y se dice que fue al llegar tal hecho a oídos de la otra mujer cuando el alma de ésta pasó la frontera de la traición.

Éstas, por lo menos, eran las historias que se contaban de él en el país; y había muchas más: como la de que el príncipe había permanecido vestido insolentemente con una espléndida bata verde en la puerta de un gran hotel, y después se había hecho perseguir por la Policía a través de una larga serie de lujosas habitaciones y finalmente por su propio dormitorio hasta un balcón que daba sobre el río. En el momento en que los perseguidores pusieron los pies en el balcón, éste se hundió y ellos cayeron apelotonados al agua, mientras Miguel, que se había despojado de su bata, daba una zambullida y escapaba nadando. Se cuenta que antes había cuidadosamente aserrado los soportes de manera que no pudieran resistir el peso de un policía. Pero también aquí fue afortunado de momento, pero desafortunado a la larga, porque se dice que uno de los hombres se ahogó, dejando un odio de familia que abrió una pequeña brecha en la popularidad del perseguido. Estas historias se

pueden contar ahora con algún detalle, no porque sean las más Maravillosas de las muchas aventuras del protagonista, sino porque son las únicas que-no fueron encubiertas por el silencio y la lealtad de los lugareños. Sólo éstas se abrieron paso hasta los informes oficiales, y eran éstos lo que tres de los primeros oficiales del país estaban leyendo y discutiendo cuando empieza la parte más notable de esta historia.

Estaba muy avanzada la noche y brillaban las luces en la casita que servía temporalmente como puesto de Policía cerca de la costa. A un lado de ella estaban las últimas casas del desparramado pueblecito, y, por el otro lado, nada había, excepto una vasta extensión de páramos que llegaba hasta el mar y cuya línea no estaba interrumpida por otro accidente que una torre solitaria del prehistórico modelo que se encuentra todavía en Irlanda, la cual se alzaba esbelta como una columna, pero puntiaguda como una pirámide. A una mesa de madera, ante la ventana que normalmente miraba a este paisaje, se sentaban los hombres vestidos de paisano, pero con un algo de porte militar. Eran, en efecto, los dos jefes del servicio de detectives de aquel distrito. El de más edad y superior en grado era un hombre fornido, con una corta barba blanca y níveas cejas contraídas en un ceño que más sugería a primera vista preocupación que severidad.

Se llamaba Morton y era un hombre de Liverpool, familiarizado con las luchas de los irlandeses, y que ejercía su oficio entre ellos de una manera desabrida, no del todo exenta de simpatía. Acababa de decir unas palabras a su compañero Nolan, un hombre alto, moreno, con una cara cadavérica y acaballada de irlandés, cuando pareció recordar algo y tocó un timbre que sonó en otra habitación. Inmediatamente apareció un subordinado con un fajo de papeles en la mano.

-Siéntese, Wilson -dijo Morton-. Supongo que eso son las declaraciones.

-Sí - respondió el tercer agente -. Me parece que tengo aquí todo lo que se les podía sacar; así, pues, los he despedido.

-¿Prestó declaración María Cregan? - preguntó Morton, frunciendo el ceño más que de costumbre.

-No, pero lo hizo su amo - repuso el hombre llamado Wilson, que tenía el cabello rojo y el rostro pálido y feo, pero inteligente -. Me parece que él también anda detrás de la muchacha y quiere deshacerse de un rival. Siempre hay una razón de esta clase cuando nos dicen la verdad sobre algo. Y apostarí cualquier cosa a que la otra muchacha ha sido bastante explícita.

-Bien, esperemos que nos sirvan de algo -observó Nolan con cierto desaliento mirando la oscuridad exterior.

-Todo lo que nos lleve a saber algo de él -dijo Morton - tiene su utilidad.

-¿Es que sabemos algo de él? - preguntó el melancólico irlandés.

-Sabemos una cosa - dijo Wilson -, y es lo único que nadie supo antes. Sabemos dónde se encuentra.

-¿Está usted seguro? - preguntó Morton mirándole fijamente.

-Absolutamente seguro - respondió su ayudante -. En este mismo momento se halla en aquella torre de enfrente, junto a la playa. Si se acerca usted lo bastante, verá arder la vela detrás de la ventana.

Mientras hablaba, sonó una bocina en el camino, y oyeron el runruneo de un automóvil parado ante la puerta. Morton se levantó de un salto.

-¡Gracias a Dios! Este es el coche de Dublín - dijo -. Yo no puedo hacer nada sin un mandamiento especial, aunque él estuviera sentado encima de la torre sacándonos la lengua. Pero el jefe puede hacer lo que mejor le parezca.

Corrió a la entrada y pronto estuvo cambiando saludos con un hombre corpulento, arrogante, vestido con un abrigo de pieles, que traía al sórdido cuartelillo el aura indescriptible de las grandes ciudades y de las comodidades del gran mundo.

Porque se trataba de Sir Walter Carey, un funcionario de tanta importancia en Dublín Castle, que sólo un caso como el del príncipe Miguel le podía haber hecho emprender un viaje parecido en mitad de la noche. Pero, según parecía, el caso del príncipe Miguel se hallaba complicado no

solamente por la ilegalidad, sino también por el legalismo. En la última ocasión, había escapado gracias a una sutileza forense y no, como de costumbre, por una huida particular, y era discutible si en aquel momento estaba o no en deuda con la ley. Podía resultar necesario forzar un poco la interpretación; pero a un hombre como Sir Walter le cabía probablemente forzarla todo lo que quisiese.

Si lo haría o no, estaba por discutir. Contra lo que podía hacer sospechar el lujo casi agresivo del abrigo de pieles, pronto se puso de manifiesto que la gran cabeza leonina de Sir Walter era útil además de ornamental, pues comenzó a discutir el asunto con gran sobriedad y cordura. Había cinco sillas alrededor de la mesa, porque Sir Walter había traído consigo un pariente y secretario llamado Horne Fisher, un joven de bigote rubio y cabello prematuramente escaso. Sir Walter oyó con grave atención, y su secretario con cortés aburrimiento, el relato de la serie de episodios que habían permitido a la Policía seguir las huellas del rebelde fugitivo desde la entrada del hotel a la torre solitaria junto al mar. Allí, por fin, se hallaba acorralado entre los páramos y los rompientes, y el escucha mandado por Wilson le suponía escribiendo a la luz de una vela solitaria; acaso componiendo otra de sus tremendas proclamas. Realmente, hubiera sido muy propio de él el haber elegido la torre como el lugar de su última lucha desesperada. Tenía ciertos remotos derechos sobre ella, como sobre un castillo familiar, y los que le conocían le creían capaz de imitar al primitivo caudillo irlandés que murió luchando de espaldas al mar.

-He visto al entrar unas gentes extrañas - dijo Sir Walter Carey -. Supongo que son los testigos de ustedes. Pero, ¿por qué comparecen a estas horas de la noche?

Morton sonrió sombríamente.

-Vienen de noche porque serían hombres muertos si vinieran de día. Son criminales que cometen un crimen que aquí se tiene por más horrible que el robo o el asesinato.

-¿A qué crimen se refiere usted? -preguntó el otro con curiosidad.

-Al de ayudar a la autoridad - dijo Morton.

Hubo un silencio. Sir Walter, con una mirada abstraída, contempló los papeles que tenía delante.

-Pues, si el sentimiento local es tan fuerte, habrá *muchos puntos a considerar*. Yo creo que la nueva ley me autoriza a detenerle ahora mismo, si lo estimo conveniente. Pero, ¿es conveniente? Un alzamiento serio no nos favorecería de ningún modo ante el Parlamento, y el Gobierno tiene enemigos en Inglaterra lo mismo que en Irlanda. Nada se adelantaría con que yo no hubiera querido hacer más que extremar un poco el rigor y resultara luego que he provocado una revolución.

-Es todo lo contrario - dijo el hombre llamado Wilson, un tanto vivamente -. Mucha menos revolución habrá si le detiene usted ahora que si le deja suelto tres días más. Pero, de todos modos, nada puede ocurrir hoy día que una Policía apta no pueda reprimir.

-Wilson es londinense - dijo el detective irlandés con una sonrisa.

-Sí, soy un *cokney* - respondió Wilson -, y me parece que eso es una ventaja a mi favor. Especialmente en este asunto, por raro que parezca.

La tenacidad del tercer oficial parecía divertir un poco a Sir Walter y aun parecía divertirlo más el acento con que aquél hablaba y que tornaba un tanto innecesario el alarde que hacía de su origen.

-¿Quiere usted decir - preguntó - que conoce mejor este asunto porque ha venido usted de Londres?

-Parece ridículo, ya lo sé; pero así es - respondió Wilson -. Creo que estos asuntos requieren métodos nuevos, pero, sobre todo, creo que requieren ojos nuevos.

Los oficiales superiores se rieron, y el hombre del cabello rojo prosiguió, con una palabra de mal humor:

-Bien, vamos a los hechos. Vean cómo escapó el individuo en cada ocasión y comprenderán lo que quiero decir. ¿Por qué pudo ponerse en lugar de un espantapájaros sin nada que le escondiera salvo un sombrero viejo? Porque el que andaba tras él era un policía del pueblo, que sabía que el espantapájaros estaba allí. Contaba con verlo y, por lo tanto, no hizo caso de él. Ahora bien, yo no

cuento con ver un espantapájaros. No he visto ninguno en una calle, y, cuando veo uno en el campo, me fijo en él. Es para mí una cosa nueva y digna de atención. Y lo mismo pasó cuando se escondió en el pozo. Ustedes van dispuestos a encontrar un pozo en un sitio como aquél; ustedes cuentan con el pozo y, por lo tanto, no lo ven. Yo no cuento con él, y por lo tanto lo miro.

-Realmente, es una idea -dijo sonriendo Sir Walter.

-Pero, ¿qué me dice usted del balcón? De cuando en cuando se ve algún balcón en Londres.

-Pero no con un río debajo, como si estuviéramos en Venecia - respondió Wilson.

-Realmente, es una idea -respondió Sir Walter con algo que se parecía 'al respeto. Tenía todo el" amor de las clases ricas por las ideas nuevas. Pero también tenía mucho sentido crítico, y se inclinaba a pensar, después de la debida reflexión, que aquélla era, al mismo tiempo, una idea exacta.

El alba había ya vuelto los cristales de la ventana, de negros que eran, en grises, cuando Sir Walter se puso en pie. Los otros se levantaron también, tomándolo como una señal de que se iba a efectuar la detención. Pero su jefe quedó un momento meditabundo, como consciente de haber llegado a un cruce de caminos.

De repente, el silencio fue interrumpido por un grito lastimero que venía de los páramos. El silencio que siguió pareció más angustioso que el grito mismo, y duró hasta que Nolan dijo lentamente:

-Eso es la **banshee**<sup>2</sup>. Alguien está marcado por la tumba.

Su cara, de facciones pronunciadas, estaba pálida como la luna; fue fácil recordar que era el único irlandés que había en la estancia.

-Bueno; yo conozco a esa *banshee* - dijo Wilson con viveza-. Aunque me crean ustedes ignorantes de estas cosas, yo mismo hablé a esa *banshee* hace una hora, y mandé a esa *banshee* a la torre y le dije que llamara de este modo, si alcanzaba a ver a nuestro amigo escribiendo su proclama.

¿Se refiere usted a aquella muchacha, a Bridget Royce? - preguntó Morton contrayendo las níveas cejas -. ¿Hasta ese punto ha llegado en su papel de confidente?

-Sí - dijo Wilson -. Sé muy poco de estas cosas locales que me cuentan ustedes. Pero calculo que una mujer resentida es igual en todas partes.

Nolan, sin embargo, parecía aún caviloso y perturbado.

-Es un grito siniestro y un mal asunto - dijo.

-Si esto es realmente el fin del príncipe Miguel, puede ser también el fin de otras cosas. Cuando se siente inspirado, es capaz de escapar por una escalera de cadáveres y vadear aquel mar, aunque fuera de sangre.

-¿Es esa la verdadera razón de su piadosa inquietud? - preguntó Wilson con cierta ironía.

La cara del irlandés se oscureció con una cólera nueva.

-Me he enfrentado con tantos asesinos en Conty Clare como usted pueda haber combatido en Clapham Junction, señor *cockney* - dijo.

-Basta, por favor - atajó Morton severamente -.

Wilson, no tiene usted derecho a poner en tela de juicio la conducta de su superior. Sólo espero que se muestre usted tan valiente y tan digno de confianza como se ha mostrado él siempre.

El rostro pálido del hombre pelirrojo pareció palidecer un poco más, pero él permaneció callado y sereno, y Sir Walter se acercó a Nolan con marcada cortesía, diciendo:

-Vamos a salir ahora y a despachar este asunto, ¿quiere?

El día despuntaba, dejando una ancha faja blanca entre una gran nube gris y el gran páramo gris, más allá del cual la torre se perfilaba sobre la aurora y el mar.

En su forma sencilla y primitiva, algo sugería vagamente el amanecer en los primeros días del mundo; en alguna época prehistórica, cuando los colores no estaban apenas creados, cuando sólo

<sup>2</sup> En Escocia e Irlanda, fantasmas en forma de anciana cuyo lamento predice la muerte.



había luz blanca entre nube y arcilla. Estos tonos muertos estaban animados solamente por un punto de oro: la llama de la vela encendida ante la ventana de la torre solitaria, cuyo resplandor iba confundiendo con la creciente luz diurna. Mientras el grupo de detectives, seguidos por un cordón de guardias, se desplegaba en forma de media luna para cortar toda huida, la luz de la torre centelleó un momento como si la movieran, y después se extinguió. Supusieron que el hombre de la torre, percibiendo la luz del día, había apagado su vela.

-Hay otras ventanas, ¿no es cierto? - dijo Morton -. Y una puerta, por supuesto, a la vuelta de la esquina. Sólo que una torre redonda no tiene esquinas.

-Otro ejemplo de mi humilde sugerencia - observó Wilson sosegadamente -. Esta curiosa torre fue la primera cosa que vi al llegar a estos parajes, y puedo decirles algo más sobre ella, o, por lo menos, sobre su exterior. Hay, en junto, cuatro ventanas; una, un poco más allá de ésta, pero ya fuera de la vista. Estas dos están en la planta baja, igual que una tercera que está al otro lado, formando con ellas una especie de triángulo. Pero la cuarta está exactamente encima de la tercera, y supongo que da sobre un piso alto.

-Es una especie de desván, al cual se sube por una escalera de mano - dijo Nolan -. Yo he jugado allí de pequeño. No es más que una cáscara vacía.

Y su rostro se ensombreció, pensando, tal vez, en la tragedia de su país y en el papel que él representaba en ella.

-El hombre ha de tener, por lo menos, una mesa y una silla - dijo Wilson -; pero, indudablemente, puede haberlas obtenido de cualquier cabaña. Si se me permite hacer una sugerencia, seriar, me parece que deberíamos acercarnos a las cinco entradas a la vez, por decirlo así. Uno de nosotros debería ir a la puerta y uno más a cada ventana. Macbride lleva una escalera para la ventana de arriba.

Horne Fisher, el lánguido secretario, se volvió a su distinguido pariente y habló por primera vez.

-Me siento un poco convertido a la escuela *cockneyana* de psicología - dijo con una voz casi inaudible.

Los demás parecieron sentir de un modo u otro la misma influencia, porque el grupo empezó a dispersarse en la forma indicada. Morton se dirigió a la ventana que caía directamente frente a ellos, donde, al parecer, el rebelde escondido acababa de apagar la vela; Nolan, un poco más al Este, a la ventana siguiente, mientras Wilson, seguido de Macbride con la escalera, daba la vuelta hacia las dos ventanas de atrás. Sir Walter Carey, seguido de su secretario, emprendió un rodeo hacia la única puerta, para pedir entrada en forma más regular.

-Estará armado, ¿no? - observó Sir Walter, como de paso.

-No hay duda -- respondió Horne Fisher - de que puede hacer más él con un candelero que muchos hombres con una pistola. Pero es casi seguro que tendrá también la pistola.

Mientras hablaba así, la pregunta fue contestada por una lengua de fuego. Morton se acababa de colocar delante de la ventana más próxima, tapando la abertura con sus anchos hombros. Por un instante, la ventana se iluminó desde dentro con un rojo resplandor, seguido de una atronadora confusión de ecos. Los cuadrados hombros parecieron deformarse, y la corpulenta figura se desplomó entre los altos hierbajos que crecían al pie de la torre. Una nubecilla de humo salió por la ventana. Los dos que iban rezagados corrieron hacia el caído y lo levantaron; pero estaba muerto.

Sir Walter se enderezó y gritó algo que se perdió en el fragor de otro disparo; era posible que la Policía estuviese ya vengando a su compañero desde el otro lado. Fisher ya había corrido hasta la ventana próxima, y un nuevo grito de asombro atrajo a su jefe al mismo sitio. Nolan, el policía irlandés, había caído también cuan largo era sobre la hierba y estaba rojo de sangre. Aún vivía cuando se le acercaron, pero llevaba la muerte pintada en el semblante, y sólo pudo hacer un último gesto significando que todo había terminado, y, con media palabra y un esfuerzo heroico, indicarles que siguieran hacia donde sus otros compañeros asediaban la parte de detrás de la torre. Aturdidos por estas rápidas y repetidas impresiones, los dos hombres sólo pudieron obedecer vagamente a este ademán, y, encaminándose a las otras ventanas de atrás, encontraron una escena igualmente alar-

mante, si bien menos trágica y mortal. Los dos agentes restantes no estaban muertos ni mortalmente heridos; pero Macbride yacía debajo de su escalera con una pierna rota; mientras Wilson estaba de cara al suelo, completamente inmóvil, como si hubiera perdido el sentido, con la roja cabeza entre unas matas grises y plateadas de agrifolio marítimo. Su desmayo, sin embargo, sólo era momentáneo, pues empezó a moverse y a levantarse cuando aparecieron los otros.

- ¡Dios mío! Esto parece una explosión - exclamó Sir Walter; y, realmente, no había otra palabra para definir la espantosa energía con que un solo hombre había podido sembrar la muerte y la destrucción en los tres lados a la vez de un mismo y pequeño triángulo.

Wilson ya se había puesto en pie, y con espléndida energía se había vuelto a lanzar a la ventana, revólver en mano. Disparó dos veces por la abertura y después desapareció entre su propio humo; pero el ruido de sus pies y el golpe de una silla que caía les dijo que el intrépido londinense había logrado por fin saltar dentro del aposento. Entonces siguió un curioso silencio, y Sir Walter, acercándose a la ventana entre el humo que se iba dispersando ya, miró dentro del hueco cascarón de la vieja torre. Excepto Wilson, que miraba a su alrededor sorprendido, no había nadie allí.

El interior de la torre se reducía a una sola cámara vacía, sin otro objeto que una pobre silla de madera y una mesa, encima de la cual había plumas, tinta y papel, y el candelero. A media altura de la pared velase una rústica plataforma de madera debajo de la ventana superior; un pequeño desván que más parecía un gran anaquel. Sólo se llegaba a él por medio de una escalera de mano, y parecía estar tan desnudo como las desnudas paredes.

Wilson completó su inspección del lugar, y después fue a contemplar los objetos de encima de la mesa.

Entonces señaló en silencio con su flaco índice la página abierta del grueso cuaderno. El escritor había dejado de escribir repentinamente, a la mitad misma de la palabra.

-Ya dije que era como una explosión - dijo al cabo Sir Walter Carey -. Y en realidad, hasta el hombre parece haber explotado sin tocar la torre. Ha estallado más como una burbuja que como una bomba.

-Ha tocado cosas de más valor que la torre - dijo Wilson lúgubrememente.

Hubo un largo silencio, y después, Sir Walter dijo seriamente:

-Bien, señor Wilson, yo no soy detective. Y estos desgraciados sucesos dejan a cargo de usted este aspecto del asunto. Todos lamentamos la causa de esto; pero quisiera decirle que tengo la más firme confianza en la capacidad de usted para proseguir el trabajo. ¿Qué piensa usted ahora que es lo primero que debemos hacer?

Wilson pareció despertar de su abatimiento y correspondió a las palabras de Sir Walter con una cortesía más efusiva que la que hasta entonces hubiera mostrado a nadie. Llamó a algunos de los policías para que ayudasen a registrar el interior, dejando que el resto se dispersara en una batida por fuera.

-Pienso - dijo - que la primera cosa que hay que hacer es asegurarse respecto al interior de esta torre, pues es casi físicamente imposible que haya salido de aquí. Supongo que el pobre Nolan nos hubiera salido con su *banshee* y hubiera dicho que era sobrenaturalmente posible. Pero a mí no me sirven de nada los espíritus desencadenados cuando estoy tratando con hechos. Y los hechos que tengo ante mí son una torre vacía con una escalera, una silla y una mesa.

-Los espiritistas - dijo Sir Walter con una sonrisa - dirían que a un espíritu puede servirle de mucho una mesa.

-Yo diría que sí, si el espíritu estaba encima de la mesa, dentro de una botella - repuso Wilson con una mueca de sus labios exangües-. La gente de por ahí, cuando está saturada de whisky irlandés, puede inclinarse a creer estas cosas. Me parece que falta un poco de instrucción en este país.

Horne Fisher agitó sus pesados párpados en una débil tentativa de levantarlos, como si se sintiera movido a protestar perezosamente del tono desdeñoso del investigador.

-Los irlandeses creen demasiado en los espíritus para creer en el espiritismo - murmuró -. Sa-

ben demasiado acerca de ellos. Si usted quiere hallar una fe sencilla y pueril en el primer espíritu que se presente, la puede encontrar en su querido Londres.

-Yo no quiero hallarla en ningún sitio - dijo Wilson secamente -. Lo que yo digo es que estoy tratando con cosas mucho más simples que esta simple fe de usted: con una mesa, una silla y una escalera. Ahora bien, lo que quiero saber acerca de ellas desde un principio es esto. Las tres están hechas algo toscamente de madera sencilla. Pero la mesa y la silla son casi nuevas y están relativamente limpias. La escalera está llena de polvo y tiene una telaraña debajo del último peldaño. Esto quiere decir que el príncipe tomó prestadas las dos primeras, recientemente, de alguna granja, como suponíamos; pero la escalera ha pasado mucho tiempo en este viejo y sucio cubo de basura. Probablemente formaba parte del mobiliario primitivo; ¡una reliquia en este magnífico palacio de los reyes irlandeses!

Otra vez, Fisher le miró por debajo de los párpados, pero pareció sentirse demasiado soñoliento para hablar; y Wilson prosiguió su razonamiento.

-Ahora bien, es evidente que algo muy raro acaba de ocurrir aquí. Hay diez probabilidades contra una, creo yo, de que ello tenga especialmente algo que ver -con el lugar. Probablemente él vino aquí porque era el único sitio donde podía hacer lo que quería hacer; de otro modo, no parece un lugar muy' atractivo. Pero el hombre lo conocía de antiguo; dicen que la torre perteneció a su familia; así, pues, en resumen, yo estimo que todo hace sospechar en algo que debe hallarse en la construcción misma de la torre.

-El razonamiento de usted me parece excelente - dijo Sir Walter, que escuchaba atentamente -. Pero, ¿qué podría ser ello?

-Ustedes ven ahora lo que he querido decir a propósito de la escalera - continuó el detective -. Es el único mueble viejo que hay aquí, y fue lo primero que llamó esta *cockneyana* atención mía. Pero hay algo más. Ese desván de ahí arriba es una especie de cuarto de trastos viejos sin ningún trasto. Hasta donde alcanzo a ver, está tan vacío como los demás, y, siendo así, no veo la utilidad de que haya una escalera para subir allí. Me parece, pues, ya que no puedo encontrar nada notable aquí abajo, que puede valer la pena que miremos allí arriba.

Saltó ágilmente de la mesa donde estaba sentado (porque la única silla estaba asignada a Sir Walter) y subió rápidamente por la escalera hasta la plataforma de arriba. Pronto le siguieron los demás, yendo, el último, Fisher, con un aire de indiferencia.

En esta plataforma, sin embargo, estaban destinados a llevarse un desengaño; Wilson husmeó como un perro por todos los rincones y examinó el techo casi en la postura de una mosca; pero una hora más tarde tuvieron que confesar que continuaban sin tener una pista. El secretario particular de Sir Walter parecía más y más atacado de un inoportuno sueño; y habiendo sido el último en subir, parecía ahora falto de la energía necesaria para bajar.

-Vamos, Fisher - gritó Sir Walter desde abajo, cuando los otros hubieron alcanzado otra vez el suelo -. Hemos de estudiar si echamos abajo la torre para ver cómo está hecha.

-Dentro de un minuto bajo - dijo la voz desde el anaquel encima de sus cabezas. Era una voz que hacía pensar en un bostezo inarticulado.

-¿Qué está usted esperando? - preguntó Sir Walter con impaciencia -. ¿Puede usted ver algo desde ahí?

-Bien, sí, en cierto modo - respondió la voz vagamente -. En efecto, ahora lo veo muy bien.

-¿Qué es? -preguntó vivamente Wilson desde la mesa sobre la cual estaba sentado, taconeando con impaciencia.

-Bien; es un hombre - dijo Horne Fisher. Wilson saltó disparado de la mesa.

-¿Qué quiere usted decir? - exclamó -. ¿Cómo puede usted ver un hombre?

-Le puedo ver por la ventana - respondió el secretario pacientemente -. Le veo venir por el páramo. Se dirige en línea recta hacia esta torre. Evidentemente, se propone hacernos una visita. Y teniendo en cuenta quién parece ser, acaso sea más cortés que nos hallemos en la puerta para recibirle.

Y el secretario bajó cachazudamente la escalera.

-Quién parece ser - repitió Wilson con asombro.

-Bien. Yo pienso que es el hombre a quien ustedes llaman el príncipe Miguel - observó Fisher como a la ligera -. En realidad, estoy seguro de que es él. He visto retratos suyos que tiene la Policía.

Hubo un silencio profundo, y a Sir Walter la cabeza, que tenía usualmente firme, comenzó a darle vueltas como un molino.

-Pero, ¡qué diantre! - dijo al cabo -. Aun suponiendo que su propia explosión lo haya proyectado media milla lejos sin hacerle pasar por ninguna de las ventanas, y le haya dejado bastante vivo para darse un paseíto..., aun así, ¿por qué demonio tiene que pasear en esta dirección? El asesino, por lo general, no vuelve a visitar tan pronto, diríamos, la escena del crimen.

-Él no sabe todavía que sea la escena de su crimen - respondió Horne Fisher.

-¿Qué diablos quiere usted decir? Usted le atribuye una distracción un tanto singular.

-La verdad es que ésta no es la escena de su crimen - dijo Fisher. Y fue a mirar por la ventana.

Hubo otro silencio, y luego Sir Walter dijo lentamente:

-¿Qué clase de idea se le ha metido en la cabeza, Fisher? ¿Ha encontrado usted una nueva teoría sobre cómo este individuo ha escapado del cerco en que se le tenía?

-No ha escapado - respondió el hombre de la ventana sin moverse -. No ha escapado 'nunca del cerco, porque no ha estado nunca dentro de él. No estaba en esta torre; al menos no estaba cuando nosotros la hemos rodeado.

Se volvió y se apoyó de espaldas en la ventana; pero, a pesar de su aire de indiferencia habitual, parecióle a los demás que el rostro que quedaba en la sombra estaba un poco pálido.

-Empecé a sospechar algo por el estilo cuando estábamos a cierta distancia de la torre - dijo -. ¿Observó usted aquella especie de llamarada y aquella oscilación de la vela antes de apagarse? Casi estaba seguro de que sólo había sido el último salto que da la llama cuando una vela se acaba de consumir. Y después entré en esta habitación y vi esto.

Señaló a la mesa. Sir Walter contuvo el aliento con una especie de maldición por haber sido tan ciego. Porque era evidente que la vela del candelero se había ido consumiendo hasta el fin, dejándole, mentalmente al menos, a oscuras.

-Después, hay una especie de cuestión matemática - prosiguió Fisher, echándose hacia atrás desmayadamente y levantando los ojos 'a las paredes desnudas como si trazara en ellas imaginarios diagramas -. No es muy fácil para un hombre situado en medio de la habitación hacer frente a tres lados; pero es más fácil para un hombre situado en el tercer ángulo hacer frente a los otros dos a la vez, especialmente si se hallan en la base de un isósceles. Siento que esto parezca una lección de geometría, pero...

-Temo que no tengamos tiempo para esto - dijo Wilson fríamente -. Si es verdad que ese hombre vuelve, yo he de dar mis órdenes en seguida.

-Pienso que, no obstante, yo voy a continuar - observó Fisher mirando al techo con insolente serenidad.

-He de pedirle, señor Fisher, que me deje conducir mi indagatoria. Según mis propias líneas - dijo Wilson firmemente -. Soy ahora el agente responsable del asunto.

-Sí - observó blandamente Horne Fisher -; pero, ¿por qué?

Sir Walter le estaba mirando, porque nunca había Visto a su lánguido y joven amigo de aquella manera.

Fisher miraba a Wilson con los párpados levantados y los ojos que éstos descubrían parecían haber arrojado o descorrido un velo, como hacen los ojos de un águila.

-¿Por qué es usted el agente responsable ahora? - preguntó -. ¿Por qué puede usted conducir la investigación según sus propias líneas ahora? ¿Cómo es, me pregunto yo, que sus superiores no están aquí para intervenir en todo lo que usted hace?

Nadie habló y nadie puede decir lo que hubiera tardado cada uno eh reponerse lo suficiente

para hablar cuando se oyó un ruido afuera. Era el sonido fuerte y cavernoso de un golpe dado en la puerta de la torre, y en sus espíritus agitados sonó extrañamente como el martillo del juicio final.

La puerta de madera de la torre giró sobre sus mohosos goznes al impulso de la mano que la había golpeado, y el príncipe Miguel entró en la habitación. Nadie tuvo la menor duda sobre su identidad. Vestía un traje de color claro, que, aunque ajado por sus aventuras, era de corte elegante y casi presumido; y llevaba una especie de perilla, tal vez como una reminiscencia más de Luis Napoleón; pero era mucho más alto y más gallardo que su prototipo. Antes de que nadie pudiera hablar, había hecho callar a todos por un instante con un leve, pero espléndido gesto de hospitalidad.

-Señores -dijo-, ésta es una pobre mansión ahora, pero sean ustedes muy bien venidos a ella.

Wilson fue el primero en reponerse y dio un paso hacia el recién llegado.

-Miguel O'Neill, le detengo en nombre del rey por el asesinato de Francis Morton y James Nolan. Tengo el deber de advertirle...

-No, no, señor Wilson - exclamó Fisher de pronto -; no cometerá usted un tercer asesinato.

Sir Walter Carey se levantó de su silla, que se volcó con estrépito.

-¿Qué significa todo esto? - gritó de una manera autoritaria.

-Significa - dijo Fisher - que este hombre, Hooker Wilson, en cuanto asomó la cabeza por aquella ventana, mató a sus compañeros que habían asomado las suyas por las otras, disparando a través de la habitación vacía. Esto es lo que significa. Y si usted quiere estar seguro, cuente cuántas veces se supone que ha disparado y cuente después los cartuchos que quedan en su revólver.

Wilson, que aún estaba sentado sobre la mesa, extendió de pronto la mano hacia el arma que yacía a su lado. Pero el movimiento siguiente fue el más inesperado de todos, porque el príncipe, que estaba en el umbral, pasó súbitamente de la dignidad de una estatua a la agilidad de un acróbata y arrancó el revólver de manos del detective.

-¡Perro! - exclamó -. Así, tú eres el tipo de la verdad inglesa como yo lo soy de la tragedia irlandesa; tú, que vienes a matarme chapoteando en la sangre de los tuyos. Si hubiera caído en una reyerta en las montañas, se le hubiera llamado homicidio, y, aún así, tu pecado podía ser perdonado. Pero yo, que soy inocente, tenía que ser sacrificado con toda ceremonia. Hubiera habido largos discursos y jueces pacientes oyendo mis vagas protestas de inocencia, tomando nota de mi desesperación y no haciendo caso de ella. Sí; esto es lo que yo llamo asesinato. Pero el matar puede no ser un asesinato; aun queda una bala en este revólver, y yo sé adónde debe ir.

Wilson se volvió rápidamente sobre la mesa, y en el momento mismo de volverse se retorció con las ansias de la agonía; porque Miguel le había atravesado el cuerpo con una bala antes de que pudiera dejar su sitio, de manera que cayó de la mesa como un leño.

Los policías corrieron a levantarlo; Sir Walter no acertaba a decir nada.

Entonces habló Horne Fisher, con un raro gesto de cansancio.

-Usted es realmente el tipo de la tragedia irlandesa - dijo -. Tenía toda la razón y la ha echado a perder.

El semblante del príncipe, durante unos momentos, pareció de mármol; después brilló en sus ojos una luz semejante a la de la desesperación. De pronto se rió y arrojó la pistola al suelo.

-Realmente, he obrado mal - dijo -. He cometido un crimen que puede en justicia traer la maldición sobre mí y sobre mis hijos.

Horne Fisher no pareció muy satisfecho de este súbito arrepentimiento; se quedó mirando al hombre y sólo dijo a media voz:

-¿A qué crimen se refiere?

-He auxiliado a la justicia inglesa - respondió el príncipe Miguel -. He vengado a los agentes del rey inglés; he hecho el trabajo de su verdugo. Por esto, verdaderamente, merezco que me ahorquen.

Y se volvió a los policías con un gesto, más que de rendirse a ellos, de ordenarles que le detuvieran.

Ésta es la historia que Horne Fisher contó a Harold March, el periodista, muchos años después, en un pequeño pero lujoso restaurante de Picadilly. Había invitado a March a comer, algún tiempo después del asunto llamado «El rostro en el blanco», y la conversación había recaído, naturalmente, sobre aquel misterio y luego sobre antiguos recuerdos de la vida de Fisher y sobre la manera en que éste había sido llevado a estudiar problemas como los del príncipe Miguel. Horne Fisher tenía ahora quince años más; la escasez de su cabello se había convertido en una calvicie frontal, y sus manos largas y finas pendían con menos afectación y con más fatiga. Y contó la historia de la aventura irlandesa de su juventud porque era la de la primera ocasión en que él se puso en contacto con el crimen y descubrió cuán oscura y terriblemente el crimen puede estar enredado con la ley.

-Hooker Wilson fue el primer criminal de los que yo he conocido que perteneciera a la Policía - explicó Fisher dando vueltas a su copa -, y toda mi vida ha sido un enredo de este estilo. Era un hombre de gran talento y tal vez de genio, y valía la pena de estudiarle como detective y como criminal. Su rostro pálido y su pelo rojo eran simbólicos, porque él era uno de esos hombres fríos, pero que arden por alcanzar la fama; y podía dominar la rabia, pero no la ambición. Se tragó las ironías de sus superiores en aquella primera disputa, aunque ardía de resentimiento; pero cuando de pronto vio las dos cabezas destacándose contra la luz del alba y enmarcadas por las dos ventanas, no pudo dejar pasar la oportunidad no solamente de vengarse, sino de suprimir los dos obstáculos a su ascenso. Era un tirador seguro y contaba con acallarlos a los dos, aunque hubiera sido difícil probarle nada en todo caso. Pero de hecho se escapó por poco en el caso de Nolan, que vivió lo bastante para decir «Wilson» y señalar en su dirección. Todos creíamos que pedía ayuda para su compañero, pero en realidad estaba denunciando a su asesino. Después de esto era fácil derribar la escalera que tenía encima (porque un hombre subido a una escalera no puede ver claramente lo que tiene debajo y detrás de sí) y echarse él mismo al suelo como otra víctima de la catástrofe.

»Pero se mezclaba con su fatal ambición una fe verdadera, no solamente en su propio talento, sino también en su propia teoría. Creía en lo que él llamaba ojos nuevos, y anhelaba un campo de acción para nuevos métodos. Algo había en su teoría: pero fallaba donde fallan tantas cosas por el estilo; porque los ojos nuevos no pueden ver lo invisible. La teoría era verdadera hablando de la escalera y el espantapájaros, pero no de la vida y el alma, y Wilson se equivocó enormemente al no prever lo que haría un hombre como Miguel al oír el grito de una mujer. Toda la vanidad y vanagloria de Miguel le tenían que hacer, salir al instante; hubiera sido capaz de meterse en Dublín Castle a buscar el guante de una dama. Llámelo usted fachenda o lo que quiera, pero lo hubiera hecho. Lo que pasó cuando la encontró, ya es otro cuento, y puede que no lo sepamos nunca; pero, a juzgar por lo que después he oído, deben haberse reconciliado. Wilson se equivocó en esto, pero había algo, después de todo, en su idea de que el recién llegado ve más cosas, y que el hombre del lugar puede saber demasiado para saber nada. Tenía razón respecto a algunas cosas. Tenía razón respecto a mí.

-¿Respecto a usted? - preguntó March.

-Yo soy el hombre que sabe demasiado para saber nada, o, al menos, para hacer nada -dijo Horne Fisher -. No quiero decir especialmente de Irlanda. Quiero decir de Inglaterra. Quiero decir de toda la manera cómo se nos gobierna, que es tal vez la única manera como se nos puede gobernar. Usted me preguntaba ahora mismo qué había sido de los supervivientes de aquella tragedia. Pues bien, Wilson *se* restableció, y logramos persuadirle de que pidiera el retiro. Pero tuvimos que pensionar a aquel asesino con más esplendidez que a cualquier héroe que jamás haya luchado por Inglaterra. Yo logré salvar a Miguel de lo peor, pero tuvimos que mandar a aquel inocente a presidio por un crimen que no había cometido; y hasta más tarde no pudimos echar mano del cobarde recurso de consentir que se escapara. Y Sir Walter Carey es Primer Ministro, lo que probablemente no habría sido nunca si se hubiera sabido la verdad sobre un escándalo tan terrible en su departamento. Este escándalo nos podía haber perdido en Irlanda; con toda seguridad le hubiera perdido a él. Y él es un viejo amigo' de mi padre y me ha colmado siempre de bondades. Estoy demasiado enredado en toda la cosa, ¿comprende?, y no he nacido para enderezarla. Usted

parece apenado, por no decir asqueado, y no me ofendo por ello. Cambiamos de tema, si gusta. ¿Qué me dice de este borgoña? Es, en cierto modo, un descubrimiento mío, lo mismo que el restaurante.

Y se puso a hablar docta y abundantemente de todos los vinos del mundo; sobre cuya materia, también, algunos moralistas habrían podido decir que sabía demasiado.

### III

## EL ALMA DEL COLEGIAL

Se necesitaría un gran mapa de Londres para señalar el curso irregular y zigzagueante de la excursión que un día emprendieron un sobrino y su tío. Porque el sobrino, un colegial en vacaciones, era en teoría el dios en el auto, el tranvía, el «Metro», etc., al paso que su tío era, todo lo más, un sacerdote danzando ante él y ofreciéndole sacrificios. Para decirlo más llanamente, el muchacho tenía algo del aire impasible de un joven duque en viaje de recreo, mientras su anciano pariente quedaba relegado a la condición de un criado que, sin embargo, tuviera que pagarlo todo como si fuera el amo. El muchacho era conocido oficialmente como Summers menor y, de una manera más íntima como **Stinks**<sup>3</sup>, único homenaje público a su carrera como electricista y fotógrafo aficionado. El tío era el reverendo Thomas Twyford, un anciano flaco y vivaracho, de rubicundo y agudo rostro y blanco cabello. En un pequeño círculo de arqueólogos eclesiásticos, que eran las únicas personas que podían llegar a comprender sus descubrimientos respectivos, él ocupaba un lugar distinguido y respetable. Y un crítico podía haber encontrado en la excursión de aquel día tanto, por lo menos, de la afición del tío como de la vocación del sobrino. Su propósito primitivo había sido completamente paternal y festivo. Pero, como muchas otras personas inteligentes, no se libraba de caer en la debilidad de divertirse con un juguete con el pretexto de que con ello se divierte a un niño. Sus juguetes eran coronas y mitras y espadas de ceremonia, y se había entretenido con ellos, diciéndose que el muchacho tenía que ver todo lo que por ver había en Londres. Y al terminar el día, después de tomar un tremendo té, descubrió un poco su juego concluyendo con una visita en la cual realmente no se podía creer que un muchacho hallara el menor interés: una cámara subterránea que se suponía haber sido una capilla, excavada recientemente en la ribera septentrional del Támesis, y que no contenía literalmente nada más que una antigua moneda de plata. Pero la moneda, para los entendidos, era tan única y espléndida como el «Koh-i-noor». Era romana, y se decía que tenía grabada la cabeza de san Pablo, y alrededor de ella se sostenían las más encarnizadas controversias sobre la primitiva iglesia británica. Difícilmente se podía negar, sin embargo, que las controversias dejaban a Summer menor relativamente frío.

En realidad, lo que interesaba y lo que no interesaba a Summers menor había desconcertado y divertido a su tío durante varias horas. El muchacho hacía gala de la sorprendente ignorancia y los sorprendentes conocimientos del colegial inglés; conocimientos de alguna clase especial en que generalmente puede corregir y confundir a sus mayores. Se consideraba con derecho a olvidar en Hampton Court, un día de asueto, hasta los nombres del cardenal Wolsey o de Guillermo de Orange; pero difícilmente se le podía arrancar al estudio de algunos detalles en la instalación de los timbres eléctricos del hotel vecino. La abadía de Westminster le dejó muy aturdido, lo cual no es muy de extrañar, puesto que esta iglesia se ha convertido en el cuarto de trastos viejos de la estatuaria más voluminosa y menos afortunada del siglo XVIII. Pero el mozo tenía un conocimiento mágico y minucioso de todo el sistema de autobuses de Londres, cuyos colores conocía como un heraldo conoce la heráldica. Hubiera protestado de una momentánea confusión entre un verde claro

---

<sup>3</sup> Huele mal.

Paddington o un verde oscuro Bayswaber como lo hubiera hecho su tío de la identificación de un icono griego con una imagen romana.

-¿Es que coleccionas autobuses como *si* fuesen sellos? - preguntó su tío -. Debes necesitar un álbum bastante grande. ¿O los guardas en un cajón?

-Los guardo en mi cabeza - respondió el sobrino con legítima energía.

-Confieso que esto te honra - respondió el *clérigo* -. Supongo que sería inútil preguntar para qué has aprendido esto mejor que otras mil cosas. No parece que se pueda hacer una carrera con ello, a no ser que te pases el día en la acera avisando a las señoras ancianas que se equivocan de autobús. Bien; tendremos que bajar de éste, porque ya hemos llegado. Quiero enseñarte lo que llaman el penique de san Pablo.

-¿Es como la catedral de San Pablo? - preguntaba el muchacho con resignación, mientras *se* apeaban.

En la entrada, sus ojos se detuvieron en una singular figura que tenía, manifiestamente, los mismos deseos de entrar que ellos. Era la de un hombre moreno, delgado, vestido con una larga túnica negra que parecía un balandrán, pero con un gorro de forma demasiado rara para ser un birrete. Más bien hacía pensar en algún tocado arcaico de Persia o Babilonia. Llevaba una curiosa barba negra que sólo aparecía en los ángulos de su barbilla, y sus grandes ojos estaban curiosamente engastados en su cara como los lisos ojos decorativos pintados de antiguos perfiles egipcios. Antes de que pudieran formarse de él más que una impresión general, desapareció por la puerta adonde ellos mismos se dirigían.

Nada se podía ver arriba del subterráneo santuario, excepto una fuerte gañita de la clase últimamente construida para varios usos militares y oficiales, cuyo suelo de madera era en realidad una mera plataforma sobre la excavada cavidad de abajo. Un soldado hacía centinela a la parte de afuera, y un militar superior, oficial angloindio de distinción, estaba escribiendo dentro, sentado ante una mesa. Los visitantes descubrieron pronto que aquella particular curiosidad estaba rodeada de las más extraordinarias precauciones. He comparado la moneda de plata al «Koh-i-noor», y en un sentido era hasta convencionalmente comparable, puesto que, por un accidente histórico, se contó durante algún tiempo entre las joyas de la Corona, o al menos entre las reliquias de la Carona, hasta que uno de los príncipes reales la devolvió públicamente al relicario al cual se suponía que había pertenecido. Otras causas contribuyeron a concentrar en ella la vigilancia oficial. Había sido una alarma a propósitos de espías que llevaban explosivos en objetos pequeños; y una de estas órdenes experimentales que pasan como olas sobre la burocracia había dispuesto primero que todos los visitantes cambiaran sus vestidos por una especie de saco oficial, y después (como este método ocasionara murmuraciones) que al menos vaciaran sus bolsillos. El coronel Morris, el oficial de servicio, era un hombre pequeño, activo, con una cara dura y correosa, pero con una mirada viva y socarrona, contradicción corroborada por su conducta, pues al mismo tiempo que insistía en las precauciones se burlaba manifiestamente de ellas.

-No me importa bledo el penique de san Pablo ni nada que se le parezca - confesó en respuesta a unas insinuaciones arqueológicas de parte del clérigo, a quien conocía un poco -; pero visto el uniforme del rey, ¿sabe?, y cuando el tío del rey deja con sus propias manos un objeto aquí bajo mi custodia, la cosa es seria. Por lo que se refiere a santos y reliquias y cosas por el estilo, temo ser un poco volteriano..., lo que usted llamaría un escéptico.

-No estoy muy seguro de que sea escéptico creer en la familia real y no creer en la Sagrada Familia - respondió Twyford -. Pero, naturalmente, no tengo dificultad en vaciar mis bolsillos para que vean que no traigo ninguna bomba.

El montoncito de las propiedades del párroco, que éste dejó sobre la mesa, consistía principalmente en papeles, aparte de una pipa, una petaca y algunas monedas romanas y sajonas. El resto eran catálogos de libros viejos y prospectos tales como uno titulado *El uso del Sarum*, una mirada al cual fue suficiente para el coronel y para el colegial. Ninguno de los dos veía para qué podía servir el Sarum. El contenido de los bolsillos del muchacho produjo, naturalmente, un montón



más considerable, e incluía bolas, un ovillo de cordel, una lámpara eléctrica, una pequeña catapulta y, por supuesto, un gran cortaplumas que podía describirse como una pequeña caja de herramientas: un aparato completo sobre el cual parecía dispuesto a insistir, señalando que incluía un par de alicates, un taladro para la madera y, sobre todo, un instrumento para sacar piedras de la pezuña de un caballo. La relativa ausencia de todo caballo parecía serle de poca importancia, como si se tratara de un mero accesorio fácilmente procurable. Pero, cuando llegó el turno al caballero de la túnica negra, no vació sus bolsillos, sino que simplemente mostró sus dos manos abiertas.

-Yo no tengo nada - dijo.

-Temo que tendré que pedirle que vacíe sus bolsillos para estar seguro - dijo ásperamente el coronel.

-No tengo bolsillos - dijo el desconocido.

El señor Twyford estaba mirando la larga túnica negra con ojos de conocedor.

-¿Es usted monje? preguntó intrigado.

-Soy un mago - repuso el extranjero -. ¿Usted ha oído hablar de los Magos de Oriente, tal vez? Yo soy un mago.

-¡Oh! - exclamó Summers menor con ojos que se salían de las órbitas.

-Pero en tiempos fui monje - continuó el otro-. Soy lo que usted llamaría un monje huido. Sí, he huido a la eternidad. Pero los monjes sostenían una verdad al menos: la de que para la vida perfecta es un estorbo la propiedad. No tengo dinero ni bolsillos, y todas las estrellas son mis joyas.

-De todos modos, están fuera del alcance - observó el coronel Morris en un tono que parecía indicar que más le valía así -. He conocido a muchos magos de la India con planta de mago y todo. Pero puedo jurar que los magos indios son todos unos embaucadores. ¡No me he divertido yo poco desenmascarándolos! Más de lo que me divierto en este lúgubre servicio. Pero ahí viene el señor Symon, quien los llevará al sótano.

Symon, el guardián y guía oficial, era un joven de cabello prematuramente gris, con una boca grave, en curioso contraste con el bigote negro, muy pequeño y de puntas afiladas, que parecía independiente de ella, como si fuera una mosca que se hubiera posado en la cara. Hablaba con una mezcla de acento de Oxford y de sonsonete oficial; pero con una entonación tan fría como la del más indiferente de los guías de alquiler. Bajaron por una oscura escalera de piedra al pie de la cual Symon oprimió un botón y se abrió una puerta en una cámara oscura, o, mejor dicho, en una cámara que un momento antes estaba a oscuras. Porque, casi al mismo tiempo de abrirse la pesada puerta de hierro, la cegadora luz de varias lámparas eléctricas inundó todo el interior. Stinks, sintió inflamarse en seguida su versátil entusiasmo y preguntó con avidez si la puerta y las luces funcionaban en combinación.

-Sí; todo es un solo sistema - respondió Symon -. Lo instalaron para el día en que su Alteza real depositó aquí el objeto. Vean ustedes; la moneda está encerrada en una vitrina tal como él la dejó.

Un solo vistazo permitía ver que el dispositivo para guardar el tesoro era tan sólido como simple. Un solo cristal metido en un marco de hierro, empotrado éste a su vez en las paredes de roca y en el techo de madera aislaba un ángulo de la estancia; no había posibilidad ahora de volver a abrir la vitrina si no era con mucho trabajo, a no ser que se rompiera el cristal, lo cual probablemente despertaría al vigilante nocturno (que siempre estaba a pocos pasos de allí), aun en caso de que se hubiera dormido. Un examen más atento revelaba otras muchas preocupaciones ingeniosas; pero la vista del reverendo Tomás Twyford, por lo menos estaba clavada en lo que tenía para él mucho más interés: el empañado disco de plata que brillaba a la luz blanca sobre un sencillo fondo, de terciopelo negro.

-El penique de san Pablo, del cual se dice que conmemora la visita de san Pablo a Britania, fue conservado probablemente en esta capilla hasta el siglo VIII - decía Symon con su voz incolora -. Se supone que durante el siglo IX se lo llevaron los bárbaros, y reaparece, después de la conversión de los godos del Norte, en posesión de la familia real de Gotlandia. Su Alteza real el

duque de Gotlandia lo retuvo siempre bajo su custodia particular, y cuando decidió exponerlo al público, lo depositó aquí con sus propias manos. Inmediatamente fue encerrado en la forma que...

Desgraciadamente, en este momento, Summers menor, cuya atención se había alejado un poco de las guerras religiosas del siglo IX, atisbó un trozo de alambre que aparecía en un desconchado de la pared. Se precipitó a ello, gritando:

-Oiga, ¿es que esto conecta...?

Era evidente que conectaba. Porque, no bien el muchacho hubo dado un tirón, la habitación se volvió negra como *si* todos se hubieran quedado ciegos y, un instante después, se oyó el ruido sordo de la puerta al cerrarse.

-Bien; ahora sí que la has hecho buena - dijo Symon con su manera tranquila. Después, tras de una pausa añadió -: Supongo que tarde o temprano nos echarán de menos, y seguramente lograrán abrir la puerta; pero esto puede requerir necesariamente algún tiempo.

Hubo un silencio, y después el indomable Stinks observó:

-¡Lástima que haya tenido que dejar mi linterna eléctrica!

-Me parece - dijo su tío con contenido enojo - que estamos suficientemente convencidos de tú interés por la electricidad.

Después, tras de una pausa, observó más amablemente:

-Supongo que si algo echo de menos de mi *impedimenta* será la pipa. Aunque de hecho no es muy divertido fumar a oscuras. Todo parece diferente en la oscuridad.

-Todo es diferente a oscuras -- dijo una tercera voz, la del hombre que se decía a sí mismo un mago. Era una voz muy musical, que contrastaba con el rostro siniestro y atezado, ahora invisible -. Tal vez no sepan ustedes cuán terrible verdad es esto. Todo lo que ustedes ven son pinturas hechas por el sol, rostros y muebles, y flores, y árboles. Las cosas mismas pueden ser del todo extrañas para ustedes. Algo diferente puede estar ahora donde ustedes habían visto una mesa o una silla. La cara de su amigo puede ser completamente distinta en la oscuridad.

Un ruido breve e indescriptible rompió la quietud. Twyford se sobresaltó durante un segundo, y después dijo:

-Realmente, no me parece ésta una ocasión muy apropiada para tratar de asustar a una criatura.

-¿Quién es una criatura? - exclamó indignado Summers con una voz que pretendía ser fanfarrona, pero que al mismo tiempo temblaba un poco -. Y, ¿quién es el que tiene miedo? Yo, no.

-Entonces me callaré - dijo la otra voz -. Pero el silencio también hace y deshace...

El silencio pedido continuó ininterrumpido largo rato, hasta que al fin el clérigo dijo a Symon, en voz baja:

-Supongo que no nos faltará el aire.

-¡Oh, no! - respondió el otro levantando la voz -; hay un hogar y una chimenea en el despacho, al lado mismo de la puerta.

Un salto y el ruido de una silla que caía les anunciaron que el incorregible muchacho se había vuelto a lanzar a través de la cámara. Oyeron la exclamación: « ¡Una chimenea! Bueno, voy a...» y el resto se perdió en gritos ahogados, pero entusiásticos.

El tío le llamó repetida e inútilmente; se acercó, por fin, a tientas a la abertura y, mirando arriba, percibió un disco de luz que parecía indicar que el fugitivo había salido sin novedad. Volviendo al grupo de junto a la vitrina, tropezó con la silla derribada y tardó un momento en reponerse. Había abierto la boca para hablar a Symon, cuando se detuvo y se encontró de súbito parpadeando ante el pleno choque de luz blanca. Y, mirando por encima del hombro del otro hombre, vio que la puerta estaba abierta.

-Por fin nos hemos libertado - observó a Symon.

El hombre de la túnica negra estaba recostado en la pared, unas yardas más allá, con una sonrisa impresa en el rostro.

-Aquí viene el coronel Morris -continuó Twyford, todavía dirigiéndose a Symon -. Uno de nosotros tendrá que explicarle cómo se apagó la luz. ¿Quiere hacerlo usted?

Pero Symon continuó sin responder. Permanecía quieto como una estatua y mirando fijamente el negro terciopelo porque no había otra cosa más que mirar. El penique de san Pablo había desaparecido.

El coronel Morris entró en la cámara con dos nuevos visitantes, probablemente dos curiosos a los cuales el accidente había hecho esperar algún tiempo. El que iba delante era un hombre alto, rubio, de lánguido aspecto, frente calva y nariz aguileña; su compañero era más joven y tenía un cabello rubio ensortijado y unos ojos francos e incluso inocentes. Symon apenas parecía oír a los recién llegados; casi parecía que no se diera cuenta de que la vuelta de la luz revelaba su actitud cavilosa.

Después, se sobresaltó como un culpable, y, al ver al de más edad de los visitantes, su pálido rostro pareció volverse más pálido todavía.

-¡Oh, es Horne Fisher!

Y después, tras de una pausa, dijo a media voz:

-Me hallo en un maldito apuro, Fisher...

-Parece que hay aquí un pequeño misterio que debe esclarecerse - observó el caballero así interpelado.

-Nunca se esclarecerá - dijo el pálido Symon -. Si alguien pudiera hacerlo, sería usted. Pero nadie podrá.

-Yo casi pienso que podría - dijo otra voz desde fuera del grupo, y se volvieron, sorprendidos, al ver que el hombre de la túnica negra había vuelto a hablar.

- ¡Usted! - dijo el coronel ásperamente -. Y ¿en qué forma se propone usted hacer de detective?

-Yo no me propongo hacer de detective - respondió el otro con una voz clara como una campana -. Me propongo hacer de mago..., de uno de los magos que usted desenmascarara en la India, coronel.

Nadie habló durante un momento. Luego, Horne Fisher sorprendió a todos diciendo:

-Bien; vamos arriba, y este caballero podrá ensayar.

Detuvo a Symon, quien maquinalmente había puesto el dedo en el botón diciendo:

-No; deje usted las luces encendidas; esto es una especie de salvaguardia.

-Ya no pueden llevarse la moneda ahora - dijo Symon con amargura.

-Pueden devolverla - respondió Fisher.

Twynford ya había corrido hacia arriba en busca de noticias de su desaparecido sobrino, y las recibió en una forma que le intrigó y le tranquilizó al mismo tiempo. En el suelo yacía una de esas flechas de papel que los muchachos se tiran unos a otros cuando el maestro no está en la clase. Evidentemente había sido lanzada por la ventana, y, al ser desplegada, mostró unos garabatos que decían: «Querido tío, estoy bien. Le veré a usted, más tarde, en el hotel», y, después, la firma.

Algo tranquilizado con esto, el clérigo halló que sus pensamientos volvían voluntariamente a su reliquia favorita, que en el orden de sus simpatías ocupaba el primer lugar después de su sobrino favorito. Y antes de darse cuenta de dónde estaba se encontró rodeado por el grupo que discutía su pérdida y más o menos arrastrado por el tumulto de su excitación. Pero en su subconsciente seguía preguntándose qué era lo que realmente le había ocurrido al muchacho y qué era lo que *él* entendía por estar bien.

Entretanto, Horne Fisher había sorprendido grandemente a todos con su nuevo tono y su nueva actitud. Había hablado al coronel sobre los dispositivos militares y mecánicos y hecho gala de notables conocimientos, tanto sobre los detalles de la disciplina como sobre la técnica de la electricidad. Había hablado al clérigo y había mostrado un conocimiento igualmente sorprendente del interés histórico y religioso que tenía la reliquia. Había hablado con el hombre que se llamaba a sí mismo un mago, y no solamente había sorprendido, sino que había escandalizado a los reunidos con una familiarización igualmente comprensiva con las formas más fantásticas del ocultismo y la experimentación psíquica. Y en esta última y menos respetable línea de investigación, estaba evidentemente dispuesto a seguir las más fantásticas vías de indagación que el mago le quisiera

indicar.

-¿Cómo empezaría usted ahora? - preguntó con ansiosa cortesía que produjo en el coronel una congestión de rabia.

-Todo es cuestión de una fuerza, de establecer comunicaciones para lograr una fuerza - respondió aquel adepto afablemente, ignorando algunos refunfuños militares sobre la fuerza pública -. Es lo que ustedes en Occidente acostumbraban llamar magnetismo animal; pero es mucho más que esto. Vale más que no diga hasta qué punto es más que esto.

»Por lo que se refiere al procedimiento -agregó -, lo más usual es poner en estado de trance a alguna persona susceptible, que sirva así como una especie de puente o cable de comunicación, por cuyo medio la fuerza del más allá pueda producirle como si dijéramos un choque eléctrico y despertar sus sentidos superiores. Ello abre el ojo dormido de la mente.

-Yo soy susceptible - dijo Fisher, nadie supo si con simplicidad o con una desconcertante ironía -, ¿Por qué no abrirme el ojo de la mente? Aquí mi amigo Harold March puede decirle que a veces veo cosas en la oscuridad.

-Nadie ve nada si no es en la oscuridad - dijo el mago.

Espesas nubes vespertinas se apelotonaban alrededor de la garita de madera, nubes enormes de las cuales sólo podían verse en la pequeña ventana cabos que parecían cuernos y col purpúreos, casi como si enormes monstruos estuvieran rondando el lugar. Pero el púrpura se iba ya volviendo gris; pronto sería de noche.

-No enciendan la luz - dijo el mago con tranquila autoridad, deteniendo un movimiento en aquella dirección -. Ya les dije antes que las cosas sólo ocurren en la oscuridad.

Cómo una escena tan disparatada llegó a ser tolerada precisamente en el despacho del coronel, fue más tarde un enigma en el recuerdo de muchos, incluso del coronel mismo. Lo recordaban como una especie de pesadilla, como algo que no habían podido dominar. Tal vez hubiera realmente un magnetismo en el hombre mesmerizado. Sea lo que fuere, el hombre iba siendo mesmerizado. Porque Horne Fisher se había desplomado en una silla, con los largos miembros inertes y caídos y la mirada perdida; y el otro hombre le estaba hipnotizando dando grandes pases con sus brazos vestidos de negro como si fueran alas negras. El coronel encendió un cigarro. Había pasado ya el punto de explosión, y recordaba vagamente que a los aristócratas excéntricos se les permite todo. Se consolaba pensando en que había llamado a la Policía, que acabaría con aquella mascarada.

-Sí, veo bolsillos - decía el hombre hipnotizado-. Veo muchos bolsillos, pero todos están vacíos. No, veo un bolsillo que no está vacío.

Hubo un leve movimiento en la quietud, y el mago dijo:

-¿Puede usted ver lo que hay en el bolsillo?

-Sí - respondió el otro -. Hay dos cosas que brillan. Me parece que son dos pedacitos de acero. Uno de los pedazos de acero está doblado o encorvado.

-¿Han sido empleados para sacar la reliquia de dónde estaba?

-Sí.

Hubo otra pausa, y el investigador añadió:

-¿Ve usted algo de la reliquia misma?

-Veo algo que brilla en el suelo como si fuera su sombra o su fantasma. Está allí, en el rincón de detrás de la mesa.

Hubo un movimiento de los hombres al volverse y, después, una súbita quietud, como si se hubieran envarado. Porque en el rincón, en el suelo de madera, había verdaderamente un pequeñísimo círculo de pálida luz. No había otra luz en la estancia. El cigarro se había apagado.

-Esto señala el camino - dijo la voz del oráculo -. Los espíritus señalan el camino del arrepentimiento y excitan al ladrón a la restitución; no puedo ver nada más.

Su voz se fue extinguiendo. El silencio que siguió fue interrumpido por un golpe metálico contra el suelo y por el sonido de algo que giraba y caía, como un medio penique que hubieran

echado a tierra.

-Den la luz - gritó Fisher con voz fuerte y hasta jovial, levantándose de un salto con mucha menos languidez que de costumbre -. Tengo que irme ahora, pero me gustaría verlo antes de irme. A la verdad, había venido expresamente para verlo.

Se encendió la lámpara, y lo vio, porque el penique de san Pablo yacía a sus pies en el suelo.

-En cuanto a eso - explicaba Fisher, al cabo de un mes, comiendo con March y Twyford, a los cuales había invitado -, yo no quería más que jugar con el mago a su propio juego.

-Yo pensé que trataba usted de cogerlo en su propia trampa - dijo Twyford -. No puedo aún sacar nada en limpio, pero para mí siempre fue él el sospechoso. No creo que fuera necesariamente un ladrón en el sentido vulgar. La Policía siempre parece pensar que se roba la plata por la plata misma; pero una cosa como aquella podía ser robada a causa de alguna manía religiosa. Un monje escapado que se vuelve místico podía desearlo para algún fin místico.

-No - respondió Fisher -. El monje escapado no es un ladrón. Por lo menos, no es el ladrón. Y tampoco es un embustero del todo. Dijo al menos una verdad.

-¿Cuál? - preguntó March.

-Dijo que todo era cuestión de magnetismo. Efectivamente, fue hecho por medio de un imán. Después, viendo que sus compañeros aun parecían desconcertados, añadió:

-Fue con aquel imán de juguete que pertenecía a su sobrino, señor Twyford.

-Pues no lo entiendo - objetó March -. Si fue hecho con el imán del colegial, supongo que fue hecho por el colegial.

-Bien - respondió Fisher, pensativamente -; depende un poco de qué colegial.

-¿Qué demonios quiere usted decir?

-El alma del colegial es una cosa curiosa - continuó Fisher como abstraído -. Puede sobrevivir a muchas cosas a más del mero subir por una chimenea. Un hombre puede encanecer en grandes campañas y continuar teniendo un' alma de colegial. Un hombre puede volver de la India con una gran reputación y recibir el encargo de custodiar un gran tesoro público y continuar teniendo un alma de colegial que sólo espera un accidente para despertar. Y la cosa es diez veces más probable si al 'colegial añaden ustedes el escéptico, que generalmente es una especie de colegial que no ha podido crecer. Usted acaba de decir que hay dos cosas que pueden hacerse por mera manía religiosa. ¿Ha oído usted hablar nunca de la manía irreligiosa? Le aseguro que existe, y muy violenta, especialmente en hombres que gustan de desenmascarar magos en la India.

-¿Quiere usted decir, de verdad - dijo Twyford -, que el coronel Morris había robado la reliquia?

-Fue la única persona que pudo servirse del imán - respondió Fisher -. Efectivamente, su amable sobrino de usted le dejó muchas cosas 'de que podía servirse. Tenía un ovillo de cordel y un taladro para la madera. Yo hice un poco de comedia con aquel agujero en el suelo, durante mi hipnosis. De paso sea dicho: con las luces que dejamos abajo, brillaba como un chelín nuevo.

Twyford, de pronto, saltó en su silla.

-Pero en este caso - exclamó con una voz alterada -, entonces, claro está, usted habló de un trozo de acero...

-Yo dije que había dos trozos de acero - dijo Fisher -. El trozo de acero curvado era el imán del muchacho. El otro era el penique.

-Pero éste es en realidad de plata -respondió el arqueólogo.

--¡Oh! - repuso Fisher conciliador -. Yo diría, que lo habían plateado un poco.

Hubo un silencio penoso. Al cabo, Harold March dijo:

-Pero, ¿dónde está la verdadera reliquia?

-Donde ha estado durante cinco años - respondió Horne Fisher -. En poder de un millonario loco de Nebraska que se llama Vandam.

Harold March se quedó mirando los manteles, con el ceño fruncido; luego, después de un

rato, dijo:

-Me parece que comprendo cómo cree usted que ocurrió la cosa; según esto, Morris no hizo más que abrir un agujero y pescar el penique con el imán atado al cordel. Esto parece una pura locura; pero supongo que estaría medio loco a causa del aburrimiento de custodiar una cosa que sabía falsa, aunque no podía probarlo. Entonces se ofreció la ocasión de probárselo, al menos a sí mismo, y se dio el gusto de hacerlo. Sí, me parece que veo un montón de detalles ahora. Pero lo que choca es todo el asunto. ¿Cómo llegó a suceder la cosa así?

Fisher le miraba con los párpados caídos y un aire inmovible.

-Se tomaron todas las precauciones - dijo -. El duque en persona trajo la reliquia y la encerró en la vitrina con sus propias manos.

March permaneció callado. Twyford balbuceó: -No le comprendo. Me da escalofríos. ¿Por qué no habla usted claro?

- ¡Oh, muy bien! - respondió Fisher con un suspiro -. La verdad pura y simple es que se trata de un mal asunto. Todos los que están enterados de él saben que es un mal asunto. Pero esto ocurre a menudo, y, en cierto sentido, uno apenas puede reprochárselo. Se encaprichan con una princesa extranjera, fría como una muñeca holandesa, y se meten en un enredo. En este caso, el enredo ha sido bastante grande. Si se tratara de un decente asunto morganático, yo no diría nada; pero el interesado debe haber sido un loco para tirar los miles con una mujer como ésa. Al fin, la cosa acabó en puro chantaje; pero era algo que el viejo badulaque no podía obtener del contribuyente. Solamente lo podía obtener de un yanqui, y allí lo tienen ustedes.

-Bien; me alegro de que mi sobrino no haya tenido nada que ver con ello - dijo el reverendo Thomas Twyford -. Y, si el gran mundo es así, espero que no tenga tampoco que ver nunca nada con el gran mundo.

-Nadie sabe mejor que yo - dijo Horne Fisher - que uno puede tener demasiado que ver con él. En cuanto a Summers menor, realmente no había tenido nada que ver con la cosa; y forma parte de su superior significación el que no tiene realmente nada que ver con la historia, o con historias parecidas. El muchacho pasó como una bala por el embrollo de este cuento de política turbia y de absurda burla, y salió al otro lado persiguiendo sus propias miras inocentes. Desde lo alto "de la chimenea por donde había subido atisbó un ómnibus nuevo, cuyo color y nombre no conocía aún, como un naturalista podía ver un nuevo pájaro o un botánico una nueva flor. Y se sintió lo suficientemente enajenado para correr detrás de él y poder alejarse sobre aquel fantasmagórico bajel.

## IV

### EL POZO SIN FONDO

En un oasis o verde isla de los mares de arena, rojos y amarillos, que se extienden más allá de Europa en dirección a Oriente, se puede hallar un contraste un tanto fantástico que no es menos típico de un lugar como aquél porque los tratados internacionales hayan hecho de él un puesto avanzado de la ocupación británica. El sitio es famoso entre los arqueólogos por algo que no es precisamente un monumento, sino un simple agujera en el suelo. Pero es un agujero redondo como el de un pozo, y probablemente perteneció a unas grandes obras de irrigación de fecha remota y discutida, tal vez lo más antiguo de aquel antiguo país. Hay una orla verde de palmas y chumbe-ras alrededor de la negra boca del pozo; pero nada queda de la mampostería exterior, salvo dos piedras voluminosas y maltratadas que se levantan como jambas de un portal que a ningún sitio conduce y en las cuales algunos de los arqueólogos más idealistas, en ciertos momentos del amanecer o de puesta de sol, se figuran descubrir borrosas líneas de figuras o facciones de una monstruosidad más que babilónica; mientras que arqueólogos más racionalistas, en las horas más racionales de la plena luz, no ven nada más que dos rocas informes. Se puede haber observado, sin embargo, que no todos los ingleses son arqueólogos. Muchos de los reunidos en aquel lugar por razones militares y oficiales, tenían otras aficiones que la arqueología. Y es un hecho positivo que los ingleses

consiguieron hacer en este desierto oriental, con arena y cuatro hierbas verdes, un pequeño • terreno de golf que tenía un cómodo club en un extremo y, en el otro, este monumento primitivo. No hacían servir este arcaico abismo como *bunker*, porque por tradición era insondable y hasta, para todo efecto práctico, insondado. Cualquier proyectil deportivo que fuera a parar allí podía considerarse literalmente como una bala perdida. Pero a menudo se paseaban a su alrededor, en sus momentos de descanso, conversando o fumando cigarrillos, y uno de ellos acababa de ir allí desde el club para encontrar a otro que miraba un tanto pensativo al interior del pozo.

Ambos ingleses llevaban ropas ligeras y cascos blancos y *pugarlls*; pero aquí terminaba casi enteramente el parecido. Y ambos, simultáneamente, dijeron la misma palabra; pero la dijeron en dos tonos completamente distintos.

-¿Ha oído usted la noticia? - preguntó el hombre que venía del club -. ¡Es espléndido!

-Es espléndido - respondió el que se hallaba junto al pozo.

Pero el primero pronunció la palabra como podía hacerlo un joven hablando de una mujer; y el segundo como podía hacerlo un viejo hablando del tiempo; no sin sinceridad, pero, indudablemente, sin fervor.

Y, en esto, el tono de los dos hombres era suficientemente característico de ellos. El primero, un cierto capitán Boyle, era de un estilo amuchachado y decidido, moreno y con una especie de fuego natural en el rostro que no pertenecía a la atmósfera del Oriente, sino más bien al ardor y a las ambiciones del Occidente. El otro era un hombre de más edad y, ciertamente, un residente más antiguo: un oficial civil llamado Horne Fisher; y sus párpados caídos y su caído bigote rubio expresaban toda la paradoja del inglés en Oriente. Tenía demasiado calor para ser otra cosa que frío.

Ninguno de ellos creyó necesario mencionar qué era lo que denominaban espléndido. Hubiera sido, en efecto, una conversación superflua sobre algo que todo el mundo conocía. La notable victoria sobre una amenazadora coalición de turcos y árabes, obtenida por tropas al mando de Lord Hastings, el veterano de tantas victorias notables, no sólo era conocida de esta pequeña guarnición tan cercana al campo de batalla, sino que los periódicos la habían divulgado ya por todo el Imperio.

-Ninguna otra nación del mundo podía haber hecho una cosa así - exclamó el capitán Boyle con entusiasmo.

Horne Fisher seguía mirando al pozo silenciosamente; un momento después respondió:

-Tenemos, ciertamente, el arte de deshacer errores. En esto es en lo que se engañaron los pobres prusianos. Ellos sólo saben cometer errores y adherirse a ellos. Hay realmente un cierto talento en deshacer errores.

-¿Qué quiere usted decir? -preguntó Boyle -. ¿Qué error?

-Todo el mundo sabe que esto fue morder más de lo que se podía mascar - respondió Horne Fisher. Era una peculiaridad de Fisher la de que siempre dijera que todo *el* mundo sabía cosas que sólo a una persona entre un millón era permitido conocer -. Y fue, ciertamente, una gran suerte que Travers llegara tan a punto. Es curioso lo a menudo que la cosa acertada la hace el segundo jefe hasta cuando el primero es un gran hombre, como Colborne en Waterloo.

-Esto debería añadir toda una provincia al Imperio - observó el otro.

-Bien; supongo que los Zimmern habían insistido que se llegara hasta el canal - observó Fisher pensativo -, aunque todo el mundo sabe que hoy día el anexar provincias no siempre resulta un negocio.

El capitán Boyle frunció las cejas ligeramente desconcertado. No teniendo la menor idea de haber oído hablar de los Zimmern en toda su vida, sólo pudo responder impasible:

-Bien; uno no puede ser un pequeño *englander*.

Horne Fisher sonrió con una sonrisa agradable.

-Aquí todos somos pequeños *englanders* - dijo -. Todos quisiéramos hallarnos de vuelta en la pequeña Inglaterra.

-Me parece que no sé de qué está usted hablando - dijo el joven, un poco receloso -. Se creería que usted no admira a Hastings... ni a nada.

-Le admiro infinitamente - respondió Fisher -. Es, con mucho, el más capacitado para este puesto; comprende a los musulmanes y puede hacer de ellos lo que quiere. Por esta razón yo no soy partidario de excitar contra él la animosidad de Travers sólo por lo ocurrido en este asunto.

-Verdaderamente, no comprendo adónde va usted a parar -dijo el otro con franqueza.

-Tal vez no valga la pena de comprenderlo - repuso Fisher con despego -; y, por otra parte, no necesitamos hablar de política. ¿Conoce usted la leyenda árabe, acerca de este pozo?

-Temo no estar muy versado en leyendas árabes - dijo Boyle algo picado.

-Es una lástima - repuso Fisher -, especialmente desde el punto de vista de usted. El mismo Lord Hastings es una leyenda árabe. Tal vez sea esto lo verdaderamente importante en él. Si su reputación se desvaneciera, esto nos, debilitaría en toda el Asia y el África. Bien; la historia acerca de este agujero en el suelo, que llega hasta nadie sabe dónde, siempre me ha fascinado un poco. Es mahometana por la forma; pero no me extrañaría que fuese más antigua que Mahoma. Se refiere a un llamado sultán Aladino; no nuestro amigo de la lámpara, por supuesto, pero un poco parecido a él en lo de tener que ver con genios y gigantes y cosas por el estilo. Dicen que ordenó a los gigantes que le construyeran una especie de pagoda que se elevara y se elevara hasta por encima de las estrellas. Lo más alto posible, como decía la gente que construía la torre de Babel. Pero los que erigieron la torre de Babel eran gente modesta y casera, una especie de ratoncillos, si se les compara con el viejo Aladino. Sólo querían una torre que llegara al cielo, una pura bagatela. Él quería una torre que *pasara* del cielo, que se elevara por encima de él y continuara creciendo siempre. Y Alá le abatió con un rayo, que penetró en la tierra, abriendo un agujero cada vez más profundo, hasta que hizo un pozo que no tiene, como la torre no debía tener, remate. Y, por aquella torre invertida de tinieblas, el alma del orgulloso sultán está cayendo sin cesar.

-¡Qué estrafalario es usted! - dijo Boyle -. Habla como si uno pudiera creer estas fábulas.

-Tal vez crea en la moraleja <sup>y</sup> no en la fábula - respondió Fisher -. Ahí viene Lady Hastings; creo que la conoce usted.

El club del campo de golf servía, naturalmente, para muchas otras cosas a más del golf. Era el único centro de reunión de la guarnición, aparte de las oficinas estrictamente militares; tenía una sala de billar y un bar, y hasta una excelente biblioteca técnica para los oficiales que fueran lo bastante depravados para tomar en serio su profesión. Entre éstos se contaba el general en persona, cuya cabeza plateada y cuyo rostro moreno, como el de un águila de bronce, se encontraban a menudo inclinados sobre los mapas e infolios de la biblioteca. El gran Lord Hastings creía en la ciencia y en el estudio, como en otros austeros ideales de vida, y había dado sobre este punto muchos consejos paternales al joven Boyle, cuyas visitas a aquel lugar eran un poco más intermitentes. De una de estas rachas de estudio acababa de salir el joven por una puerta de cristales de la biblioteca que daba al campo de golf. Pero, por encima de todo, el club estaba dispuesto para satisfacer las necesidades sociales de las damas, tanto por lo menos como las de los caballeros; y Lady Hastings lo mismo podía representar su papel de reina en aquellas reuniones que en su propio salón. Estaba eminentemente dotada para desempeñar este papel y, como decían algunos, eminentemente inclinada a ello. Era mucho más joven que su marido; una dama atractiva y, a veces, peligrosamente atractiva; y Mr. Horne Fisher la contempló con expresión algo burlona, mientras se alejaba majestuosamente con el joven militar. Después, su mirada melancólica se desvió hacia la verde y espinosa vegetación que rodeaba el pozo; vegetación de aquella curiosa forma de cactus en que una hoja gruesa nace directamente de otra sin vástago ni pecíolo. Esto daba a su espíritu imaginativo la siniestra impresión de una proliferación ciega, sin forma ni objeto. Una flor o un arbusto de Occidente crece hasta dar la flor, que es su corona y contenido. Pero esto era como si unas manos salieran de otras manos o unos pies salieran de otros pies, en una pesadilla.

-Siempre añadiendo una provincia al Imperio - dijo con una sonrisa; y agregó más tristemente -: Pero no sé, después de todo, si he tenido razón.

Una voz fuerte y cordial interrumpió sus meditaciones; y él levantó la vista y sonrió al ver el rostro - de un antiguo amigo. La voz resultaba más cordial que el rostro, que, a primera vista, era decididamente hosco. Era una cara típica de leguleyo con mandíbulas y cejas hirsutas; y pertenecía



a un personaje eminentemente legal, aunque entonces se hallara agregado en una calidad semimilitar a la Policía de aquel salvaje distrito. Cuthbert Grayne era acaso más un criminólogo que un jurisconsulto o un policía; pero en aquellos medios semisalvajes había acertado a convertirse en una combinación práctica de las tres cosas. Contaba en su haber el descubrimiento de toda una serie de extraños crímenes orientales; pero, como pocas personas entendían en esta rama del saber o sentían afición por ella, su vida intelectual resultaba algo solitaria. Entre las pocas excepciones contaba a Horne Fisher, quien tenía una curiosa facilidad para hablar de casi todo con casi todo el mundo.

-¿Está usted estudiando botánica o arqueología? -preguntó Grayne -. Nunca sabré dónde termina su interés, Fisher. Yo diría que lo que usted no sabe no vale la pena de ser sabido.

-Se equivoca usted - respondió Fisher con una sequedad y hasta una acritud muy desusadas en él -. Es lo que sé lo que no merece la pena de ser conocido. Todo el lado peor de las cosas; todas las razones secretas y los móviles corrompidos y el soborno y el chantaje que llaman política. No puedo estar tan orgulloso de haber bajado a esta sentina que vaya a jactarme de ello con los muchachos de la calle.

-¿Qué significa esto? ¿Qué le pasa a usted? - preguntó su amigo -. Nunca le había visto tomar así las cosas.

-Estoy avergonzado de mí mismo - respondió Fisher -. Acabo de echar un jarro de agua fría sobre los entusiasmos de un muchacho.

-Esa explicación me parece insuficiente - observó el criminólogo.

-Claro está que el entusiasmo era una pura mentecatez periodística - continuó Fisher -; pero yo debería saber que a esa edad las ilusiones pueden ser ideales. Y siempre vale más que la realidad. Y hay una responsabilidad muy grande en desviar a un joven de la rutina del ideal más idiota.

-Y ¿cuál puede ser?

-Le expone uno a empujar con una nueva energía en una dirección mucho peor - respondió Fisher -. Una dirección sin objeto, un abismo sin fondo, como el pozo sin fondo.

Fisher no volvió a ver a su amigo hasta quince días después, cuando se encontraba en el jardín detrás del club, en el lado opuesto al campo de golf. Era un jardín fuertemente coloreado y perfumado de plantas semitropicales a la luz de un ocaso en el desierto. Otros dos hombres estaban con él, siendo el tercero el ahora célebre segundo jefe, conocido de todos como Tom Travers, un hombre moreno y flaco que parecía más viejo de lo que era realmente, con un surco en la frente y un algo saturnino en la forma misma de su negro bigote. Acababa de servirles el café el árabe que ahora oficiaba temporalmente como camarero del club, aunque ya era una figura familiar y hasta famosa como antiguo criado del general. Se llamaba Said y era notable entre otros semitas por esa monstruosa longitud de su cara amarilla y esa altura de su estrecha frente que se da a veces entre ellos, y producía una impresión irracional de algo siniestro, a pesar de su agradable sonrisa.

-Nunca me ha parecido tener confianza en este individuo - dijo Grayne cuando el hombre se hubo marchado -. Es muy injusto, ya lo sé, porque, indudablemente, es muy adicto a Hastings y le salvó la vida, según dicen. Pero los árabes muchas veces son así: leales a un solo hombre. No puedo evitar el pensar que sería capaz de desollar a cualquier otra persona, y hasta de hacerlo a traición.

-Bien - dijo Travers con una sonrisa un poco agria -; mientras no haga daño a Hastings, al mundo no le importaría gran cosa.

Hubo un silencio un tanto embarazoso, lleno de recuerdos de la gran batalla, y, entonces, Horne Fisher dijo lentamente:

-Los periódicos no son el mundo, Tom. No se apure usted por lo que dicen. Todos en el mundo de usted conocen la verdad.

-Me parece que vale más que no hablemos del general ahora - observó Grayne -, porque acaba de salir del club. No viene hacia aquí - dijo Fisher -; no hace más que acompañar a su mujer al automóvil.

Efectivamente, mientras hablaban, la dama apareció a la puerta del club, seguida de su marido, quien entonces se le adelantó rápidamente para abrir el portillo del -jardín. Mientras lo hacía, ella se volvió y dijo unas palabras a un hombre solitario sentado en una silla de bambú a la sombra del portal, el único hombre que quedaba en el desierto club, aparte de los tres que estaban en el jardín. Fisher escudriñó un momento en la sombra y vio que se trataba del capitán Boyle.

Un instante después, con cierta sorpresa por parte de los del grupo, el general reapareció y, volviendo a subir los escalones, dijo a su vez una o dos palabras a Boyle. Entonces hizo un signo a Said, quien acudió corriendo con dos tazas de café, y los dos hombres entraron otra vez en el club llevando cada uno una taza en la mano.

Inmediatamente, un destello de luz blanca en la creciente oscuridad mostró que se habían encendido las luces eléctricas en la biblioteca.

-Café e investigación científica - dijo Travers torvamente -. Todos los lujos del saber y de la teoría. Bien; he de irme, porque yo también tengo mi trabajo.

Y se levantó un tanto demasiado rígido, saludó a sus compañeros y desapareció en la oscuridad.

-Yo sólo deseo que Boyle se limite a la investigación científica - dijo Horne Fisher -. No estoy muy tranquilo acerca de él. Pero hablemos de otra cosa.

Hablaron de otra cosa mucho más tiempo de lo que probablemente se imaginaban hasta que llegó la noche tropical y una espléndida luna plateó todo el paisaje; pero, antes de que fuera lo bastante clara para que permitiera ver los objetos, Fisher había observado ya que las luces de la biblioteca se apagaban de pronto. Estuvo esperando que los dos hombres salieran por la puerta que daba al jardín, mas no vio a nadie.

-Habrán ido a dar un paseo por el campo de golf - dijo.

-Es muy posible - respondió Grayne -. Va a hacer una noche magnífica.

Acababa de decir esto cuando oyeron una voz que los llamaba desde la sombra proyectada por el club, y se sorprendieron al percibir a Travers, que corría hacia ellos gritando:

-Necesito la ayuda de ustedes. Ha ocurrido algo muy grave en el campo de golf.

Al instante se hallaron todos corriendo a través del fumador y de la biblioteca del club en medio de una completa oscuridad material y mental. Pero Horne Fisher, a pesar de su afectación de indiferencia, era persona de una curiosa y casi sobrenatural sensibilidad para las atmósferas, y ya había sentido la presencia de algo más que un accidente: Tropezó con un mueble de la biblioteca y casi se estremeció al choque; porque la cosa se movió como él no se había imaginado que pudiera moverse un mueble. Pareció moverse como algo vivo que cediera y, no obstante, devolviera el golpe. Un momento después Grayne encendía las luces, y Fisher pudo ver que lo ocurrido era únicamente que había tropezado con una estantería giratoria, la cual, al oscilar, había vuelto a chocar con él; pero el sobresalto experimentado le reveló su propia subconsciencia de algo misterioso y monstruoso. Había varias de estas estanterías giratorias esparcidas por la biblioteca; sobre una de ellas se veían dos tazas de café, y, sobre otra, un gran libro abierto. Era la obra de Budge sobre jeroglíficos egipcios, con láminas en color de extraños pájaros y dioses; y, en el mismo momento de pasar corriendo, Fisher sintió que había algo extraño en el hecho de que fuera este libro y no un tratado de ciencia militar el que se hallara abierto en aquel sitio y en aquella ocasión. Hasta percibió el hueco en el bien ordenado estante de donde había sido sacado, y le dio la impresión de algo horrible, como un boquete en la dentadura de un rostro siniestro.

Una carrera los llevó en pocos minutos al otro extremo del campo, delante del pozo sin fondo; y a pocas yardas de éste, iluminado por un claro de luna tan fuerte como la luz del día, vieron lo que habían ido a ver.

El gran Lord Hastings yacía de cara al suelo, en una postura extraña y violenta, con un codo erecto sobre su cuerpo, el brazo doblado y su mano grande y huesuda asiendo la espesa hierba. Pocos pasos más allá, estaba Boyle, casi igualmente inmóvil, pero puesto a gatas y contemplando fijamente el cadáver. Podía no haber sido únicamente obra de la sorpresa o del azar; había algo torpe y siniestro en la postura cuadrúpeda y en el rostro abstraído. Era como si la razón le hubiera

abandonado. Detrás de él sólo se veía el brillante cielo azul, y el principio del desierto, aparte de las dos grandes piedras rotas de enfrente del pozo. Y era a esta luz y en esta atmósfera como los hombres podían imaginar que veían en ellas caras enormes y espantosas que los estaban mirando.

Horne Fisher se inclinó, tocó la fuerte mano que todavía se agarraba a la hierba y la halló fría como una piedra.

Hubo un silencio angustioso; y luego Travers observó secamente:

-Esto es de su incumbencia, Grayne; usted se encargará de interrogar al capitán Boyle. Yo no entiendo nada de lo que dice.

Boyle se había rehecho y se había levantado; pero su semblante continuaba ofreciendo un terrible aspecto que le hacía parecer una máscara nueva o la cara de otro hombre.

-Estaba mirando al pozo -dijo- y, al volverme, vi que se había caído.

Grayne tenía una expresión extremadamente sombría.

-Como dice usted, esto es cosa mía - indicó -; ante todo, he de pedirles que me ayuden a llevar al general a la biblioteca y que me dejen examinar las cosas a fondo.

Una vez depositado el cadáver en la biblioteca, Grayne se volvió a Fisher y dijo con una voz que había recobrado su naturalidad y su confianza:

-Voy a encerrarme y a hacer primero un reconocimiento completo. Cuento con usted para mantener el contacto con los demás y someter a Boyle a un interrogatorio preliminar. Yo le hablaré más tarde. Y telefonee usted a la Comandancia para que manden un policía; hágale venir en seguida aquí y que aguarde hasta que yo le llame.

Sin decir más, el gran investigador criminal entró en la biblioteca iluminado, cerrando la puerta tras de sí; y Fisher, sin replicar, se volvió y se puso a hablar sosegadamente con Travers.

-Es curioso - dijo - que esto haya ocurrido precisamente delante de aquel sitio.

-Sería realmente curioso - respondió Travers -, si el sitio hubiera tenido en esta ocasión algún papel en ello.

-Me parece - dijo - que el papel que no ha tenido es más curioso todavía.

Y con estas palabras, aparentemente sin sentido, se volvió al agitado Boyle y, cogiéndole del brazo, se puso a hacerle pasear a la luz de la luna, hablando en voz baja.

Había ya despuntado el día cuando Cuthbert Grayne apagó las luces de la biblioteca y salió al campo de golf. Fisher se paseaba solo, con aire indolente; pero el mensajero policía que había mandado llamar permanecía cuadrado a cierta distancia.

-He mandado a Boyle con Travers - observó Fisher con indiferencia -; él le vigilará, y, de todos modos, vale más que duerma.

-¿Le ha sacado usted algo? - preguntó Grayne -. ¿Le dijo a usted lo que estaban haciendo él y Hastings?

-Sí - respondió -; me hizo un relato bastante claro de todo. Dijo que, después de que Lady Hastings se hubo marchado en el automóvil, el general le invitó a tomar café con él en la biblioteca para examinar un punto de arqueología local. Boyle empezaba a buscar el libro de Budge en una de las estanterías giratorias cuando el general lo encontró en una de las adosadas a la pared. Después de mirar algunas láminas, salieron, al parecer un poco precipitadamente, al campo de golf y se encaminaron al pozo; y, mientras Boyle miraba dentro de él, oyó detrás de sí un baque, y, al volverse, encontró al general como le hallamos nosotros. Se puso de rodillas para examinar el cadáver, y entonces se sintió paralizado por una especie de terror y no pudo acercarse a él ni tocarle. Pero yo no le doy importancia a esto: a las personas afectadas por la conmoción de una sorpresa, se las encuentra a veces en las posturas más raras.

Grayne esbozó una torva sonrisa de atención, y dijo, tras un breve silencio:

-Bien; no le ha dicho a usted demasiadas mentiras. Realmente, es una relación estimablemente clara y coherente de lo ocurrido, que sólo deja fuera todo lo importante.

¿Ha descubierto usted algo ahí dentro? - preguntó Fisher.

-Lo he descubierto todo - respondió seriamente Grayne.

Fisher guardó un silencio un tanto sombrío, mientras el otro proseguía su explicación en un tono reposado y firme.

-Tenía usted razón, Fisher, al decir que el joven estaba en peligro de lanzarse a un abismo. Tuviera o no tuviera que ver con ello, como usted se imagina, el menoscabo que usted causó al concepto que él tenía del general, lo cierto es que desde hace algún tiempo no se ha estado portando bien con él. Es un asunto desagradable, y no quiero extenderme en explicaciones; pero está bien claro que la mujer del general tampoco se portaba bien con su marido. Yo no sé hasta qué punto llegó la cosa, pero en todo caso llegó hasta el punto de obrar a escondidas; porque cuando Lady Hastings habló con Boyle fue para decirle que había ocultado una nota en el libro de Budge en la biblioteca. El general lo oyó, o de algún modo se enteró de ello, y se fue directamente al libro y encontró el papel. Lo puso ante Boyle y, naturalmente, tuvieron una escena. Y Boyle se encontró ante otra cosa también; se encontró ante una pavorosa alternativa, en la cual la vida del hombre significaba la ruina, y su muerte significaba el triunfo y hasta la felicidad.

¿Bien - observó Fisher al cabo -. No le censuro por no haberle contado a usted la parte de la mujer en esta historia. Pero, ¿cómo se ha enterado usted de lo de la carta?

-La hallé sobre el cadáver del general - respondió Grayne -; pero he encontrado algo peor que esto. El cadáver había adquirido la rigidez peculiar de ciertos venenos asiáticos. Entonces examiné las tazas de café, y entiendo lo bastante en cuestión de química para reconocer la presencia del veneno en el poso de una de ellas. Ahora bien: el general se fue directamente a la librería, dejando su taza de café sobre la estantería que había en medio de la habitación. Mientras estaba vuelto de espaldas y Boyle fingía buscar en la estantería, éste se quedó solo con las dos tazas. El veneno tarda diez minutos en obrar; y un paseo de diez minutos podía llevarlos al pozo sin fondo.

-Sí - observó Horne Fisher -. Y, ¿qué me dice usted del pozo sin fondo?

-¿Qué tiene que ver el pozo sin fondo con esto? -preguntó su amigo.

-No tiene nada que ver - respondió Fisher -. Eso es lo que yo encuentro absolutamente desconcertante e increíble.

-Y, ¿por qué razón había de tener algo que ver con el asunto ese agujero en el suelo?

-Es un agujero en la argumentación de usted - dijo Fisher -. Pero ahora no quiero insistir en ello. Por cierto que hay otra cosa que debería decirle a usted. Le indiqué que había puesto a Boyle bajo la custodia de Travers. No le engañaría si dijera que puse a Travers bajo la custodia de Boyle.

-¿No quería usted decir que sospecha de Travers? - exclamó el otro.

-Estaba mucho más airado contra el general de lo que pudiera estar Boyle - observó Horne Fisher con curiosa indiferencia.

-Usted no dice lo que piensa - exclamó Grayne -. Le he dicho que encontré veneno en una de las tazas de café.

-Por supuesto, siempre hay que contar con Said - añadió Fisher -, ya sea por odio o a sueldo de otro. Convinimos en que era capaz de casi todo.

-Y convinimos en que era incapaz de hacer daño a su amo - replicó Grayne.

-Bien, bien - dijo Fisher amablemente-, me atrevo a decir que usted tiene razón, pero me gustaría dar un vistazo a la biblioteca y a las tazas de café.

Pasaron adentro, mientras Grayne se volvía al policía que estaba aguardando y le tendía una nota para que la telegrafiaran desde la comandancia. El hombre saludó y se fue precipitadamente; y Grayne, siguiendo a su amigo, entró en la biblioteca y le encontró al lado de la estantería de en medio de la estancia sobre la cual se hallaban situadas las tazas vacías.

-Aquí es donde Boyle buscó el libro de Budge, o fingió buscarlo, según usted dijo.

Mientras hablaba, Fisher se puso en cuclillas, para mirar los libros de la estantería giratoria; porque todo el mueble no era mucho más alto que una mesa corriente. Un momento después se enderezaba de un salto, como si le hubieran picado.

- ¡Oh, Dios mío! - exclamó.

Pocas personas habían visto, si es que lo había visto alguna, a Horne Fisher conducirse como

se condujo entonces. Lanzó una mirada a la puerta, vio que la ventana abierta estaba más cerca, la salvó de un salto, como si fuera una valla y echó a correr tras el policía que se perdía de vista. Grayne, que se quedó mirándole, vio pronto reaparecer su figura alta y desmadejada que había recobrado toda su flojedad e indolencia habituales. Iba abanicándose despacio, con una hoja de papel: el telegrama que tan violentamente había interceptado.

-Afortunadamente detuvo esto - observó -. Hemos de mantener secreto este asunto. Hastings tiene que haber muerto de apoplejía o de síncope.

-¿Qué es lo que pasa? - preguntó el otro investigador.

-Lo que pasa - dijo Fisher - es que dentro de unos días nos hallaremos en una agradable alternativa: la de ahorcar a un inocente o mandar al infierno el Imperio británico.

-¿Quiere esto significar - preguntó Grayne - que este infernal crimen ha de quedar sin castigo? Fisher le miró fijamente.

-Ya está castigado - dijo.

Después de un breve momento de silencio continuó:

-Usted ha reconstruido el crimen con admirable habilidad, amigo mío, y casi todo lo que ha dicho usted es verdad. Dos hombres con dos tazas de café entraron en la biblioteca y pusieron las tazas sobre la estantería, y fueron juntos hasta el pozo, y uno de ellos era un asesino y había vertido veneno en la copa del otro. Pero esto no fue hecho mientras Boyle estaba buscando en la estantería giratoria. El buscó en ella el libro de Budge, que contenía la nota; pero me imagino que Hastings ya lo había trasladado a los estantes de la pared. Formaba parte de aquel horrendo juego el que fuera él quien lo encontrara primero. Ahora bien, ¿qué hace un hombre para buscar en una estantería giratoria? Generalmente no anda dando saltos a su alrededor acurrucado en la actitud de una rana. Le da sencillamente un impulso y el mueble gira sobre sí mismo.

Miraba ceñudamente al suelo mientras hablaba, y había bajo sus pesados párpados una luz que no se veía allí con frecuencia. El misticismo que yacía sepultado bajo todo el cinismo de su experiencia estaba despierto y se movía en lo profundo de su alma. Su voz tomaba giros e inflexiones tales como si fueran dos hombres los que estaban hablando.

-Esto es lo que Boyle hizo; tocó apenas el mueble y éste giró con la misma facilidad con que gira la Tierra; porque la mano que lo hizo girar no fue la suya. Dios, que hace girar la rueda de todas las estrellas, tocó aquella rueda y le hizo dar media vuelta a fin de que su terrible justicia se cumpliera.

-Empiezo a tener - dijo Grayne - una vaga y horrible idea de lo que usted quiere decir.

-Es muy sencillo -dijo Fisher-; cuando Boyle se levantó de su postura agachada había ocurrido algo de que él no se había dado cuenta, de que su enemigo no se había dado cuenta, de que no se había dado cuenta nadie. Las dos tazas de café habían cambiado exactamente de lugar.

La cara pétrea de Grayne pareció haber soportado un choque en silencio; ni una de sus líneas se alteró, pero al hablar, su voz salió inesperadamente débil.

-Comprendo lo que quiere decir - dijo -, y, como ha dicho usted, cuanto menos se hable de ello mejor. No fue el amante quien trató de desembarazarse del marido, sino al revés. Y una historia como ésta sobre un hombre como éste nos arruinaría aquí. ¿Tuvo usted alguna presunción de ello al principio?

-El pozo sin fondo, como le dije - respondió Fisher -. Eso fue lo que me intrigó desde el principio. No porque tuviera algo que ver con ello. Porque no tenía nada que ver con ello.

Permaneció un momento callado, como meditando por dónde empezaría, y después continuó:

-Cuando un asesino sabe que su enemigo estará muerto al cabo de diez minutos y lo lleva al borde de un abismo insondable es que se propone echar allí su cadáver. ¿Qué otra cosa cabría? Un tonto de nacimiento tendría el sentido de hacerlo; y Boyle no es un tonto de nacimiento. Bien, ¿por qué no lo hizo Boyle? Cuanto más pensaba en ello, más sospechaba que había habido algún error en el crimen, por decirlo así. Alguien había llevado a alguien allí para echarlo dentro; y, no obstante, no lo había echado. Yo tenía una idea impresa y horrenda de alguna sustitución o inversión de

papeles; entonces me bajé a hacer girar la estantería por casualidad, y al instante lo vi todo, porque vi las dos tazas girar otra vez, como lunas en el cielo.

Después de una pausa, Cuthbert Grayne dijo: -¿Y qué diremos a los periódicos?

-Mi amigo Harold March llega hoy de El Cairo - repuso Fisher -. Es un periodista hábil y brillante. Pero, a pesar de esto, es un hombre de honor; de manera que no debe usted decirle la verdad.

Media hora después, Fisher volvía a pasear de un lado a otro, delante del club, con el capitán Boyle, este último ahora con un aire muy abrumado y aturdido, tal vez el de un hombre más triste y avisado.

-Y respecto a mí, ¿qué? - decía -. ¿Estoy justificado? ¿No se me va a justificar?

-Creo y espero -respondió Fisher - que no se va a justificar. No debe haber sospecha alguna contra él y, por consiguiente, tampoco ninguna contra usted. Cualquiera sospecha contra él, por no decir cualquier historia contra él, nos echaría por el suelo desde Malta a Mandalay. Él era un héroe a la vez que un santo terror para los musulmanes. De hecho, casi podría usted llamarle un héroe musulmán al servicio de Inglaterra. Por supuesto, él se entendía bien con ellos a causa de su pequeña dosis de sangre oriental; le venía de su madre, la bailarina de Damasco; todo el mundo lo sabe.

- ¡Oh! - repitió maquinalmente Boyle, mirando-le con unos ojos muy abiertos -. ¡Todos lo saben!

-Yo diría que había un rasgo de ella en sus celos y en su feroz venganza - continuó Fisher -. Pero, a pesar de esto, el crimen nos arruinaría entre los árabes, con mayor motivo por cuanto fue algo como un crimen contra la hospitalidad. Ha sido odioso para usted y es bastante terrible para mí. Pero hay algunas cosas que no se pueden hacer, y, mientras yo viva, ésta es una de ellas.

-¿Qué quiere usted decir? - preguntó Boyle, mirándole con curiosidad -. ¿Por qué usted, precisamente, ha de mostrarse tan apasionado en esto?

-Supongo - dijo el otro - que es porque soy un pequeño *englander*.

-Nunca he podido entender qué quería usted significar con eso - respondió Boyle.

-¿Piensa usted que Inglaterra es tan pequeña - dijo Fisher, con calor en su fría voz -, que no puede detener un hombre a través de unos pocos miles de millas? Usted me quiso dar una lección de patriotismo teórico, mi joven amigo, pero ahora se trata, para usted y para mí, de patriotismo práctico, y sin mentiras para ayudarlo. Usted hablaba como *si* todo marchara bien para nosotros en el mundo entero, en un crescendo triunfal que culminaba en Hastings. Yo le dije que todo había ido mal aquí para nosotros, excepto Hastings. Su nombre era el único que nos quedaba como conjuro; y éste no debe perderse también. ¡No, por Dios! Ya es bastante malo que una banda de infernales judíos nos haya plantado aquí, donde no hay ningún interés británico que servir y sí todo un infierno desencadenado contra nosotros, sólo porque el Narigudo Zimmern ha prestado dinero a la mitad del ministerio. Ya es bastante malo que un viejo prestamista de Bagdad nos haga librar sus batallas; no podemos luchar con la mano derecha cortada. Nuestro único tanto era Hastings y su victoria, que en realidad, era la victoria de otro. Tom Travers tiene que sufrir, y usted también.

Después, tras un silencio, señaló al pozo sin fondo y dijo en un tono más tranquilo:

-Ya le dije que no creía en la filosofía de la Torre de Aladino. No creo en el Imperio que cree tocar el cielo; no creo en la Unión Jack subiendo eternamente como la Torre. Pero, si usted cree que voy a dejar que la Unión Jack se hunda eternamente como el pozo sin fondo, en la derrota y en la irrisión entre las befas de los judíos que nos han chupado los huesos... Yo no haré esto, se lo digo categóricamente: no, aunque el Canciller sufra el chantaje de veinte millones con sus periódicos indecentes; no, aunque el Primer Ministro se case con veinte judías yanquis; no, aunque Woodville y Carsairs tengan acciones en veinte minas trucadas. Si la cosa está realmente tambaleándose, no debemos ser nosotros. ¡Dios nos valga!, los que le demos el empujón.

Boyle le estaba mirando con un azoramiento que casi era miedo y que tenía hasta un algo de repugnancia.

-Parece haber algo espantoso - dijo - en las cosas que sabe usted.

-Sé - respondió Horne Fisher -, y no es que esté muy complacido con mi pequeño caudal de

conocimientos y reflexiones. Pero, como éste ha contribuido en parte a evitar que le ahorcaran a usted, no veo por qué tiene que quejarse de él.

Y, como si se avergonzara de su exaltación, volvió la espalda al joven y se alejó hacia el pozo sin fondo.

## V

### EL AGUJERO EN EL MURO

Dos hombres, un arquitecto y un arqueólogo, se encontraron en la puerta de la gran mansión de Prior's Park; y su dueño, Lord Bulmer, con su jovialidad de costumbre, estimó natural el presentarlos. Hay que confesar que era tan jovial como de ideas confusas, y en su mente no se establecía entre ambos una relación muy clara, salvo la de que un arquitecto y un arqueólogo empezaban con el mismo grupo de letras. El mundo habrá de quedar en una respetuosa incertidumbre respecto a si, por la misma razón, habría presentado un diplomático a un joven corpulento, rubio, de cuello de toro, de ademanes exuberantes, que le llevaban a agitar sus guantes y blandir su bastón maquinalmente.

-Ustedes dos hallarán algo de que hablar - dijo, con jovialidad -: edificios antiguos y cosas por el estilo. Ésta es una casa bastante vieja, dicho sea de paso, aunque me esté mal el decirlo. He de pedir que me disculpen un momento, pues tengo que ocuparme de las invitaciones para esta fiesta navideña que organiza mi hermana. No hay que decir que espero verlos en ella. Julieta querría que fuese cosa de disfraces: abades y cruzados y demás. Mis abuelos, al fin y al cabo, me parece a mí...

-Supongo que el abad no sería un abuelo - dijo el arqueólogo con una sonrisa.

-Sólo una especie de tío abuelo, me figuro yo.

Después, su mirada un poco errabunda recorrió el ordenado paisaje que se extendía ante la casa: un lago artificial exornado en su centro con una ninfa arcaica y rodeado por un parque de altos árboles, ahora grises y negros y cubiertos de escarcha, pues esto ocurría en lo más recio de un riguroso invierno.

-El frío está apretando de lo lindo - continuó su señoría.

-Mi hermana confía en que, además de bailar, se podrá patinar.

-Si los cruzados vienen armados de punta en blanco - dijo el otro - tendrá usted que andar con cuidado para no ahogar a sus abuelos.

- ¡Oh, no hay miedo! - respondió Bulmer -; este precioso lago nuestro no tiene en ningún sitio dos pies de profundidad.

Y con uno de sus ampulosos ademanes introdujo el bastón en el agua para demostrar su poco fondo. Pudieron ver el corto extremo torcido dentro del agua, de manera que pareció por un momento que el hombre apoyaba su gran peso sobre un cayado roto.

-Lo peor que pueden ustedes temer es ver cómo un abad se sienta un poco bruscamente - añadió, volviéndose para irse -. Bien, *au revoir*; ya les diré más tarde lo que halla.

El arqueólogo y el arquitecto se quedaron en los grandes escalones de piedra, sonriéndose mutuamente. Fuesen cuales fuesen sus intereses comunes, sus personas ofrecían un notable contraste; y los imaginativos hasta habrían podido encontrar alguna contradicción en cada uno de ellos, considerada individualmente. El primero, un tal Mr. James Haddow, procedía de un soporífero antro de Inn's Court lleno de cuero y pergamino; porque su profesión era el foro, y la historia únicamente su afición; él era, entre otras cosas, el procurador y apoderado de los suburbios de Prior's Park. Pero, personalmente, estaba muy lejos de ser soporífero y parecía notablemente despierto, con unos ojos azules sagaces y prominentes y un cabello rojo peinado tan cuidadosamente como cuidado era su vestir. El segundo, llamado Leonard Crane, venía directamente de un vulgar y casi plebeyo despacho de constructores y agentes de fincas del vecino suburbio, despacho que se soleaba al extremo de una hilera de casas nuevas con planos en colores muy brillantes y anuncios en

letras muy grandes.

Pero un observador atento, a la segunda vez de mirarlo, podía apreciar en sus ojos algo de aquel brillante sueño que se llama fantasía; y su cabello rubio, que no llevaba afectadamente largo, estaba peinado sin afectación. Era una verdad manifiesta y melancólica que el arquitecto era un artista. Pero el temperamento artístico no lo explicaba todo; había en él algo más que era indefinible, pero que algunos encontraban hasta peligroso. A pesar de su aire soñador, a veces sorprendía a sus amigos con habilidades y hasta pasatiempos al margen de su vida ordinaria, como pasatiempo de alguna existencia anterior.

En esta ocasión, sin embargo, se apresuró a negar su autoridad en la materia que constituía la afición del otro.

-No he de engañar a nadie - dijo con una sonrisa -. Apenas sé lo que es un arqueólogo, excepto que unos mohosos, restos del griego que aprendí sugieren que se trata de un hombre que estudia cosas antiguas.

-Sí - respondió Hadow, sombrío-. Un arqueólogo es un hombre que estudia cosas antiguas y encuentra que son nuevas.

Crane estuvo mirándole un momento y después volvió a sonreír.

-¿Puede uno insinuar - dijo - que alguna de las cosas de que hemos hablado están entre las cosas antiguas que resultan nuevas?

Su compañero permaneció también silencioso un momento; y la sonrisa de su cara ceñuda se hizo débil al responder él con calma:

-El muro que rodea el parque es realmente antiguo. La única puerta que tiene es gótica, y no puedo hallar rastro alguno de destrucción o restauración. Pero la casa y la propiedad en general..., bueno, las románticas ideas que despiertan estas cosas son a menudo novelerías modernas, cosas casi como novela de moda. Por ejemplo, el nombre mismo de este lugar, Prior's Park, hace que todo el mundo piense en él como se piensa en una abadía medieval vista a la luz de la luna; no me extrañaría que los espiritistas hubieran descubierto ya, allí, el fantasma de un tal Prior, probablemente una granja que un tiempo estuvo aquí y era como un mojón local. Hay multitud de ejemplos parecidos, aquí y por todas partes. Este suburbio nuestro fue antes un pueblo, y, porque alguien se comió unas letras del nombre y lo llamó Holywell, más de un poeta menor se puso a fantasear sobre un **Holy Well**<sup>4</sup> con encantamientos y hadas y todo lo demás, llenando de brumas célticas los salones suburbanos. Esto, cuando cualquiera que conozca los hechos sabe que «Holnwall» significa sencillamente «el agujero en el muro» y probablemente se refiere a algún accidente completamente trivial. Esto es lo que quiero decir cuando digo que no es tanto que descubramos cosas antiguas como que las descubramos nuevas.

Crane parecía haber dejado de prestar atención a la pequeña conferencia sobre antigüedades y novedades; y la causa de su distracción pronto se puso de manifiesto, y, en realidad, se acercó a ellos. La hermana de Lord Bulmer, Julieta Bray, venía lentamente por el césped, acompañada de un caballero y seguida de otros dos. El joven arquitecto estaba en la ilógica situación de espíritu en que se prefieren tres a uno.

El hombre que iba con la joven no era otro que el príncipe Borodino, quien era al menos tan famoso como debería ser un diplomático distinguido, en interés de lo que se llama diplomacia secreta. Había estado realizando una tanda de visitas a varias mansiones inglesas; y lo que hacía exactamente por la diplomacia en Prior's Park era un secreto tan grande como pudiera desear un diplomático. Lo más sencillo que podía decirse de su persona es que habría sido extremadamente guapo si no hubiese sido completamente calvo. Pero esto hubiera sido una manera un poco calva de presentar las cosas. Por fantástico que parezca, habría resultado más apropiado al caso decir que la gente se habría sorprendido de ver cabello en su cabeza; tanto como si viera echar pelo al busto de

---

<sup>4</sup> Pozo sagrado.



un emperador romano. Era de elevada estatura, llevaba abotonada completamente la chaqueta, ajustada de manera que ponía de relieve su torso poderoso, y lucía una flor encarnada en el ojal. De los dos hombres que iban detrás, uno era también calvo, pero de un modo más parcial y también más prematuro; porque su caído bigote era aún más rubio, y si sus ojos parecían un poco soñolientos era más por languidez que a causa de la edad. Se llamaba Horne Fisher; y hablaba de todo con tanta facilidad y soltura que nadie había podido descubrir cuál era su tema favorito. Su compañero era una figura más notable y hasta más siniestra; y tenía la importancia adicional de ser el amigo más antiguo y más íntimo de Lord Bulmer. Se le conocía generalmente, con una austera simplicidad, como el señor Brain; pero se sabía que había sido juez y oficial de Policía en la India; y se sabía que tenía enemigos, que trataban casi de criminales sus medidas contra el crimen. Era un atezado esqueleto de hombre con unos ojos oscuros y hundidos y un bigote negro que ocultaba la expresión de su boca. Aunque tenía el aire del que se halla consumido por alguna enfermedad tropical, sus movimientos eran mucho más vivos, más agitados que los que tenía su indolente compañero.

-Ya está todo arreglado anunció la joven con gran animación cuando estuvieron a distancia desde donde pudieran oírla -. Todos ustedes tendrán que disfrazarse, y es muy posible que hasta tengan que calzar patines; por más que el príncipe dice que no pegan con el disfraz. Pero a nosotros no nos importa. Está ya helando y no se ofrece a menudo una oportunidad así en Inglaterra.

-Ni siquiera en la India se puede patinar todo el año - observó el señor Brain.

-Y ni siquiera Italia está primordialmente asociada con el hielo - dijo el italiano.

-Italia está primordialmente asociada con helados - observó Horne Fisher -; quiero decir con vendedores de helados. La mayor parte de las personas de este país se imaginan que Italia está poblada exclusivamente de vendedores de helados y organilleros. Verdaderamente, hay muchos de ellos aquí; tal vez sean un ejército de invasión disfrazado.

-¿Cómo sabe usted que no son los emisarios secretos de nuestra diplomacia? - preguntó el príncipe con una sonrisa ligeramente desdeñosa-. Un ejército de organilleros podría recoger indicios, y sus monas podrían recoger toda clase de cosas.

-Los organilleros están organizados, en efecto -dijo el petulante Fisher-. Bien; yo he pasado bastante frío en Italia y hasta en la India, en las pendientes del Himalaya. El hielo de nuestra pequeña alberca resultará, en comparación, totalmente confortable.

Julietta Bray era una mujer atractiva, de cabello y cejas oscuras y ojos expresivos, y haba cordialidad y hasta generosidad en sus maneras un poco imperiosas. En muchos asuntos sabía dominar a su hermano; aunque este aristócrata, como muchos otros hombres de ideas imprecisas, no dejaba de tener algo de agresivo cuando se le acorralaba. Supo, indudablemente, dominar a sus huéspedes, hasta el punto de embarcar al más respetable y reacio de ellos en su mascarada medieval. Y hasta pareció que podía mandar también a los elementos como una hechicera. Porque el frío fue haciéndose cada vez más duro y penetrante; aquella noche, el hielo del lago blanqueaba a la luz de la luna como un suelo de mármol; y, antes de que ocurriera, ya habían empezado a bailar y a patinar sobre él.

Prior's Park, o más propiamente, el distrito circundante de Hollywall, era una mansión solariega que se había convertido en suburbio. No teniendo, en otro tiempo, a sus puertas más que un villorrio vasallo, encontraba ahora en todas sus inmediaciones las señales de la expansión de Londres. El señor Haddow, dedicado a investigaciones históricas en la biblioteca y en la localidad, poca ayuda encontraba en esta última. Había ya colegido, por los documentos, que Prior's Park había sido algo así como la granja de Prior, que tomaba su nombre de algún personaje local. Pero las nuevas condiciones sociales se oponían a la reconstrucción de su historia mediante sus tradiciones. Si hubiese subsistido algún lugareño auténtico, Haddow habría encontrado, por remota que fuera, alguna vieja leyenda sobre el señor Prior. Pero la nueva población nómada de empleados y artesanos, siempre trasladando sus hogares de un suburbio a otro, o sus hijos de una escuela a otra, no podían poseer una continuidad colectiva. Tenía todo el olvido de la historia que acompañaba por todas partes al aumento de la instrucción.

No obstante, cuando a la mañana siguiente Hadow salió de la biblioteca y vio los árboles desnudos circundando el estanque helado como un bosque negro, le pareció estar lejos, en lo más agreste del país. El viejo muro que rodeaba el parque hacía de este recinto algo completamente rural y romántico; uno podía imaginar fácilmente que las honduras de aquel negro bosque se extendían indefinidamente hasta lejanos valles y colinas. El gris, el negro y el blanco del bosque desnudo parecían más sombríos y austeros en contraste con los abigarrados grupos de máscaras que se hallaban ya sobre el estanque helado y a su alrededor.

Porque todos los invitados se habían puesto ya los disfraces; y el abogado, con su traje negro y su cabello rojo, era la única figura moderna que quedaba entre ellos.

-¿No va usted a vestirse? -preguntó Julieta, indignada, agitando contra él un enorme tocado del siglo XIV, en forma de media luna, que, a pesar de lo fantástico que resultaba, encuadraba su rostro de un modo que le sentaba a maravilla -. Aquí todo el mundo debe ser de la Edad Media. Hasta el señor Brain se ha puesto una especie de bata parda, y dice que es un monje; y el señor Fisher *se* ha apoderado de unos sacos viejos en la cocina y los ha cosido; también se presume que es un monje. En cuanto el príncipe, está magnífico con un gran ropón carmesí como un cardenal. Tiene el aire de poder envenenar a todo el mundo. Usted, sencillamente, debe ser algo.

-Seré algo más tarde respondió él -; por el momento, no soy más que un anticuario y un procurador. He de ver dentro de poco a su hermano para hablarle de asuntos legales y también de investigaciones locales que me ha encargado. Deberé tener un poco el aire de un senescal dando cuenta de su senescalía.

- ¡Pero si mi hermano se ha vestido ya! Se ha puesto de veinticinco alfileres. Ahí lo tiene usted, que viene en todo su esplendor.

El noble Lord, en efecto, se dirigía hacia ellos, embutido en un magnífico traje del siglo XVI, púrpura y oro, con una espada de áureo puño y gorro con plumas, y con todo el aire requerido por el disfraz. En realidad había, en aquella su manera de presentarse, algo más que su habitual exuberancia de modales. Casi parecía, por decirlo así, que las plumas se le habían subido a la cabeza. Agitaba su gran capa recamada de oro, como un rey de los duendes mueve sus alas en una pantomima; hasta desenvainó su espada con un floreo y la blandió como solía hacer con su bastón. A la luz de los acontecimientos, parecía haber algo monstruoso y siniestro en aquella exuberancia; algo de aquel espíritu que se llama *fey*. En aquel momento, lo único que se les ocurrió a algunas personas es que tal vez estaba borracho.

Mientras avanzaba a grandes zancadas hacia su hermana, la primera figura con quien se cruzó fue la de Leonard Crane, vestido de verde, con el cuerno, el tahalí y la espada propios de Robin Hood; pues estaba próximo ala dama, situación en que, en realidad, se le podía encontrar la mayor parte del tiempo. Acababa de exhibir una de sus ocultas habilidades en materia de patinaje, y, ahora que el patinaje había terminado, parecía dispuesto a continuar sirviendo de pareja a la joven. El bullicioso Bulmer le tiró una estocada en broma, echándose a fondo, según todas las reglas del arte, al paso que hacía una cita algo excesivamente familiar de Shakespeare, a propósito de un roedor y una moneda veneciana.

Probablemente, Crane se hallaba también en aquel momento un poco excitado; el caso es que en un santiamén desenvainó su propia arma y efectuó una parada; y entonces, de pronto, con gran sorpresa de todo el mundo, la espada de Bulmer pareció salir disparada de su mano dando volteretas en el aire y fue a caer sobre el hielo, haciéndolo resonar.

-Bien dijo la joven, como si fuera con una explicable indignación -; nunca me había dicho usted que también dominaba la esgrima.

Bulmer recogió su espada con un aire más aturdido que enojado, lo cual aumentó la impresión de que había algo irresponsable en su humor del momento; después se volvió algo bruscamente a su abogado, diciendo:

-Ya hablaremos de la hacienda después de comer; he perdido casi todo el patinaje, y dudo de que el hielo resista hasta mañana por la noche. Creo que me levantaré temprano y daré unas vueltas solo.

No le estorbará mi compañía - dijo Horne Fisher con su tono fatigado -. Si he de empezar el día con hielo, a la manera americana, lo prefiero en cantidades más pequeñas. Pero que no me hagan madrugar en diciembre. El pájaro madrugador atrapa el resfriado.

-Yo no moriré de ningún resfriado repuso Bulmer riendo.

El grupo más importante de patinadores lo habían formado los huéspedes de la casa; los demás se habían ido alejando de dos en dos y tres en tres, antes de que los huéspedes empezaran a retirarse. Algunos vecinos a los que se invitaba siempre a Prior's Park en estas ocasiones regresaron a sus casas en auto o a pie; el legista arqueólogo había vuelto al Inn's Court en uno de los últimos trenes en busca de un documento cuya falta descubrió durante la consulta con su cliente; y la mayor parte de los restantes huéspedes se entretenían en las últimas conversaciones antes de ir a acostarse. Horne Fisher, como si quisiera privarse de toda excusa para su negativa a levantarse temprano, había sido el primero en retirarse a su cuarto; pero, a pesar de su aire soñoliento, no podía dormir. Había cogido de sobre una mesa un libro de topografía antigua, en el cual Haddow había hallado los primeros indicios sobre el origen del nombre local; y, siendo un hombre dotado de una tranquila y rara capacidad de interesarse por todo, se puso a leerlo atentamente, tomando, de cuando en cuando, notas de ciertos detalles acerca de los cuales su lectura anterior le había dejado en duda sobre sus conclusiones presentes. Su cuarto era el más cercano- al lago y, por lo tanto, el más tranquilo; y ninguno de los últimos ecos de la fiesta nocturna podía llegar hasta él. Había seguido atentamente el razonamiento que hacía derivar el nombre de la finca de la granja de Mr. Prior y del agujero en el muro, al paso que demolía toda fantasía a la moda sobre monjes y pozos mágicos, cuando empezó a tener conciencia de un ruido audible en el helado silencio de la noche. No era un ruido muy particularmente fuerte; pero parecía consistir en una serie de golpes como los que podía dar sobre una puerta de madera un hombre que quisiera entrar. Fueron seguidos de algo semejante a un débil crujido o chasquido, como si el obstáculo hubiese sido abierto o hubiera cedido. Fisher abrió la puerta de su habitación y escuchó; pero, como oyera hablar y reír en todas las salas de abajo, no halló motivo para temer que alguien llamara sin ser oído, o que la casa estuviera sin protección. Fue a su ventana, que estaba abierta, y desde donde se divisaba el lago con la estatua iluminada por la luna en medio de su círculo de negros bosques, y volvió a escuchar. Pero el silencio había vuelto a aquel callado lugar, y, después de esforzar el oído por un buen espacio de tiempo, no pudo percibir otra cosa que el solitario silbido de un tren que partía. Recordó entonces cuántos ruidos sin nombre oye una noche cualquiera el que no puede conciliar el sueño, y, encogiéndose de hombros, se acostó.

Se despertó de pronto y se sentó en la cama, resonando todavía en sus oídos, como si fueran los del trueno, los vibrantes ecos de un grito desgarrador. Permaneció un instante rígido y luego saltó del lecho, y se echó encima la holgada túnica de sacos que había llevado durante todo el día. Primero fue a la ventana, que estaba abierta, pero tapada por una espesa cortina, de manera que la habitación quedaba completamente oscura; mas, cuando corrió la cortina y sacó la cabeza fuera, vio que la luz gris y blanca del amanecer había hecho ya su aparición detrás de los negros bosques que rodeaban el pequeño lago. Y esto fue todo lo que vio. Aunque el sonido había, indudablemente, venido de aquella dirección, el escenario entero estaba tan tranquilo y desierto a la luz del alba como bajo la luz de la luna. Entonces, la mano larga, un poco lánguida, que había apoyado en el antepecho de la ventana, se agarró con fuerza a éste, como para dominar un temblor, y sus ojos azules, que se esforzaban por ver, se dilataron de miedo. Puede parecer que esta emoción era exagerada e innecesaria, si se tiene en cuenta el esfuerzo de sentido común con que había vencido la nerviosidad causada por el ruido de la víspera. Pero aquél había sido un ruido muy diferente, el ruido que podían hacer cincuenta cosas distintas, desde el partir leña hasta el romper botellas. Sólo había una cosa en el mundo de donde pudiera proceder el sonido que repercutió al rayar el alba en la oscuridad de aquella casa. Era la terrible voz articulada del hombre; y era algo todavía peor, porque Fisher reconoció de quién era la voz.

Conoció también que había sido un grito pidiendo socorro. Hasta le pareció haber oído que la palabra, corta como era, había sido ahogada, como si al hombre le hubiesen tapado la boca o se lo

hubieran llevado mientras gritaba. Sólo los burlones ecos del grito permanecían en su memoria; pero no tenía ninguna duda de que la gran voz de toro de Francisco Bray, barón de Bulmer, se había oído por última vez entre las tinieblas de la noche y los primeros albos del día.

Nunca supo cuánto tiempo permaneció allí quieto; pero fue devuelto a la actividad por la primera cosa viviente que vio moverse en aquel paisaje medio helado. Por el camino que pasaba junto al lago, e inmediatamente debajo de la ventana de Fisher, una figura marchaba lentamente y sin hacer ruido, pero con gran sosiego; una figura majestuosa, envuelta en ropas de espléndido color escarlata; era el príncipe italiano, que todavía llevaba su disfraz de cardenal. Muchos de los allí reunidos habían conservado sus disfraces todo el día anterior o más, y el mismo Fisher se había echado encima su túnica de sacos como oportuno salto de cama; pero parecía, no obstante, haber algo extraordinariamente acabado y formal en calidad de pájaro madrugador en aquella magnífica cacatúa encarnada. Era como si el pájaro madrugador hubiera velado toda la noche.

-¿Qué pasa? -gritó Fisher ansiosamente, asomándose a la ventana.

El italiano levantó su gran rostro amarillo como una máscara de bronce.

-Vale más que lo discutamos abajo -dijo el príncipe Borodino.

Fisher bajó la escalera corriendo y encontró a la gran figura encarnada, obstruyendo la entrada con su volumen.

-¿Ha oído usted ese grito? - preguntó Fisher.

-He oído un ruido y he salido - respondió el diplomático.

Su rostro estaba demasiado oscurecido por la sombra para que se pudiera leer su expresión.

-Fue la voz de Bulmer - insistió Fisher -. Puedo jurar que fue la voz de Bulmer.

-¿Le conocía usted bien? - preguntó el otro.

La pregunta parecía incongruente, aunque no dejaba de tener su lógica, y Fisher sólo supo responder vagamente que conocía a Lord Bulmer de una manera superficial.

-Nadie parece haberle conocido mucho - continuó el italiano con tono apagado -. Nadie, excepto Brain. Brain tiene más edad que Bulmer, pero me imagino que los dos compartían una porción de secretos.

Fisher se animó de pronto, como si despertara de un éxtasis pasajero, y dijo con una nueva y vigorosa voz:

-Pero, oiga, ¿no valdría más que saliéramos a ver si ha pasado algo?

-Parece que el hielo se está derritiendo - dijo el otro casi con indiferencia.

Cuando salieron de la casa, oscuras manchas y estrellas en el campo gris del hielo indicaban, efectivamente, que la helada cedía, como había pronosticado el anfitrión el día antes; y el recuerdo mismo de ayer volvió a hacer presente el misterio de hoy.

-El sabía que habría un deshielo - observó el príncipe.

-Salió a patinar temprano expresamente. ¿Piensa usted que el grito fue porque se cayó al agua? Fisher pareció desconcertado.

-Bulmer no era hombre para gritar de aquel modo sólo porque se mojaba las botas. Y esto es todo lo que podía ocurrirle aquí. El agua llegaría apenas a las pantorrillas de un hombre de su talla. Usted puede ver las algas aplanadas en el fondo del estanque como si fuera detrás de una delgada hoja de cristal. No; si a Bulmer sólo se le hubiera roto el hielo, no habría dicho gran cosa en aquel momento, aunque probablemente habría dicho mucho después. Le hubiéramos encontrado pataleando y maldiciendo por este camino y pidiendo a gritos unas botas limpias.

-Confiemos en que lo vamos a encontrar ocupado de una manera igualmente agradable - observó el diplomático -. En este caso, la voz debe haber salido del bosque.

-Yo puedo jurar que no salió de casa - dijo Fisher.

Y los dos desaparecieron en la media luz de los árboles desnudos.

La plantación se erguía oscura bajo los ígneos colores del amanecer; una negra franja que tenía aquel aspecto plumoso que hace de los árboles, cuando están desnudos, todo lo contrario de rugosos. Horas y horas más tarde, cuando el mismo denso, pero delicado margen se destacaba oscuro contra los colores fríos y verdosos del lado opuesto al ocaso, la búsqueda así empezada al

amanecer aún no había terminado. Por etapas sucesivas y para grupos cada vez mayores de invitados, se fue haciendo patente que el más extraordinario de los vacíos se había producido en la reunión; los invitados no podían hallar en parte alguna el menor rastro de su anfitrión. Los criados informaron que la cama de su señor mostraba señales de haberse dormido en ella y que sus patines y su disfraz habían desaparecido, como si él se hubiera levantado temprano con el propósito que anteriormente había declarado. Pero, desde el tejado a los sótanos de la casa, desde los muros que rodeaban el parque al estanque del centro, no se encontraba rastro de Lord Bulmer, ni muerto ni vivo. Horne Fisher se daba cuenta de que un glacial presentimiento le había ya quitado la esperanza de encontrarle vivo. Pero lo que hacía arrugar su calva frente era el problema de no encontrarlo de ningún modo.

Estudiaba la probabilidad de que Bulmer se hubiera ido espontáneamente, por alguna razón; pero, después de pensarlo mucho, acabó por rechazarla. Resultaba inconciliable con la voz inconfundible oída al amanecer y con muchos otros obstáculos prácticos. Sólo había una entrada en el antiguo y elevado muro que rodeaba el pequeño parque; el portero la tenía cerrada hasta muy tarde de la mañana, y el portero no había visto pasar a nadie. Fisher estaba casi seguro de que tenía cerrado. Su instinto desde el principio, se había puesto tan a tono con la tragedia, que casi hubiera resultado un alivio para él encontrar el cadáver. Le hubiera apenado, pero no horrorizado, encontrar el cuerpo del noble colgado de uno de sus propios árboles, como de una horca, o flotando en su propio estanque, como una pálida alga. Lo que le horrorizaba era no encontrar nada.

Pronto tuvo conciencia de no estar solo, ni siquiera en sus experimentos más individuales y aislados. Varias veces encontró, en silenciosos y casi secretos claros de la plantación o en apartados rincones del muro, una figura que le seguía como una sombra. La boca cubierta por el bigote negro estaba tan muda como movibles aparecían los hundidos ojos, que atisbaban sin cesar a uno y otro lado; pero era evidente que Brain, el funcionario de la Policía india, se había puesto a rastrear como hace un viejo cazador detrás de un tigre. Visto que era el único amigo personal del hombre desaparecido, esto parecía muy natural; y Fisher decidió hablarle con franqueza.

-Este silencio -dijo- se hace violento. ¿Puedo romper el hielo hablándole del tiempo? Ya sé que romper el hielo puede resultar una metáfora un poco melancólica en este caso.

-Yo no lo pienso así - respondió Brain secamente -. No me imagino que el hielo tenga nada que ver con ello. No veo cómo podría ser.

-¿Qué propondría usted que hiciéramos? -preguntó Fisher.

-Hemos avisado a las autoridades, por supuesto; pero espero descubrir algo antes de que lleguen - respondió el angloindio-. No puedo decir que tenga mucha confianza en los métodos policíacos de este país. Demasiado balduque, *Habeas Corpus* y cosas por el estilo. Lo que necesitamos es tomar medidas para que nadie se largue; lo más parecido a ello que podríamos hacer sería reunir a la gente y contarla, por decirlo así. Nadie ha salido últimamente, excepto aquel abogado que husmeaba por ahí en busca de antigüedades.

- Oh, ése no cuenta! Se fue anoche - respondió el otro -. Ocho horas después de que el chófer de Bulmer dejase al abogado de éste en el tren, yo oí la voz de Bulmer tan claramente como oigo ahora la de usted.

-Supongo que usted no cree en espíritus - dijo el hombre de la India.

Y, después de una pausa, añadió:

-Hay alguien más a quien me gustaría encontrar, antes de ir detrás de un individuo que tiene una coartada en Inner Temple. ¿Qué se ha hecho de aquel tipo vestido de verde, el arquitecto disfrazado de hombre del bosque? No le he visto por ahí.

Brain logró su propósito de congregarse a toda la desconcertante concurrencia antes de que llegara la Policía; pero, cuando quiso comentar una vez más el retraso del joven arquitecto en presentarse, se halló ante un segundo misterio y un proceso psicológico de naturaleza completamente inesperada.

Julietta Bray había arrojado la catástrofe de la desaparición de su hermano con un sombrío estoicismo en el que había, quizá, más aturdimiento que dolor; pero, al plantearse esta otra cuestión,

se manifestó a la vez agitada y furiosa.

-No queremos sacar conclusiones prematuras con respecto a ninguna persona - decía Brain en su estilo cortado -; pero nos gustaría saber algo más acerca del señor Crane. Nadie parece saber gran cosa acerca de quién es y de dónde viene. Y constituye una especie de coincidencia el que ayer cruzara materialmente su espada con el pobre Bulmer y hasta pudiera haberle atravesado, puesto que se mostró mejor espadachín. Por supuesto, esto pudo ser un accidente, y probablemente no serviría para fundar una acusación contra nadie; pero, por otra parte, no tenemos medios de acusar realmente a nadie. Hasta que llegue la Policía, no somos más que una colección de aficionados a sabueso.

-Y yo pienso que no son ustedes más que una colección de fachendosos - dijo Julieta -. Porque el señor Crane es un genio que se ha abierto camino, usted trata de sugerir, sin atreverse a decirlo, que es un asesino. Porque llevaba una espada de juguete y acertó a saber servirse de ella, usted nos quiere hacer creer que se sirvió - de ella como un maniático sediento de sangre, sin tener ningún motivo. Y porque pudo herir a mi hermano y no lo hizo, usted deduce que lo hizo. Éste es el estilo en que usted razona. Y, respecto a que haya desaparecido, se equivoca usted en esto, como se equivoca eh lo demás, porque ahí lo tienen.

Y, en efecto, la verde figura del falso Robin Hood se destacaba lentamente del fondo gris de los árboles y avanzaba hacia ellos en tanto que ella hablaba.

Se acercó al grupo con lentitud, aunque sosegadamente; pero estaba 'manifiestamente pálido, y los ojos de Brain y de Fisher habían percibido ya, más claramente que todos los demás, un detalle de la figura vestida de verde. El cuerno pendía aún de su tahalí, pero la espada había desaparecido.

Con cierta sorpresa por parte de los circunstantes, Brain no formuló la pregunta que el hecho sugería, antes, sin deponer la actitud de dirigir la investigación pareció cambiar de tema.

-Ahora que nos hallamos todos reunidos - observó sosegadamente -, quisiera hacer una pregunta para empezar. ¿Alguien ha visto, de verdad, a Lord Bulmer esta mañana?

Leonard Crane fue presentando su cara pálida a todo el círculo de rostros, hasta que llegó al de Julieta; entonces apretó un poco los labios y dijo:

-Sí; yo le he visto.

-¿Estaba vivo y sano? - preguntó Brain vivamente -. ¿Cómo iba vestido?

-Parecía encontrarse perfectamente bien - respondió Crane con una curiosa entonación. -. Iba vestido como ayer, con aquel traje de color púrpura sacado del retrato de su ancestro del siglo XVI. Llevaba sus patines en la mano.

-Y la espada al lado, supongo yo - agregó el interrogador -. ¿Dónde está su espada de usted, señor Crane?

-La tiré.

En el singular silencio que sucedió a esta frase, en muchos espíritus el cúmulo de pensamientos se convirtió involuntariamente en una serie de cuadros llenos de color. Se habían acostumbrado a que sus fantásticos atavíos parecieran más llamativos y suntuosos en contraste con el gris oscuro y el blanco veteado del hielo, de manera que las figuras que se movían resplandecían como animados santos de vidriera. El efecto había sido más exacto, porque muchos de ellos habían adoptado vestidos pontificales o monásticos. Pero la más impresionante de las actitudes que perduraban en su recuerdo no tenía nada de monástica: era la del momento en que la figura vestida de verde claro y la otra vestida de un violeta vivo habían formado por un momento una cruz de plata con sus espadas cruzadas. Aunque esto hubiera sido una comedia, había tenido algo de drama; y era extraño y siniestro pensar que, en el gris amanecer, las mismas figuras en la misma postura podían haberlo repetido como una tragedia.

¿Riñó usted con él? - preguntó Brain de improviso.

-Sí - respondió inmovible el hombre del vestido verde -. O, mejor dicho, él riñó conmigo.

-¿Por qué riño con usted? - preguntó el investigador.

Y Crane no respondió.

Horne Fisher, cosa rara, sólo había prestado una media atención a aquel importante

interrogatorio. Sus ojos, de pesados párpados, habían seguido a la figura del príncipe Borodino, quien, en aquel punto, se había alejado hacia la orilla del bosque y, después de un momento de reflexión, había desaparecido en la oscuridad bajo los árboles.

Fue sacado de su abstracción por la voz de Julieta Barry, que vibraba con un tono de decisión totalmente nuevo.

-Si ésta es la dificultad, vale más que la aclaremos. Yo me he prometido al señor Crane; y cuando lo participamos a mi hermano no le gustó; eso es todo.

Ni Fisher ni Brain manifestaron ninguna sorpresa; pero el primero añadió lentamente:

-Excepto, supongo yo, que él y el hermano de usted fueron a discutirlo en el bosque... donde el señor Crane perdió su espada, por no hablar de su compañero.

-Y, ¿puedo preguntar - inquirió Crane con cierta expresión de burla en sus pálidas 'facciones - qué es lo que se supone que he hecho yo con la una y con el otro? Adoptemos la placentera tesis de que soy un asesino. Queda todavía por demostrar que soy un mago. Si maté al infortunado amigo de ustedes, ¿qué hice con el cadáver? ¿Lo he hecho arrebatarse por siete dragones con alas? ¿O ha sido simplemente la bagatela de convertirlo en un ciervo blanco?

-No es ésta ocasión para chanzas -dijo el juez angloindio, con seca autoridad-. No hará aparecer el asunto como más favorable para usted el que pueda bromear acerca de esta desgracia.

La mirada soñolienta y hasta melancólica de Fisher continuaba fija en el borde del bosque que tenía detrás. Percibió unas masas de encarnado oscuro, parecidas a una nube tempestuosa del ocaso, que brillara a través del enrejado gris de los árboles desnudos, y el príncipe, con sus ropas de cardenal, reapareció en la vereda. Brain había medio pensado que el príncipe iba en busca de la espada perdida, pero, al reaparecer éste, no llevaba en la mano una espada, sino un hacha.

La incongruencia entre la mascarada y el misterio había creado una curiosa atmósfera psicológica. Al principio, todos se habían sentido horriblemente avergonzados de verse sorprendidos en sus extravagantes disfraces por un acontecimiento que tenía en exceso el carácter de un funeral. Muchos habían vuelto ya a vestirse con trajes más fúnebres o, cuando menos, más formales. Pero, sin que se acertara a decir por qué, esto pareció una segunda mascarada, más artificial y frívola que la primera. Y, al reconciliarse con sus ridículos arreos, fueron teniendo una curiosa impresión, de manera especial los más sensitivos, como Crane, Fisher y Julieta; pero, en algún grado, todos, excepto el práctico Brain. Esta impresión fue casi la de ser los fantasmas de sus propios antepasados que visitaran aquel negro bosque y aquel lúgubre estanque y representaran un antiguo papel que sólo recordaban a medias. Los movimientos de aquellas brillantes figuras parecían significar algo que había sido dispuesto mucho tiempo antes, como una heráldica muda. Actos, gestos, objetos exteriores se aceptaban como una alegoría aun sin tenerla clave de ella, y todos conocían que se llegaba a una crisis, aunque no supiesen de qué se trataba. Y percibieron en su subconsciente que la historia tomaba un nuevo y terrible cariz cuando vieron al príncipe erguirse en la abertura del bosque, entre los árboles esbeltos, vestido con ropas de un violento carmesí, ceñudo el bronceado semblante y llevando en la mano un nuevo instrumento de muerte. No habrían podido decir por qué, pero las dos espadas parecían haberse vuelto unas espadas de juguete, y toda la historia acerca de ellas parecía rota y desechada como un juguete. Borodino parecía un verdugo del tiempo antiguo, vestido de un terrorífico color encarnado, y llevando el hacha para la ejecución del criminal. Y el criminal no era Crane.

Brain, el de la Policía india, miraba con ojos de fuego aquel nuevo objeto. Pasaron unos momentos antes de que hablara con áspero modo y voz bronca, -¿Adónde va usted con eso? -preguntó -. Parece el hacha de un leñador.

-Una asociación de ideas muy natural - observó Horne Fisher -. Si usted encuentra un gato en el bosque, pensará que es un gato salvaje, aunque acabe de dejar el sofá de un salón. En realidad, yo sé que ésta no es el hacha de un leñador. Es el hacha casera de partir leña o de cortar la carne, o algo así, que alguien ha ido a arrojar al bosque. Yo mismo la vi en la cocina cuando fui a buscar los sacos de patatas con que reconstituí la vestidura de un ermitaño medieval.

-De todos modos, no deja de ser interesante - observó el príncipe, tendiendo el instrumento a Fisher, quien lo tomó y se puso a examinarlo atentamente-. Es una destal de carnicero que ha hecho labor de carnicero.

-Ha sido realmente el instrumento del crimen - asintió Fisher en voz baja.

Brain estaba mirando el brillo mate y azul del hierro del hacha con ojos ardientes y fascinados.

-No le comprendo a usted - dijo -; no hay..., no tiene señales.

-No ha vertido sangre - respondió Fisher -; pero, a pesar de ello, ha cometido el crimen. Representa la mayor proximidad al crimen a que llegó el criminal cuando lo cometió.

-¿Qué quiere usted decir?

-Que él no estaba allí cuando lo cometió -explicó Fisher -. Es una pobre especie de asesino el que no puede asesinar a una persona sin hallarse presente.

-Me parece que usted habla únicamente por el gusto de confundirnos - dijo Brain-. Si tiene usted algún consejo práctico que darnos, vale más que lo haga inteligible.

-Lo único práctico que puedo aconsejar - dijo Fisher pensativo - es un poco de investigación acerca de la topografía y la nomenclatura locales. Dicen que hubo una vez un tal señor Prior que tuvo una granja en esta vecindad. Me parece que algunos detalles sobre la vida doméstica del último señor Prior harían un poco de luz en este terrible asunto.

-¿Y no puede usted ofrecer nada más inmediato que su topografía - dijo desdeñosamente Brain - para ayudarme a vengar a mi amigo?

-Bien - dijo Fisher -; yo trataría de descubrir la verdad acerca del agujero en el muro.

Aquella noche, al caer de un tempestuoso crepúsculo y bajo un fuerte viento del Oeste que sucedió al deshielo, Crane estaba dando vueltas y más vueltas locamente, siguiendo el muro alto y continuo que cerraba el bosquecillo. Le impulsaba la idea desesperada de resolver por sí mismo el misterio que había empeñado su reputación y llegaba hasta a amenazar su libertad. Las autoridades policíacas que se habían encargado de las investigaciones no le habían detenido; pero él sabía muy bien que si trataba de alejarse arrestarían en el acto. Las fragmentarias insinuaciones de Horne Fisher, aunque éste, hasta entonces, se había negado a ampliarlas, habían lanzado el temperamento artístico del arquitecto a una suerte de desesperado análisis, y estaba resuelto a leer el jeroglífico de arriba abajo y en todas direcciones hasta encontrar su sentido. Si había algo relacionado con un agujero en el muro, él encontraría el agujero en el muro; pero, de hecho, no podía encontrar la menor grieta en el muro. Sus conocimientos profesionales le decían que la mampostería era toda de un mismo estilo y de una misma fecha; y, excepto la entrada ordinaria, que no proyectaba luz alguna sobre el misterio, nada encontró que hiciera pensar en un escondite o medio de escape de la clase que fuera. Siguiendo una estrecha senda entre la tortuosa pared y las brascas curvas y recodos que hacia el Este ofrecía la masa de árboles grises y plumosos; viendo los últimos y fugaces destellos de una puesta de sol parpadear casi como relámpagos, a medida que las nubes de la tempestad cruzaban rápidas el cielo, y mezclarse con la primera y plácida luz azulada de una luna que a su espalda iba haciéndose cada vez más clara, empezó a sentir que le daba vueltas la cabeza, del mismo modo que sus pies daban rodeos y más rodeos siguiendo el círculo sin fin de la ciega barrera. Tenía pensamientos al margen del pensamiento; imaginaciones sobre una cuarta dimensión que fuera en sí un agujero capaz de esconderlo todo: sobre el verlo todo desde un nuevo ángulo por una nueva ventana de los sentidos, o sobre una luz o transparencia rústica, como los nuevos rayos químicos, que le hiciera ver el cadáver de Bulmer, horrible y con los ojos abiertos, flotando en un halo cárdeno sobre los bosques y el muro. Se sentía también acosado por la insinuación, que parecía ser igualmente horrorífica, de que todo tenía algo que ver con el señor Prior.

Hasta parecía haber algo escalofriante en el hecho que se le aludiera siempre respetuosamente como señor Prior y de que fuera en la vida doméstica del difunto granjero donde se le había dicho que buscara la semilla de estas cosas espantosas. En realidad, sabía que ninguna investigación local había revelado nada sobre la familia Prior. Vagamente, imaginaba al señor Prior con un sombrero



de copa, tal vez con perilla o patilla. Pero no tenía rostro.

La luz de la luna había ido haciéndose más fuerte y llenando el paisaje; el viento había barrido las nubes y *se* había ido aquietando por rachas, cuando Crane volvió a hallarse dando la vuelta al lago artificial de delante de la casa. Por alguna razón, parecía un lago muy artificial; en realidad, todo el escenario parecía un paisaje clásico con un algo de Watteau; la paladina fachada de la casa, blanca a la luz de la luna, y la misma luz blanca plateando la pagana y desnuda ninfa de mármol en medio del estanque. Con cierta sorpresa, Crane encontró allí otra figura, sentada casi con la misma inmovilidad de la estatua; y el mismo pincel blanco hacía destacar la frente arrugada y el rostro paciente de Horne Fisher, todavía vestido de ermitaño y, al parecer, ejercitándose un poco en el aislamiento de un ermitaño. No obstante, levantó la vista hacia Leonard Crane y sonrió, casi como si le estuviera esperando.

-Vamos a ver - dijo Crane plantándose enfrente de él -. ¿Puede usted decirme algo sobre este asunto?

-Pronto tendré que decirlo todo y a todo el mundo - respondió Fisher -; pero no pongo ningún reparo en decirle a usted algo primero. Para empezar, ¿quiere usted decirme una cosa? ¿Qué pasó en realidad cuando se vio usted con Bulmer esta mañana? Usted arrojó su espada, pero no le mató.

-No le maté porque arrojé mi espada - dijo el otro -. Lo hice a propósito; pues, de otro modo, no sé lo que habría ocurrido.

Después de una pausa, prosiguió:

-El último Lord Bulmer era un caballero muy jovial, sumamente jovial. Era muy campechano con, sus inferiores y gustaba de invitar a su abogado y a su arquitecto a toda clase de fiestas y diversiones. Pero había en él otro aspecto que éstos descubrían cuando intentaban hacerse sus iguales. Cuando le dije que su hermana y yo nos habíamos prometido, pasó algo que yo, simplemente, no puedo ni quiero descubrir. Me produjo el efecto de un monstruoso ataque de locura. Pero supongo que la verdad es dolorosamente simple. Hay cierta grosería que es la grosería de un caballero. Y es la cosa más horrible del mundo.

-Ya lo sé - dijo Fisher -. Los nobles del Renacimiento del período Tudor eran así.

-Es curioso que usted diga esto - continuó Crane -, porque, mientras estábamos allí hablando, tuve la extraña sensación de estar repitiendo alguna escena del pasado y de que yo era realmente un proscrito sorprendido en los bosques, como Robin Hood, y de que él había salido realmente, con toda su púrpura y sus plumas, del marco del retrato de su antepasado. Sea como fuera, él era el amo, y ni temía a Dios ni respetaba al hombre. Realmente, de no marcharme le hubiera matado.

-Sí - dijo Fisher con un movimiento afirmativo de la cabeza-. Su antepasado era el amo, y él era el amo; y aquí termina la historia. Todo concuerda.

-¿Concuerda con qué? - exclamó su compañero con una súbita impaciencia-. No puedo sacar nada en limpio de ello. Usted me dijo que buscara el secreto del agujero en el muro; pero no puedo descubrir ningún agujero en el muro.

-No hay ninguno -dijo Fisher -. Ése es el secreto.

Después, tras un momento de reflexión, añadió:

-A no ser que lo llame usted un agujero en el muro del mundo. Mire usted, se lo voy a decir, si quiere; pero temo que esto exija una explicación preliminar. Necesita usted comprender uno de los pliegues de la mentalidad moderna, una tendencia a que muchas personas obedecen sin darse cuenta. En el pueblo o suburbio de ahí fuera existe una posada con la muestra de san Jorge y el Dragón. Ahora, suponga usted que yo fuera diciendo a todo el mundo que esto no era más que una corrupción del rey Jorge y el Dragón. Docenas de personas lo creerían, sin meterse en más averiguaciones, en virtud de una vaga impresión de que es probable porque es prosaico. Convierte algo romántico y legendario en algo reciente y ordinario. Y esto hace que suene como racional, aunque no descansa en la razón. Algunos, por supuesto, tendrían el buen sentido de recordar que habían visto a san Jorge en pinturas italianas y novelas francesas de otros tiempos; pero la mayor parte no pensarían en ello. Sencillamente, aceptarían el escepticismo porque es escepticismo. La inteligencia moderna no quiere aceptar nada por autoridad. Pero lo aceptará todo sin autoridad. Esto

es exactamente lo que ha pasado aquí.

»Cuando a algún crítico le dio la gana de decir que Prior's Park no era un priorato, sino que tomaba su nombre de algún hombre moderno llamado Prior, nadie, realmente, puso la historia a prueba. Nunca se le ocurrió a ninguno de los que repetían la historia preguntar si había existido algún Prior, si alguien le había- visto o había oído hablar de él. De hecho, esto fue un priorato y compartió la suerte de muchos prioratos; es decir, el caballero Tudor, con sus plumas, lo robó simplemente, apoyándose en la fuerza bruta y lo convirtió en su morada particular; y aun hizo peor, como va usted a oír. Pero lo interesante aquí es que tal es la forma en que se desarrolló la cosa; y la cosa se desarrolla de la misma manera en la otra parte del cuento. El nombre de este distrito está impreso Holywall en todos los mejores mapas que los sabios han producido, y éstos aluden, como de paso, y no sin una sonrisa, al hecho de que sea pronunciado Holywell por los pobres más ignorantes y anticuados. Pero el nombre está mal escrito y bien pronunciado.

-¿Quiere usted decir -preguntó Crane vivamente - que hay aquí, de verdad, un pozo?

-Hay un pozo - dijo Fisher-, y la verdad está en su fondo.

Y, al hablar, extendió la mano y señaló a la sábana de agua que tenía delante.

-El pozo está en algún sitio debajo del agua - dijo -, y ésta no es la primera tragedia relacionada con él. El fundador de esta casa hizo algo que los rufianes de su clase hacían muy pocas veces, algo que tuvo que ser callado, incluso en medio de la anarquía del pillaje de los monasterios. El pozo estaba relacionado con los milagros de algún santo, y el último prior que lo guardó fue él mismo una especie de santo; en realidad, fue una especie de mártir. Se enfrentó con el nuevo propietario y le retó a profanar aquel lugar, hasta que el noble, furioso, le apuñaló y arrojó su cadáver al pozo, adonde al cabo de cuatrocientos años le ha seguido un heredero del usurpador, vestido con la misma púrpura y pisando el mundo con el mismo orgullo.

-Pero ¿cómo ha podido ocurrir - preguntó Crane - que la primera vez que Bulmer se ha caído haya sido precisamente en aquel punto?

-Porque el hielo sólo estaba roto precisamente en aquel punto por el único hombre que conocía su existencia - respondió Horne Fisher -. Fue roto intencionadamente con el hacha de la cocina, en aquel sitio particular, y yo mismo oí los golpes y no comprendí el motivo. El sitio había sido cubierto con un lago artificial, aunque no fuera más que porque toda la verdad tenía que ser descubierta con una leyenda artificial. Pero, ¿no ve usted que esto es exactamente lo que aquellos nobles paganos tenían que hacer para profanarlo con una especie de diosa pagana, del mismo modo que el emperador romano erigió un templo a Venus sobre el Santo Sepulcro? Pero la verdad podía ser descubierta por cualquier hombre estudioso resuelto a descubrirla. Y este hombre estaba resuelto a descubrirla.

-¿Qué hombre? - preguntó el otro, casi presintiendo la respuesta.

-El único hombre que tiene una coartada - respondió Fisher -, James Haddow, el abogado anticuario, que se fue la noche antes de la desgracia, pero dejando aquella negra estrella de muerte sobre el hielo. Se fue de pronto, a pesar de su anterior propósito de quedarse, y probablemente, pienso yo, después de alguna escena desagradable con Bulmer en su conferencia. Como sabe usted bien, Bulmer era capaz de hacer que un hombre se sintiera asesino, y casi me figuro que el abogado tenía por su parte irregularidades que confesar, y estaba expuesto a ser denunciado por su cliente. Pero mi conocimiento de la naturaleza humana me dice que un hombre estafará en lo que es su oficio, pero no en lo que es de su afición. Haddow puede haber sido un abogado poco honrado, pero no podía dejar de ser un anticuario honrado. Cuando halló el rastro de la verdad sobre el Pozo Sagrado, tuvo que seguirlo; no se dejó embarcar con anécdotas periodísticas sobre el tal Prior y un agujero en el muro; lo descubrió todo, hasta la exacta situación del pozo, y fue recompensado, si es que el tener éxito como asesino se puede considerar una recompensa.

-¿Y cómo encontró usted el hilo de toda esta historia escondida? - preguntó el joven arquitecto.

Una nube pasó por la frente de Horne Fisher.

-Yo sabía ya demasiado acerca de ello - dijo -, y, al fin y al cabo, es vergonzoso de mi parte el

hablar ligeramente del pobre Bulmer, que ha pagado su culpa cuando el resto de nosotros aun no lo hemos hecho. Me atrevería a decir que cada cigarrillo que fumo y cada licor que bebo proviene directa o indirectamente del saqueo de los lugares sagrados y de la persecución de los pobres. Después de todo, no hay que hurgar mucho en el pasado para encontrar aquel agujero en el muro; la gran brecha en las defensas de la historia inglesa. Esta yace precisamente bajo la superficie de una delgada capa de falsa información e instrucción, como el pozo negro y manchado de sangre yace bajo una delgada capa de agua y algas aplanadas. ¡Oh, el hielo es delgado! Pero resiste y es lo bastante fuerte para sostenernos cuando nos vestimos de monje y bailamos sobre él en irrisión de la querida y curiosa Edad Media. Me dijeron que tenía que ponerme un disfraz; entonces me puse un disfraz de acuerdo con mi gusto y mi fantasía. Ya ve usted que yo sé algo de nuestra historia nacional e imperial, nuestra prosperidad y nuestro progreso, nuestro comercio y nuestras Colonias, nuestros siglos de éxito y esplendor. Así, pues, me puse una especie de disfraz anticuado, cuando me pidieron que lo hiciera. Me puse el disfraz que me parece adecuado a un hombre que ha heredado la posición y aún no ha perdido enteramente los sentimientos de un caballero.

En respuesta a una mirada interrogadora, levantó su ropaje con un amplio ademán de humildad.

-Tela de saco - dijo -, y hubiera llevado también las cenizas si se hubieran podido sostener sobre mi cabeza.

## VI LA MANIA DEL PESCADOR

A veces, una cosa puede ser demasiado extraordinaria para que uno la recuerde. Si se halla por entero fuera de lo corriente, sin tener causa ni consecuencias manifiestas, los sucesos subsiguientes no la evocan, y queda como algo subconsciente que un hecho casual removerá, tal vez, mucho tiempo después. Entretanto, flota aparte como un sueño olvidado. Y fue en la hora de muchos sueños, al amanecer, y poco después de desvanecerse las sombras de la noche, cuando una extraña visión de esta clase se ofreció a un hombre que viajaba en bote por un río del oeste de Inglaterra. El hombre estaba despierto; en realidad, se tenía por bastante despierto, pues se trataba de un periodista político de fama creciente, llamado Harold March, quien iba a entrevistarse con varias celebridades políticas en sus casas de campo. Pero lo que vio fue tan ilógico, que podía haber sido imaginado. No hizo más que resbalar por su entendimiento y se perdió entre posteriores y muy diferentes sucesos; y March no recobró siquiera la memoria de ello hasta que, al cabo de cierto tiempo, descubrió su significado.

Pálidas nieblas matutinas se extendían sobre campos y juncales a lo largo de una de las orillas del río; a lo largo de la otra corría una pared de ladrillo rojo que casi se proyectaba sobre el agua. March había embarcado los remos y se dejaba llevar un rato por la corriente, cuando, al volver la cabeza, vio que la monotonía del largo muro de ladrillo estaba interrumpida por un puente; un elegante puente del siglo XVIII, con columnatas de piedra blanca tirando a gris. Había habido una crecida y el río había subido mucho de nivel; árboles enanos aparecían sumergidos hasta cerca de la copa, y un arco no muy alto de blanca luz del amanecer brillaba bajo la curva del puente.

Cuando su propia figura pasaba bajo la oscura arcada vio venir hacia sí otra barca tripulada por un hombre también solo. Éste estaba en una postura que impedía que se le viera bien; pero, al acercarse al puente, se puso de pie en la barca y se volvió. Estaba, sin embargo, tan cerca de la oscura entrada, que toda su figura se destacaba negra sobre la luz del alba; y March no pudo ver nada de su rostro, excepto los extremos de dos largas patillas o bigotes que daban a la silueta un no sé qué de siniestro, como si fueran cuernos fuera de lugar. Pero ni siquiera estos detalles hubiera observado March, a no ser por lo que ocurrió en el mismo instante. Cuando el hombre iba a pasar

bajo el puente, dio un salto y quedó agarrado al arco con las piernas colgando y dejando que la barca siguiera su curso.

March tuvo una momentánea visión de dos negras piernas que se agitaban, y, luego, de una negra pierna que se agitaba; después, de nada, excepto el agua deslizándose mansamente y la larga perspectiva de la pared. Pero cada vez que volvía a pensar en ello, tiempos después, cuando llegó a comprender la historia en que ello figuraba, siempre se le representó en aquella sola forma fantástica; como si aquellas extrañas piernas fueran un grotesco ornamento esculpido en el puente mismo a manera de gárgola. En aquel momento, él no hizo más que pasar mirando río abajo. No pudo ver figura alguna corriendo sobre el puente; así, pues, aquélla debía ya haber huido, pero medio percibió una vaga significación en el hecho de que entre los árboles que rodeaban el extremo del puente opuesto a la pared, viera un farol y, al lado del farol, la ancha espalda azul de un policía distraído.

Antes aun de llegar al santuario de su peregrinación política, había tenido muchas cosas en qué pensar, aparte del curioso incidente del puente; porque el gobierno de un bote por un hombre solo no siempre resulta fácil ni siquiera en un riachuelo tan desierto como aquél, y en realidad era únicamente a causa de un accidente imprevisto por lo que él iba solo. Había comprado la barca y había planeado toda la expedición de acuerdo con un amigo, quien en el último momento, se había visto obligado a modificar sus proyectos. Harold March pensaba haber realizado en compañía de su amigo Horne Fisher aquella excursión tierra adentro hacia Willwood Place, donde en aquel momento se hallaba de huésped el Primer Ministro. La gente oía hablar cada día más de Harold March; porque sus notables artículos le estaban abriendo las puertas de salones cada vez más importantes; pero todavía no había sido presentado al Primer Ministro. Casi nadie, entre el público en general, había oído hablar nunca de Horne Fisher; pero él conocía al Primer Ministro de toda su vida. Por estas razones, si los dos hubiesen hecho juntos la proyectada expedición, March podía haberse sentido ligeramente inclinado a apresurarla y Fisher vagamente satisfecho de retardarla. Porque Fisher era una de aquellas primeras personas que han nacido conociendo al Primer Ministro. El conocimiento no parecía producirle un efecto muy estimulante; y en este caso ofrecía alguna semejanza con el haber nacido cansado. Horne Fisher era un hombre alto, pálido, rubio, de frente calva y aire distraído; y raramente expresaba su irritación en una forma más vehemente que la del cansancio. Pero se incomodó a ojos vistas al recibir, precisamente cuando estaba empaquetando los avíos de pesca y unos cigarros para el viaje, un telegrama de Willowood en que se le pedía que fuera allá en seguida por el tren, pues el Primer Ministro tenía que irse aquella noche. Fisher sabía que su amigo el periodista no podía salir hasta el día siguiente; y él apreciaba a su amigo el periodista y se había hecho la ilusión de pasar unos días en el río. No apreciaba ni dejaba de apreciar especialmente al Primer Ministro; pero odiaba intensamente la alternativa de pasar unas horas en el tren. No obstante, aceptaba al Primer Ministro como aceptaba los trenes: como parte de un sistema que, citando menos, no era el revolucionario enviado a la Tierra para destruir. Así pues, telefoneó a March para disculparse, con muchas maldiciones y lánguidos juramentos, y pedirle que tomara la barca y se fuera por el río, como tenían dispuesto, para encontrarse en Willowood a la hora convenida. Entonces, salió y llamó un taxi para que lo llevara a la estación. Allí se detuvo en un quiosco de libros para añadir a su ligero equipaje unas vulgares novelas policíacas, que leyó con gran placer y sin ningún presentimiento de que iba a encontrarse mezclado en la vida real en una historia igualmente peregrina.

Un poco antes de la puesta de sol, llegaba con su maletín en la mano a la entrada de los amplios jardines que junto al río tenía Willowood Place, una de las residencias menores de Sir Isaac Hook, el dueño de tantos barcos y de tantos periódicos. Entró por la puerta que daba a la carretera, en el lado opuesto al río; pero había en todo aquel paisaje aguanoso algo que perpetuamente recordaba al viajero que el río estaba próximo. Blancos destellos de agua brillaban impensadamente como, espadas o lanzas en la verde espesura; y hasta en el mismo jardín, dividido en cuadros separados por setos vivos y árboles elevados, flotaba por todas partes en el aire la música del agua. El primero de los verdes cuadros en que él entró parecía ser un campo de croquet algo abandonado,

donde un hombre solitario estaba jugando al croquet contra sí mismo. Sin embargo, no se trataba de un entusiasta del juego que aprovechara un momento para ejercitarse; y su cara vulgar, pero de facciones correctas, parecía más bien huraña que otra cosa. Era, simplemente, uno de esos jóvenes que no pueden soportar el peso de su escrupulosidad a no ser que estén haciendo algo y cuyas ideas sobre el hacer algo están reducidas a un juego de alguna especie. Era moreno e iba bien vestido, con un traje ligero de campo, y Fisher le reconoció en seguida como un hombre llamado James Bullen, y conocido, por alguna ignorada razón, como Bunker. Era el sobrino de Sir Isaac. Pero, además, cosa mucho más importante en este momento, era el secretario particular del Primer Ministro.

- ¡Hola, Bunker! -observó Horne Fisher -. Usted es la clase de hombre que deseaba ver. ¿Está ya aquí su jefe?

-No hace más que quedarse a comer - respondió Bullen con la vista fija en la pelota amarilla -. Tiene que pronunciar un importante discurso en Birmingham e irá allí directamente esta noche. Va a conducir él mismo su automóvil. Es la única cosa de que está realmente orgulloso.

-¿Quiere usted decir que se queda usted aquí con su tío como un buen muchacho? - respondió Fisher -. Pero, ¿qué hará el otro en Birmingham sin los epigramas que acostumbra murmurarle al oído su brillante secretario?

-No me haga usted rabiar - dijo el joven llamado Bunker -. Me alegro mucho de no tener que ir arrastrándome detrás de él. No entiende una jota de mapas, ni de dinero, ni de hoteles, ni de nada, y yo tengo que ir danzando siempre como un lacayo. En cuanto a mi tío, como se supone que voy a heredarle, lo menos que puedo hacer es visitarle alguna vez.

-Muy correcto - respondió el otro -. Bien; le veré a usted más tarde.

Y, cruzando el cuadro, desapareció por una abertura del seto.

Atravesaba el césped para dirigirse al embarcadero del río, y aun sentía a su alrededor, bajo la cúpula de un áureo atardecer, un dejo y un perfume de cosa antigua en aquel jardín semifluvial. El segundo cuadro de césped que cruzó le pareció a primera vista completamente desierto, hasta que vio en un rincón, en la penumbra de los árboles, una hamaca y, en la hamaca, un hombre que leía un periódico mientras balanceaba una pierna que dejaba colgar fuera de la red. También a éste lo llamó por su nombre, y el hombre se deslizó hasta el suelo y avanzó a su encuentro. Fisher parecía estar predestinado a encontrar algo del pasado en los accidentes de aquel lugar; porque la figura podía haber sido un fantasma de la primera época victoriana que volviera a visitar a los fantasmas de los aros y las mazas del croquet. Era la figura de un hombre anciano con largas patillas, que parecían casi fantásticas, y un cuello y una corbata de un curioso y estudiado modelo. Habiendo sido un lechuguino cuarenta años atrás, había logrado conservar el dandismo, ignorando las modas. Un sombrero de copa blanco yacía al lado del *Morning Post*, que había dejado en la hamaca. Se trataba del duque de Westmoreland, último vestigio de una familia realmente centenaria, y su antigüedad no era sólo heráldica, sino histórica.

Nadie sabía mejor que Fisher cuán raros son esta clase de nobles en la vida real y cuán numerosos en las novelas. Pero si el respeto general de que gozaba el duque era debido a la autenticidad de su genealogía, o al hecho de poseer una enorme extensión de valiosas propiedades, era éste un punto acerca del cual hubiera sido interesante descubrir la opinión de Fisher.

-Parecía usted estar tan cómodo - dijo Fisher -, que pensé que debía ser usted uno de los criados. Estoy buscando a alguien que se lleve esta maleta mía.

No he traído ayuda de cámara, porque he venido precipitadamente.

-Ni yo tampoco - respondió el duque con cierto orgullo -. Nunca lo hago. Si hay un animal a quien yo aborrezca, es un ayuda de cámara. Aprendí a vestirme desde temprana edad y se supone que lo hacía bastante bien. Puede que me encuentre en mi segunda infancia; pero aun no he llegado a necesitar que me vistan como a un niño.

-El Primer Ministro no ha traído ayuda de cámara; ha traído, en su lugar, un secretario - observó Fisher -; un oficio endiablado e inferior. No sabía que Harker estuviera aquí.

Está ahí abajo, en el embarcadero - respondió el duque con indiferencia.

Y reanudó la lectura del *Morning Post*.

Fisher siguió su camino, después de atravesar la última pared verde del jardín, hasta una especie de camino de sirga que miraba al río y a una isla de enfrente. Allí, en efecto, vio una figura flaca y oscura, encorvada de tal modo, que recordaba a un buitre; una actitud bien conocida en los tribunales como la de Sir John Harker, el procurador general. Su cara estaba arrugada por el trabajo mental, pues, de los tres desocupados del jardín, era el único que se había hecho una posición por sus propios medios; y alrededor de su cabeza calva y de sus sienes hundidas se adherían unos mechones de cabello rojo mate completamente aplanados como planchas de cobre.

-No he visto aún al dueño de la casa - dijo Horne Fisher en un tono algo más serio que el que había empleado con los demás -. Supongo que lo veré a la hora de comer.

-Le puede usted ver ahora, pero no le puede hablar - respondió Harker.

Indicó con la cabeza un extremo de la isla que tenían enfrente, y mirando atentamente en aquella dirección, el otro invitado pudo ver la coronilla de una cabeza calva y el extremo de una caña de pescar, los dos igualmente inmóviles; sobresaliendo de la alta maleza que destacaba sobre el fondo formado por el río. El pescador parecía estar sentado con la espalda apoyada en un tronco de árbol y encarado hacia la otra orilla, de manera que no se le podía ver el rostro; pero la forma de su cabeza era inconfundible.

-No le agrada que le distraigan cuando está pescando - continuó Harker -. Tiene la chifladura de no comer más que pescado; y está muy orgulloso de pescarlo él mismo. Por supuesto, es un gran partidario de la sencillez, como muchos de estos millonarios. Le gusta entrar diciendo que ha trabajado para ganar su comida diaria cómo un obrero.

-¿Explica él cómo fabrica todo el cristal y rellena toda la tapicería - dijo Fisher -, y cómo hace los tenedores de plata y cultiva todas las uvas y melocotones y dibuja todas las muestras de las alfombras?

-No creo que lo mencione - respondió el abogado -. ¿Qué significa esa sátira social?

-Significa que estoy un poco cansado - dijo Fisher - de la vida sencilla y la vida fuerte, tal como la pretende vivir la gente de nuestra reducida clase. Todos en realidad, dependemos de los demás para casi todo; pero metemos mucho ruido sobre si somos o no independientes en alguna cosa. El Primer Ministro se enorgullece de poder prescindir de un factótum y un esclavo para todo, y el pobre Bunker ha de hacer el papel de genio universal, para el cual bien sabe Dios que no ha nacido. El duque se enorgullece de poder prescindir de un ayuda de cámara; pero a pesar de esto, ha de dar a mucha gente un trabajo endemoniado para procurarle unas ropas tan extraordinariamente anticuadas como las que viste. Debe buscárselas en el «British Museum» o desenterrarlas de alguna tumba. Nada más que aquel sombrero blanco debe requerir para encontrarlo una especie de expedición bien equipada como para ir al Polo Norte. Y aquí tenemos a ese pobre Hook pretendiendo coger su pescado, cuando no puede fabricar sus tenedores y cuchillos para comerlo. El puede ser sencillo en las cosas sencillas como la comida; pero puede usted apostar a que es fastuoso en las cosas fastuosas, especialmente en las pequeñas. Yo no le cuento a usted entre ellos; usted ha trabajado demasiado para que le divierta trabajar de mentirijillas.

-Yo pienso a veces - dijo Harker - que usted esconde el horrible secreto de ser útil de cuando en cuando. ¿No ha venido usted aquí a ver al Primer Ministro antes de que se vaya a Birmingham?

Horne Fisher respondió en voz baja:

-Sí; y espero tener la suerte de atraparle antes de comer. Tiene que ver, después, a Sir Isaac, a propósito de no sé qué.

- ¡Hola! - exclamó Harker -. Sir Isaac ha terminado de pescar. Sé que se enorgullece de levantarse al alba y de recogerse a la puesta del sol.

Efectivamente, el viejo de la isla se había levantado volviéndose y mostrando una maleza de barba gris con unas facciones pequeñas y hundidas; pero que tenía unas cejas feroces y unos ojos vivos e irascibles.

Llevando con cuidado sus avíos de pescar, se dirigía ya a la tierra firme por el puente de piedras planas que había un poco más abajo del vadoso río; después, vino hacia sus invitados,

saludándolos afablemente. Había algunos peces en su cesta, y estaba de buen humor.

-Sí - dijo, respondiendo a la cortés expresión de sorpresa por parte de Fisher -. Me parece que me he levantado antes que nadie en la casa. El pájaro madrugador se come al gusano.

-Desgraciadamente - dijo Harker -, es el pez madrugador el que se come el gusano.

-Sí, pero el hombre madrugador se come el pez - respondió el anciano con sequedad.

-Según he oído decir, Sir Isaac, usted es también el hombre que vela - interpuso Fisher -. Debe usted dormir muy poco.

-Nunca me ha sobrado el tiempo para dormir -respondió Hook -, y también esta noche tendré que velar. El Primer Ministro desea tener una conversación conmigo, según me dice. Así es que mejor será que vayamos a vestirnos para comer.

La comida transcurrió aquella noche sin que se pronunciara una sola palabra de política ni casi de nada, fuera de las trivialidades de cumplido. El Primer Ministro, Lord Merivale, que era un hombre larguirucho y enteco, de rizado cabello gris, felicitó gravemente a su anfitrión por sus éxitos como pescador y por la paciencia de que daba muestras; la conversación corría como el agua de un riachuelo.

-No hay duda de que se requiere paciencia para esperar que el pez pique - dijo Sir Isaac - y habilidad para sacarlo; pero, en general, tengo bastante suerte.

-¿Nunca ocurre que un pez grande rompa el sedal y se escape? - inquirió el político con respetuoso interés.

-Con la clase de sedal que empleo yo, no - respondió Hook con satisfacción -. De hecho, yo me especializo en la pesca con caña. Si el juez fuera bastante fuerte para lo que usted dice, sería bastante fuerte para arrastrarme al río.

-Lo que constituiría una gran pérdida para la comunidad - dijo el Primer Ministro inclinándose.

Fisher había escuchado todas estas futilidades con secreta impaciencia, esperando su oportunidad, y, cuando su anfitrión se levantó, se puso en pie con una presteza de que raramente daba muestras. Logró atrapar a Lord Merivale antes de que Sir Isaac se lo llevara para la entrevista final. Sólo unas pocas palabras tenía que decir, pero quería decirlas.

En voz baja, mientras abría la puerta para que pasara el Primer Ministro, dijo:

-He visto a Montmirail; según él, no hay duda de que, a menos que nosotros protestemos en favor de Dinamarca, Suecia ocupará los puestos.

Lord Merivale asintió con un movimiento de cabeza.

-Cabalmente, ahora voy a ver qué es lo que Hook tiene que decir sobre esto - declaró.

-Imagino - comentó Fisher con una débil sonrisa - que no es muy difícil adivinarlo.

Merivale no respondió, pero se encaminó con señoril continente al estudio donde su anfitrión le había ya precedido.

Los demás se fueron al billar. Fisher indicó al abogado:

-No van a tardar mucho. Sabemos que prácticamente están de acuerdo.

-Hook apoya completamente al Primer Ministro asintió Harker.

-O el Primer Ministro apoya completamente a Hook - rectificó Horne Fisher.

Y se puso a empujar las bolas perezosamente.

A la mañana siguiente, Horne Fisher bajó tarde y sin prisa, como tenía por reprehensible costumbre; evidentemente, no sentía deseo alguno de atrapar gusanos. Pero los restantes huéspedes parecían haber experimentado igual indiferencia, y fueron sirviéndose el desayuno ellos mismos, a intervalos, durante las horas próximas a la del almuerzo. Así, pues, no fue sino muchas horas más tarde cuando tuvieron la primera sensación de aquel extraño día. Llegó en forma de un joven de cabello rubio y franca fisonomía, que vino remando por el río y saltó al desembarcadero. De hecho, no era otro que Harold March, el periodista amigo de Fisher, cuya excursión había empezado lejos, río arriba, en las primeras horas del día. Llegó al caer de la tarde, pues se había detenido a tomar el té en una población de la orilla, y llevaba, asomándole por el bolsillo, un periódico nocturno de color de rosa. Cayó sobre el jardín ribereño como un rayo pacífico y correcto; pero fue un rayo sin

saberlo.

El primer cambio de saludos y presentaciones fue bastante corriente, y consistió de hecho en la inevitable repetición de excusas por el excéntrico retraimiento del dueño de la casa. Había vuelto, por supuesto, a ir de pesca y no había que distraerle hasta la hora señalada, por más que estuviera sentado a un tiro de piedra de donde se hallaban los otros.

-Comprenda usted que ésta es su única afición -- observó Harker en tono de excusa -, y, después de todo, está en su casa, y es muy hospitalario en otros aspectos.

-Temo - dijo Fisher en voz más baja - que eso se está volviendo más una manía que una afición. Yo sé lo que ocurre cuando un hombre de esta edad se pone a coleccionar cosas, aunque no colecciona más que esos condenados pececitos de río. Usted recordara al tío de Talbot con sus mondadientes y al pobre Buzzy con sus cenizas de cigarro. Hook ha hecho una porción de cosas importantes en su tiempo: el gran convenio sobre el comercio de la madera sueca y la Conferencia de la Paz en Chicago; pero dudo de que se interese por ninguna de esas cosas importantes como se interesa por esos pececillos.

- ¡Vamos, hombre! - protestó el Procurador General -. Usted hará creer al señor March que ha venido a visitar a un loco. Créame usted, Hook se entrega a esto sólo por pasatiempo, como un deporte cualquiera, sólo que es de la clase de hombres que se divierten melancólicamente. Pero apuesto cualquier cosa a que si llegasen noticias importantes sobre la madera o los barcos, olvidaría inmediatamente sus peces y su diversión.

-No sé - dijo Horne Fisher mirando soñoliento hacia la isla.

-A propósito, ¿hay alguna noticia? -preguntó Harker a Harold March-. Usted tiene un periódico de la noche; uno de esos emprendedores periódicos de la noche que salen por la mañana.

-El principio del discurso de Lord Merivale en Birmingham - respondió March tendiéndole el periódico -. No es más que un párrafo, pero me parece bastante bueno.

Harker tomó el periódico, lo abrió, lo volvió a doblar y miró las últimas informaciones. Como March había dicho, no era más que un párrafo; pero era un párrafo que produjo un singular efecto en Sir John Harker. Sus sombrías cejas se levantaron en una especie de aleteo y sus ojos se entornaron, y, por un momento, su curtida mandíbula quedó colgando. Adquirió, de una extraña manera, el aspecto de un hombre muy viejo. Luego, endureciendo su voz y tendiendo el periódico a Fisher sin un temblor, dijo muy sencillamente:

-Bien; aquí tiene usted una ocasión para la apuesta. Ahí tiene usted noticias importantes con que interrumpir la pesca del viejo.

Horner Fisher estaba mirando el periódico, y en sus facciones más lánguidas y menos expresivas pareció también producirse un cambio.

Aquel pequeño párrafo iba encabezado con grandes titulares, y sus ojos encontraron: «Sensacional advertencia a Suecia» y «Nosotros protestaremos».

-¡Qué demonio! -dijo.

Y sus palabras se convirtieron primero en un murmullo y después en un silbido.

-Hay que decirlo en seguida al viejo Hook o, de otro modo, no nos perdonará nunca - dijo Harker -. Probablemente, querrá ver en seguida al Primer Ministro, aunque tal vez sea demasiado tarde ahora. Voy a hablarle inmediatamente; apuesto cualquier cosa a que le haré olvidar sus peces.

Y volviéndose, se encaminó precipitadamente por la orilla del río, a lo largo del camino de piedras lisas.

March miraba fijamente a Fisher, extrañado del efecto producido por aquel papel de color de rosa.

¿Qué significa todo esto? - exclamó -. Siempre he supuesto que protestaríamos en defensa de los puertos daneses, por su interés y por el nuestro. ¿A qué, pues, todo este alboroto? ¿Cree usted que son malas noticias?

- ¡Malas noticias! - repitió Fisher con una especie de suave énfasis indescriptible.

-Pero ¿tan malas son? - preguntó entonces su amigo..

-¿Malas? - repitió Fisher -. Claro está que no; son las mejores que podíamos tener. Son



grandes noticias. Son noticias gloriosas. Ahí está precisamente lo que nos deja atónitos. Son admirables, son inestimables, son también absolutamente increíbles.

Volvió a contemplar los colores verde y gris de la isla y del río, y su mirada melancólica recorrió lentamente los setos y los prados.

-Este jardín me parecía una especie de sueño -dijo -, y supongo que debía estar soñando. Pero la hierba crece y el agua corre, y algo imposible ha ocurrido.

Mientras hablaba, la negra figura encorvada como la de un buitre apareció en una cercana abertura del seto.

-Ha ganado usted su apuesta - dijo Harker con su voz bronca y casi gruñona -. A ese viejo loco no le interesa nada más que su pesca. Me mandó al diablo y me dijo que no quería hablar de política.

-Ya me lo figuraba - dijo Fisher modestamente-. ¿Qué va usted a hacer ahora?

-Servirme, cuando menos, del teléfono de ese idiota - respondió el abogado -. He de descubrir con toda exactitud lo que ha ocurrido. Tengo que hablar mañana en nombre del Gobierno.

Y se alejó apresuradamente en dirección a la casa.

En el silencio que siguió, un silencio muy desconcertante en cuanto a March se refería, vieron la original figura del duque de Westmoreland, con su sombrero blanco y sus patillas, acercarse a ellos por el jardín. Fisher inmediatamente le salió al encuentro con el periódico de color rosa en la mano, y, en breves palabras, le indicó el párrafo apocalíptico.

El duque, que andaba despacio, se paró en seco, y, por unos minutos, tuvo el aire de un maniquí de sastre puesto con los ojos muy abiertos en la acera de un anticuado almacén. Después March oyó su voz, que sonó chillona y casi histérica.

-Pero él debe verlo; hay que hacérselo comprender. No se lo deben haber dicho como es debido.

Después, recobrando algo de la plenitud y hasta de la pomposidad de su voz, añadió:

-Voy a decírselo yo mismo.

Entre los extraños incidentes de aquella tarde, March recordó siempre algo cómico en el cuadro que ofrecía el anciano caballero con su maravilloso sombrero blanco, pisando cuidadosamente, una tras otra, las piedras de la pasarela como una figura que cruzara el tráfico de Piccadilly. Luego, el duque desapareció detrás de los árboles de la isla, y March y Fisher se volvieron para encontrarse con el Procurador General, quien salía de la casa con una expresión de torva certidumbre.

-Todo el mundo anda diciendo - explicó - que el Primer Ministro ha hecho el mejor discurso de su vida. «Magnífica pieza oratoria, ovación interminable. Financieros corruptos y heroicos labradores. No volveremos a abandonar a Dinamarca.»

Fisher hizo un signo afirmativo con la cabeza, y se dirigió hacia el camino de sirga, donde vio al duque que regresaba con una expresión un tanto aturdida. En respuesta a las preguntas que le hicieron, el anciano dijo con voz ronca y confidencial:

-Realmente, creo que nuestro amigo no está en sus cabales. Se ha negado a escucharme; me ha venido a decir, en resumen, que no le asustara los peces.

Un oído atento podría haber notado cómo Fisher rezongaba algo a propósito de un sombrero blanco; pero Sir John Harker intervino más resueltamente.

-Fisher tenía razón - dijo -. Yo no lo creía; pero está bien claro que esto de la pesca es ahora en ese hombre una idea fija. Aunque la casa estuviese ardiendo, no se movería hasta la puesta del sol.

Fisher había proseguido su paseo hasta el camino de sirga, que corría por un terreno más elevado, y ahora dirigía una lenta y escrutadora mirada, no hacia la isla, sino hacia las lejanas alturas boscosas que formaban los muros del valle. Sobre todo el oscuro paisaje, el cielo iba tomando el aspecto de las noches serenas, como el día anterior; pero hacia el Oeste aparecía, en aquel momento, más que áureo, rojo; apenas se percibía un rumor, salvo la música monótona del río. Entonces se oyó una exclamación medio ahogada de Horne, y Harold March le miró extrañado.

-Usted hablaba de malas noticias - dijo Fisher-. Bien; realmente, hay malas noticias ahora. Temo que éste sea un mal asunto.

-¿De qué malas noticias habla usted? – preguntó su amigo, notando algo extraño y siniestro en su tono.

-El sol se ha puesto - respondió Fisher.

Y, con el aire del que se da cuenta de haber dicho algo fatal, prosiguió:

-Hay que mandar allí a alguien de quien realmente haga caso. Ese hombre puede estar loco, pero hay método en su locura. Casi siempre hay método en la locura. Es lo que vuelve locos a los hombres: el ser metódicos. Y él nunca se queda allí sentado después de la puesta del sol, en tanto que oscurece. ¿Dónde está su sobrino? Me figuro que a su sobrino le quiere de veras.

-Véalo usted - exclamó March de pronto -; ya ha ido allí. Ahora vuelve.

Y, mirando río arriba, vieron, destacándose negra bajo los reflejos del sol moribundo, la figura de James Bullen, que iba saltando, presuroso y algo torpemente, de piedra en piedra. Una vez resbaló en una de ellas con un ligero chapoteo. Cuando alcanzó el grupo de la orilla, su rostro oliváceo estaba horriblemente pálido.

Los otros cuatro se habían ya reunido en un mismo sitio y, casi simultáneamente, le gritaron: -¿Qué dice ahora?

-Nada. No dice... nada.

Fisher estuvo un momento mirando fijamente al joven; luego abandonó su inmovilidad y, haciendo señal a March de que le siguiera, se dirigió a su vez hacia el vado. A los pocos instantes, ambos seguían el camino que, rodeando la isla, conducía al punto donde se hallaba sentado el pescador. Allí se detuvieron y lo contemplaron sin decir palabra.

Sir Isaac Hook estaba todavía apoyado en el tronco del árbol, y esto por la mejor de las razones. Un trozo de su infalible sedal estaba arrollado y apretado dos veces alrededor de su cuello y dos veces alrededor del leñoso pilar en que se apoyaba. Fisher se adelantó y tocó la mano del pescador; la halló fría como un pez.

-El sol se ha puesto para él - dijo en el mismo tono terrible -, y nunca más lo verá salir.

Diez minutos más tarde, los cinco hombres, trastornados por esta impresión, volvían a hallarse reunidos en el jardín, mirándose unos a otros con rostros demudados y atentos. El abogado parecía el más lúcido del grupo; habló distintamente, si bien con cierta sequedad.

-Hay que dejar el cadáver tal como está y telefonar a la Policía - dijo -. Creo que tengo autoridad bastante para interrogar a los criados y examinar los papeles del difunto, a fin de ver si hay algo que se relacione con ellos. Por supuesto, señores, excuso decirles que ninguno de ustedes debe abandonar este lugar.

Tal vez hubiera algo en esta pronta y rigurosa formalidad que sugería la idea de una red o trampa que se cerrara. En todo caso, el joven Bullen, de repente, se descompuso, o, mejor dicho, dio un estallido, porque su voz fue como una explosión en el silencio del jardín.

- ¡Yo no le he tocado! - exclamó -. ¡Juro que no he tenido nada que ver con esto!

-¿Quién le dice que lo haya tenido? - preguntó

Harker mirándole duramente -. ¿Por qué chilla usted antes de que le toquen?

-¡Porque todos ustedes me miran de ese modo! - exclamó furioso el joven -. ¿Se figuran ustedes que no sé que están siempre hablando de mis malditas deudas y de mis esperanzas de heredar?

Con alguna sorpresa por parte de March, Fisher se había apartado de este primer encuentro llevándose consigo al duque a otra parte del jardín. Cuando estuvieron donde los demás no le pudieran oír, dijo con una curiosa sencillez de maneras:

-Westmoreland, voy a ir derecho al grano.

-Bien - dijo el otro, mientras le miraba como atontado.

-Usted tenía un motivo para matarle - dijo Fisher.

El duque continuaba mirándole, pero parecía incapaz de hablar.

-Deseo que tuviera usted un motivo para matarle - prosiguió Fisher con afabilidad -. Verá usted; es una situación un tanto curiosa. Si usted tenía un motivo para matar, usted probablemente no ha matado. Pero si usted no tenía ningún motivo, entonces, tal vez lo haya hecho.

-¿De qué demonio está usted hablando? - preguntó impetuosamente el duque.

-Es muy sencillo - dijo Fisher -. Cuando usted fue a la isla, *él* estaba vivo o estaba muerto. Si estaba vivo, usted puede ser el que lo ha matado; de otro modo, ¿por qué tenía usted que ocultarnos que estaba muerto? Pero si estaba muerto y usted tenía una razón para matarle, usted podía haberse callado por miedo a que le acusaran.

Luego, después de un silencio, añadió como abstraído:

-Chipre es un lugar magnífico, según tengo entendido. Romántico escenario y romántica población. Muy embriagador para un joven.

El duque, de pronto, apretó los puños y masculló: -Bien, sí; tenía un motivo.

-Entonces, usted es inocente - dijo Fisher extendiendo la mano con un aire de inmenso alivio -. Estaba casi seguro de que usted, realmente, no era capaz de hacerlo; usted se llevó un susto cuando lo vio hecho, y es muy natural. Como un mal susto que resulta verdad, ¿no es eso?

Mientras ocurría esta curiosa conversación, Harker había entrado en la casa, sin hacer caso de las demostraciones del enfurruñado sobrino, y, al cabo de poco, volvía con un nuevo aire de animación y un fajo de papeles en la mano.

-He telefonado a la Policía - dijo deteniéndose a hablar con Fisher -; pero me parece que he hecho ya lo mejor de su trabajo. Me parece que he descubierto la verdad. Hay aquí un papel...

Se interrumpió porque Fisher le estaba mirando con una expresión singular, y fue Fisher el que primero habló después.

-Yo me pregunto si hay algún papel que no esté; quiero decir que no esté ahora.

Después de una pausa, añadió:

-Pongamos las cartas boca arriba. Cuando usted fue con esa prisa a registrar los papeles, Harker, ¿no buscaba usted algo para asegurarse de que no sería hallado?

Harker no movió un pelo de su ruda cabeza; pero miró al otro lado con el rabillo del ojo.

-Y supongo - continuó Fisher suavemente - que por este motivo usted nos mintió diciendo que había encontrado a Hook vivo. Usted sabía que había algo que demostraba que usted podía haberle matado, y no se atrevió a decirnos que estaba muerto. Pero, créame, vale más que sea usted honrado conmigo ahora.

El flaco rostro de Harker se encendió de pronto como si fuera con una llama infernal.

- ¡Honrado! - exclamó -. ¡Qué endiabladamente meritorio es en todos ustedes el ser honrado! Todos ustedes han nacido en la abundancia, y luego van por ahí jactándose de una perpetua virtud, sólo porque no se meten en el bolsillo las cucharas de los demás. Pero yo nací en una casa de huéspedes de Pimlico, y tuve que ganar mi cuchara, y habría que oír lo que dirían muchos si resultara que he robado un solo botón a un hombre honrado. Y si un hombre que lucha por la vida da un traspie en su juventud sobre la frontera de la legalidad, que, en todo caso, es bastante borrosa, no faltará un viejo vampiro que le tenga agarrado por ello toda la vida.

-Golcondas de Guatemala, ¿verdad? - dijo Fisher con simpatía.

Harker, súbitamente, se estremeció. Después dijo: -Yo creo que usted debe saberlo todo, como Dios Todopoderoso.

-Sé demasiado - dijo Horne Fisher -, y, todo ello, cosas que no debería saber.

Los otros tres hombres se les acercaban; pero, antes de que estuvieran demasiado próximos, Harker dijo, con una voz que había recobrado toda su firmeza:

-Sí, he destruido un papel; pero, realmente, he encontrado también otro, y creo que éste nos justifica a todos.

-Muy bien - dijo Fisher en un tono más fuerte y más animado -; veamos de qué se trata.

-Encima mismo de los papeles de Sir Isaac - explicó Harker - había una carta amenazadora de un hombre llamado Hugo. Amenaza con matar a nuestro infortunado amigo muy parecidamente a

como ha sido asesinado. Es una carta furiosa, llena de improperios, ustedes mismos lo pueden ver; pero alude de un modo particular a la costumbre del pobre Hook de pescar desde la isla. Sobre todo, el hombre declara que escribe desde un bote. Y, puesto que sólo nosotros hemos cruzado el río para acercarnos a él - sonrió de una manera desagradable -, el crimen tiene que haber sido cometido por un hombre que haya pasado en un bote.

-Sí, Dios mío - exclamó el duque casi con animación -. Recuerdo perfectamente a ese Hugo. Era una especie de criado y guarda de corps de Sir Isaac; como ven ustedes, Sir Isaac temía alguna agresión; no era demasiado simpático a muchas personas. Hugo fue despedido después de una disputa; pero no le recuerdo bien. Se trataba de un húngaro, alto y corpulento, de enormes bigotes, que le salían por ambos lados de la cara.

Una puerta se abrió en la oscuridad del recuerdo, o, mejor dicho, del olvido, de Harold March, dejando ver un paisaje deslumbrador como el de un sueño lejano. Era un paisaje más acuático que terrestre, un conjunto de prados inundados y árboles bajos, con el arco oscuro de un puente, y durante un instante volvió a ver al hombre de los bigotes en forma de cuernos saltar por el puente y desaparecer.

- ¡Dios del cielo! - exclamó -. Yo he visto al asesino esta mañana.

Horne Fisher y Harold March dieron, después de todo aquello, su paseo por el río porque el pequeño grupo se dispersó al llegar la Policía. Esta declaró que la coincidencia del testimonio de March libraba de sospechas a todos los reunidos y establecía la acusación contra el fugitivo Hugo. Que llegasen a detener a aquel húngaro parecía ser cosa muy dudosa para Horne Fisher; y no se puede pretender que éste diera muestras, en aquel asunto, de una extraordinaria energía detectivesca, mientras permanecía recostado en los almohadones de la barca, fumando y viendo desfilar las cimbreadas cañas.

-Fue una buena idea el saltar sobre el puente - dijo -. Una barca vacía significa muy poco; no se le ha visto desembarcar en ninguna de las orillas, y ha salido del puente sin haber entrado en él, por decirlo así. Lleva veinticuatro horas de ventaja; sus bigotes desaparecerán y desaparecerá él. Pienso que tenemos todas las razones suficientes para confiar en que escapará.

-¿Confiar? - repitió March, dejando de remar.

-Sí, confiar - repitió el otro -. Para empezar, yo no voy a dejarme consumir por una sed de venganza al estilo corso, sólo porque alguien ha matado a Hook. Tal vez usted haya adivinado ya quién era Hook. Una maldita sanguijuela chantajista: esto era aquel sencillo y enérgico capitán de industria, hijo de sus propios esfuerzos. Poseía secretos que esgrimía contra casi todo el mundo; uno contra el pobre Westmoreland acerca de un casamiento anterior en Chipre, que podía haber colocado en una difícil situación a la duquesa, y otro contra Harker, sobre ciertas libertades tomadas por éste, siendo un abogado principiante, con el dinero de su cliente. Por esa razón, claro está, ambos perdieron la serenidad al hallarle muerto. Sintieron como si lo hubiesen hecho ellos, en sueños. Pero reconozco que tengo otra razón para no desear que ahorquen como asesino a nuestro amigo el húngaro.

-¿Y cuál es? - preguntó su amigo.

-Pues que no ha cometido el asesinato.

Harold March soltó los remos y dejó la barca a la deriva por un momento.

-¿Sabe que yo estaba casi esperando algo así? -dijo -. Era completamente irracional, pero flotaba en la atmósfera como el trueno en el aire.

-Al contrario; lo que es irracional es suponer culpable a Hugo - respondió Fisher -. ¿No ve usted que le condenan por la razón misma por la cual absuelven a todos los demás? Harker y Westmoreland se callaron porque lo encontraron muerto, y sabían que existían papeles que les harían aparecer como los asesinos. Hugo también le encontró muerto y Hugo también sabía que existía un papel que le haría aparecer como el asesino. Lo había escrito él mismo el día antes.

-Pero, en ese caso - dijo March arrugando la frente -, ¿en qué endiablada hora de la mañana fue cometido en realidad el asesinato? Apenas había amanecido cuando vi al hombre en el puente, y éste está un poco lejos de la isla.

-La respuesta es muy sencilla - respondió Fisher -. El crimen no fue cometido por la mañana. El crimen no fue cometido en la isla.

March se quedó mirando la luminosa corriente, sin responder; pero Fisher prosiguió como aquel a quien se ha hecho una pregunta.

-Todo asesinato inteligente supone el aprovecharse de alguna particularidad extraordinaria en una situación ordinaria. La particularidad, en este caso, era el capricho de Hook de querer ser el primero en levantarse por la mañana, su rutina invariable como pescador y lo que le incomodaba que le interrumpiesen. El asesino le estranguló la víspera, en su propia casa, después de la cena; llevó su cadáver con sus avíos de pesca al otro lado del río, en mitad de la noche; le ató al árbol y le dejó allí bajo las estrellas. Fue un hombre muerto el que estuvo allí sentado pescando todo el día. Después, el asesino volvió a la casa o, mejor dicho, al garaje y partió en su coche. El asesino conducía su propio automóvil.

Fisher miró a su amigo a la cara y continuó:

-Usted parece horrorizado, y la cosa es horrible. Pero hay otras cosas más horribles todavía. Si un hombre oscuro se hallara acosado por un chantajista y viese arruinada su vida familiar, usted no juzgaría el asesinato de su perseguidor como el más inexcusable de los crímenes. ¿Resulta peor la cosa cuando no es ya una familia, sino una gran nación la que se liberta? Con esa advertencia a Suecia, probablemente evitaremos la guerra en vez de precipitarla, y salvaremos miles de vidas, que son bastante más valiosas que la vida de aquella víbora. ¡Oh, no intento hacer sofismas ni justificar formalmente la cosa! Pero la esclavitud que le sujetaba a él y a su país es mil veces menos justificable. Si yo hubiera sido realmente perspicaz, lo hubiera adivinado por su grave y persistente sonrisa durante la comida de aquella noche. ¿Recuerda lo que le conté de aquella tonta conversación sobre cómo el viejo Isaac sabía siempre manejar su pez? En un sentido casi infernal, era un pescador de hombres.

Harold March cogió los remos y se puso a remar. -Lo recuerdo - dijo -, y también aquello de si un gran pez podía romper el sedal y escaparse.

## VII EL LOCO DE LA FAMILIA

Harold March y los pocos que cultivaban la amistad de Horne Fisher, especialmente si le veían con alguna frecuencia en el mundo a que pertenecía, notaban cierto aislamiento en su misma sociabilidad. Parecía que siempre estuviera con sus parientes y nunca con su familia. Tal vez sería más exacto decir que parecía que veía a menudo a su familia y nunca su hogar. Su parentela se extendía, ramificándose como un laberinto, por toda la clase gobernante de la Gran Bretaña, y él parecía estar en buenas, o cuando menos joviales, relaciones con la mayor parte de ellos. Porque Horne Fisher se hacía notar por una erudición y un interés curiosamente impersonales, acerca de toda clase de temas, de manera que uno podía imaginar a veces que su cultura, como su incoloro bigote rubio y sus pálidas y lánguidas facciones, tenía la naturaleza indefinida de un camaleón. Fuera como fuese, él podía alternar con virreyes y ministros y con todos los grandes hombres responsables de los grandes departamentos, y hablar a cada uno de ellos de su propio tema en el orden de estudios que más seriamente le interesase. Así, podía conversar con el ministro de la Guerra sobre los gusanos de seda; con el ministro de Educación, sobre historias de detectives, con el ministro de Trabajo, sobre esmaltes de Limoges, y con el ministro de las Misiones y Progreso Moral (si éste es un título exacto), sobre los muchachos pantomimos de las cuatro últimas décadas. Y como el primero era su primo hermano, el segundo su primo segundo, el tercero su cuñado y el cuarto su tío político, esta sociable versatilidad servía, indudablemente, en cierto sentido, para crear una familia feliz. Pero March nunca pareció percibir ni un atisbo de aquel interior doméstico a que están acostumbrados los hombres de la clase media en sus amistades y que es, de hecho, el fundamento de la amistad, el amor y todo lo demás en cualquier sociedad sana y estable. Se

preguntaba si Horne Fisher había nacido huérfano e hijo único. Con algo parecido a un sobresalto descubrió que Fisher tenía un hermano, mucho más próspero e influyente que él, aunque, según pensaba March, mucho menos interesante. Sir Henry Harland Fisher, con medio alfabeto detrás de su nombre, era en el Ministerio de Asuntos Exteriores, algo mucho más formidable que el ministro. Al parecer, esto se daba con frecuencia en la familia, pues resultaba que había otro hermano, Ashton Fisher, en la India, aún más formidable que el virrey.

Sir Henry Fisher era una segunda edición de su hermano, más grueso, pero mejor parecido, con una frente igualmente calva, pero mucho más lisa. Era muy cortés, si bien tenía un aire ligeramente protector, que empleaba, no solamente con March, sino hasta, como March creyó advertir, con el mismo Horne Fisher. Este último, que poseía la virtud de adivinar los pensamientos medio formados de los demás, aludió al tema mientras salían de la gran casa de Berkeley Square.

--¿No sabía usted - observó con calma -- que yo soy el loco de la familia?

-Debe ser una familia muy inteligente la suya -- dijo Harold March con una sonrisa.

-Muy donosamente expresado - respondió Fisher -. Ésta es la ventaja de tener una formación literaria. Bien; tal vez sea una exageración decir que soy el loco de la familia. Bastaría decir que soy el fracasado de la familia.

-Me parece raro que haya usted fracasado en alguna cosa - observó el periodista -. Cómo dicen en los exámenes, ¿en qué fracasó usted?

-En política - respondió su amigo -. Me presenté para diputado cuando era muy joven y fui elegido por una gran mayoría y aclamado y paseado en triunfo por toda la población. Desde entonces, por supuesto, estoy algo desacreditado.

-Temo no acabar de entender el «por supuesto» -- respondió March riendo.

-Esa parte del asunto no merece ser entendida; pero, como ocurrencia práctica, amigo mío, la otra parte fue bastante extraña e interesante. Toda una historia de detective a su modo y, al mismo tiempo, la primera lección que tuve de cómo está creada la política moderna. Si quiere usted, se lo contaré todo.

Y lo que sigue, refundido en un estilo menos íntimo y alusivo, es la historia que Fisher refirió.

Nadie que hubiera obtenido estos últimos años el privilegio de tratar a Sir Henry Fisher podía creer que se le hubiera llamado nunca Harry. Pero, en realidad, él había sido bastante infantil cuando muchacho, y aquella serenidad que brilló en él toda su vida y que ahora tomaba la forma de la gravedad, había tenido un tiempo la forma de la alegría. Sus amigos habrían dicho que era tanto más maduro en su madurez por cuanto había sido más joven en su juventud. Sus enemigos hubieran dicho que aún era atolondrado, pero que ya no era alegre. En todo caso, la historia que Horne Fisher iba a contar tuvo su origen en la casualidad que hizo del joven Harry Fisher el secretario particular de Lord Saltoun. De aquí, su posterior relación con el Ministerio de Asuntos Exteriores, que, en realidad, le vino como una especie de herencia de su señoría, cuando el gran hombre era el poder que se ocultaba detrás del trono.

No es éste el lugar adecuado para hablar mucho de Saltoun, a pesar de lo poco que se le conocía y de lo mucho que merecía ser conocido. Inglaterra ha tenido al menos tres o cuatro de estos estadistas secretos. Una política aristocrática produce, de cuando en cuando, un aristócrata que es además un accidente, un hombre de independencia intelectual y de perspicacia, un Napoleón nacido en la púrpura. Su vasta labor era en su mayor parte invisible, y poco se podía sacar de él en la vida privada, excepto un áspero y algo cínico sentido del humor. Pero fue, ciertamente, la casualidad de participar él en una comida familiar de los Fisher, y la inesperada opinión que emitió, la causa de que se convirtiera, lo que podía haber sido una broma de sobremesa, en una especie de cuento sensacional.

De no mediar la presencia de Lord Saltoun, habría sido aquélla una reunión exclusivamente familiar de los Fisher, pues el único otro huésped distinguido acababa de irse después de la comida, dejando a los demás con sus cafés y sus cigarros. Se trataba de una figura de cierto interés: un joven graduado en Cambridge, llamado Eric Hughes, esperanza creciente del partido de la reforma, al cual, la familia Fisher, junto con su amigo Saltoun, hacía tiempo que estaba, oficialmente al menos,

adherida. La personalidad de Hughes se hallaba esencialmente resumida en el hecho de que estuviese hablando elocuente y seriamente durante toda la comida; pero se fuera inmediatamente después para llegar a tiempo a una cita. Todos sus actos tenían algo a la vez ambicioso y meticuloso; no bebía vino, pero se emborrachaba ligeramente con palabras. Y su cara y sus frases aparecían precisamente entonces en la primera página de todos los periódicos, porque iba a disputar el puesto seguro de Sir Francis Verner en las grandes elecciones parciales del Oeste. Todo el mundo hablaba del enérgico discurso que contra el caciquismo local acababa de pronunciar; hasta en el círculo de los Fisher todos hablaban de él, excepto Horne Fisher, que estaba sentado en un rincón contemplando el fuego. En su primera juventud, las maneras que más tarde se hicieron lánguidas resultaban más bien adustas; no se le veía orientación fija, y curioseaba en extraños libros y materias; contrastando con el de su política familiar, su futuro aparecía borroso e indeterminado.

-Hemos de estarle agradecidos porque presta un poco de vida al viejo partido - decía Ashton Fisher -. Esa campaña contra los viejos señores pueblerinos se adapta exactamente a la cantidad de democracia que existe en el país. La ley ampliando las atribuciones del Consejo de Distrito es prácticamente suya; así, puede decirse que forma parte del Gobierno, aun antes de formar parte del Parlamento.

-Lo uno es más fácil que lo otro - dijo Harry con indiferencia -. Apuesto a que el señor rural es más fuerte que el Consejo del Distrito en aquel condado. Verner está muy arraigado; todos estos sitios rurales son lo que llamamos reaccionarios. El maldecir de los aristócratas no lo va a cambiar.

-Hughes los maldice bastante bien - observó Ashton -. Nunca tuvimos una reunión política mejor que la de Barkington, que generalmente vota por los gubernamentales. Cuando dijo: «Sir Francis puede enorgullecerse de tener sangre azul; demostrémosle que la tiene roja», y continuó hablando de la hombría y también de la libertad, la sala se venía abajo literalmente.

-Habla muy bien - dijo con sequedad Lord Saltoun, que hasta aquel momento no había tomado parte en la conversación.

Entonces, el casi igualmente silencioso Horne Fisher habló de pronto, sin apartar del fuego sus ojos meditabundos.

-Lo que no puedo comprender - dijo - es por qué no se ataca nunca a nadie por la verdadera razón.

-¡Hola! - observó Harry humorísticamente -. Parece que empiezas a fijarte.

- Ahí tenéis a Verner - continuó Horne Fisher -. Si queremos atacar a Verner, ¿por qué no le atacamos? ¿Por qué le lisonjeamos diciendo que es un aristócrata romántico y reaccionario? ¿Quién es Verner? ¿De dónde viene? Su nombre parece antiguo, pero yo no lo había oído hasta ahora, como dijo el ateo de la Crucifixión. ¿Por qué hablar de su sangre azul? Por lo que de ello se sabe, su sangre lo mismo podría ser gutagamba amarilla con pintas verdes. Todo lo que sabemos es que el anterior Squire, Hawker, halló modo de despilfarrar su dinero (y me figuro que el de su segunda mujer también, pues era bastante rica) y vendió la propiedad a un hombre llamado Verner. ¿Con qué hizo éste su dinero? ¿Petróleo? ¿Contratas del Ejército?

-No lo sé - dijo Saltoun mirándole pensativo. -Es la primera cosa que encuentro que usted no sabe - exclamó el exuberante Harry.

-Pero aún hay más - continuó Horne Fisher, quien parecía haber descubierto de pronto el uso de la palabra -. Si queremos que la gente del campo vote por nosotros, ¿por qué no buscamos a alguien que tenga alguna idea de lo que es el campo? ¿Es que no hablamos a la gente de Threadneedle Street de nada más que de nabos y de pocilgas? ¿Por qué no hablamos a la gente de Somerset de nada más que de tugurios y socialismo? ¿Por qué no damos la tierra del señor a los arrendatarios del señor en vez de meternos con el Consejo del Distrito?

-Tres acres y una vaca - gritó Harry, profiriendo lo que las reseñas parlamentarias llaman una exclamación irónica.

-Sí - respondió su hermano, impertérrito -. ¿No crees que los trabajadores agrícolas preferirían que les dieran tres acres y una vaca a tres acres de impresos y un comité? ¿Por qué no hay nadie que funde un partido político agrario apelando a las viejas tradiciones del pequeño

propietario? Y ¿porqué no atacan a hombres como Verner por lo que son, que es algo tan viejo y tradicional como un trust petrolero americano?

-Valdría más que dirigieras este partido agrario tú mismo - dijo Harry riendo-. ¿No cree usted que sería divertido, Lord Saltoun, ver a mi hermano y su alegre gente, con sus arcos y sus lanzas, desfilando por Somerset, todos vestidos de verde Lincoln en vez de los sombreros de Lincoln y Bennet?

-No - respondió el anciano Saltoun-; no creo que fuera divertido. Me parece que sería una idea muy seria y razonable.

-Bien; me ha fastidiado - exclamó Harry Fisher mirándole fijamente-. Decía ahora mismo que aquél era el primer hecho que usted no conocía, y tendré que decir ahora que ésta es la primera broma a la cual usted no ve la gracia.

-He visto una porción de cosas en mi tiempo - dijo el viejo, con su manera un poco agria -. He dicho una porción de mentiras en mi tiempo también, y ya casi estoy harto de ellas. Pero, no obstante, hay mentiras y mentiras. Los caballeros acostumbraban mentir como mienten los colegiales, porque están unidos y, en parte, para ayudarse unos a otros. Pero que me cuelguen si puedo ver por qué razón hemos de mentir nosotros en favor de esos brutos cosmopolitas que sólo se ayudan a sí mismos. Ellos ya no nos sostienen; sencillamente, nos echan fuera. Si un hombre como su hermano de usted gusta de ir al Parlamento como un labrador, o un caballero, o un jacobita, o un antiguo bretón, yo sólo he de decir que sería una cosa excelente.

En el silencio algo sorprendido que siguió, Horne Fisher se levantó de un salto, abandonando todas sus lánguidas maneras.

-Estoy dispuesto a hacerlo mañana mismo - exclamó -. Supongo que ninguno de vosotros querrá apoyarme.

Entonces, Harry Fisher mostró el lado noble de su impetuosidad. Hizo un movimiento súbito como si fuera a estrecharle la mano.

-Eres un hombre - dijo -, y yo te apoyaré, si no lo hace otro. Pero te podemos ayudar todos, ¿no es verdad? Ya veo lo que quiere decir Lord Saltoun, y, por supuesto, tiene razón. El siempre tiene razón.

-Entonces, iré a Somerset - dijo Horne Fisher.

-Sí; esta en el camino de Westminster dijo Lord Saltoun con una sonrisa.

Y así fue como Horne Fisher llegó, unos días más tarde, a una pequeña estación de una lejana población del Oeste, acompañado de un maletín y un enérgico hermano. No hay que suponer, sin embargo, que el tono animado del hermano fuera pura chacota. Apoyaba al nuevo candidato con ganas a la vez que con ironía, y en el fondo de su bulliciosa asociación había un aliento y una simpatía crecientes. Harry Fisher siempre había sentido afecto hacia su tranquilo y excéntrico hermano, y ahora iba sintiendo cada vez mayor respeto por él. A medida que adelantaba la campaña, el respeto aumentó hasta convertirse en ardiente admiración. Porque Harry aún era joven; y podía sentir por su capitán en elecciones la especie de entusiasmo que un estudiante puede sentir por su capitán de «cricket».

Y esta admiración no era inmerecida. A medida que se desarrollaba esta lucha tripartita, se fue revelando, no sólo a su adicto pariente, sino a muchas otras personas también, que en Fisher había mucho más de lo que a primera vista parecía. Se vio que este estallido junto al hogar familiar había sido la culminación de una larga serie de meditaciones y estudios sobre la cuestión. El poder que conservó toda su vida hacía tiempo que se había concentrado en esta idea de defender una nueva clase agrícola contra una nueva plutocracia. Hablaba a una multitud con elocuencia y respondía a un individuo con ingenio, dos artes políticas que parecía poseer naturalmente. En realidad, conocía mejor los problemas rurales que Hughes, el candidato reformista, o que Verner, el gubernamental. Y sondeaba estos problemas con humana curiosidad y profundizaba en ellos como ninguno de los otros soñaba en hacerlo. Pronto se convirtió en la voz de los sentimientos populares, que nunca aparecen en la Prensa popular. Nuevos puntos de vista, razonamientos que nunca hasta entonces habían sido aducidos por una voz culta; análisis y comparaciones que sólo se habían hecho



en dialecto por hombres que bebían en pequeñas tabernas locales; argucias medio olvidadas que venían transmitiéndose por tradición desde las remotas edades en que los padres eran libres; todo esto creaba un curioso y doble interés.

Sorprendía a los instruidos como una idea nueva y fantástica con que nunca habían tropezado. Sorprendía a los ignorantes como una idea antigua y familiar que nunca hubiesen creído ver resucitada. Los hombres veían las cosas a una nueva luz; y no sabían aún si era la de la puesta del sol o la del amanecer.

Existían agravios positivos que contribuían a hacer formidable el movimiento.

A medida que Fisher iba y venía entre las hosterías y las granjas, se le iba revelando que Sir Francis Verner era un amo muy malo. Y la historia de su adquisición de la tierra no resultaba ni más antigua ni más honrosa de lo que él había supuesto; la historia era bien conocida en el país, y en muchos aspectos era asaz manifiesta. Hawker, el antiguo señor, había sido un personaje disoluto y poco recomendable; se había portado mal con su primera mujer (quien había muerto, decían algunos, de abandono) y después se había casado con una llamativa judía sudamericana, poseedora de un buen caudal. Pero debió comerse esta fortuna con maravillosa rapidez, pues se había visto obligado a vender su hacienda a Verner y se había ido a vivir a América, probablemente en las propiedades de su mujer. Fisher observó que el relajamiento del antiguo señor era mucho menos odiado que la actividad del nuevo. La historia de Verner parecía llena de hábiles transacciones y cubileteos financieros que dejaban a otros sin dinero y sin humor. Pero, aunque se enteró de muchas cosas acerca de Verner, había una que continuamente se le escapaba; algo que nadie sabía, que ni siquiera sabía Saltoun. No podía descubrir cómo Verner había hecho su primer dinero.

«Debe haberlo tenido especialmente secreto - se decía Horne Fisher -. Debe ser algo de que realmente se avergüenza. Pero me preguntó: ¿de qué demonios se avergüenza un hombre hoy día?»

Y, cuanto más reflexionaba en las posibilidades, más sombrías y turbias se le aparecían; pensaba vagamente en cosas remotas y repulsivas, formas extrañas de esclavitud o hechicería, y luego, en cosas horribles aún más monstruosas, pero más próximas. La figura de Verner parecía ennegrecerse y transfigurarse en su imaginación y destacarse bajo fondos variados y extraños cielos.

Mientras iba por la calle mayor del pueblo meditando así, sus ojos toparon con un contraste completo en la cara de su otro rival, el candidato reformista. Eric Hughes, con su revuelto cabello rubio y su rostro ávido de estudiante, estaba montado en su auto-móvil y diciendo unas palabras de despedida a su representante, un hombre corpulento y entrecano llamado Gryce. Eric Hughes hizo a Fisher un signo amistoso con la mano; pero Gryce le contempló con cierta hostilidad. Eric Hughes era un joven de auténticos entusiasmos políticos, mas sabía que los adversarios políticos son personas con quienes uno puede tener que comer el día menos pensado. Pero Gryce era un hosco radical pueblerino, un campeón de la capilla, uno de aquellos felices mortales para quienes su trabajo es al mismo tiempo su afición. Volvió la espalda en cuanto el automóvil se puso en marcha y se alejó rápido por la soleada calle mayor de la pequeña población, silbando y con los bolsillos rebosantes de diarios políticos.

Fisher contempló un momento, pensativo, la resuelta figura, y después, como movido por un repentino impulso, se puso a seguirla. Por la bulliciosa plaza del mercado, entre los cestos y los tenderetes, bajo la muestra pintada del «Dragón Verde», por una oscura entrada lateral, bajo un arco, y por un laberinto de torcidas callejuelas empedradas de guijarros fueron desfilando una tras otra las dos figuras: la rechoncha y altiva, delante, y la flaca e indolente, detrás, como si fuera su sombra. Al cabo, llegaron a una casa de ladrillo, donde había una placa de cobre con el nombre de Gryce; y la persona que lo llevaba se volvió y contempló a su perseguidor con ojos de asombro.

-¿Podría hablar un momento con usted, señor? - preguntó Horne Fisher atentamente.

El agente abrió aún más los ojos, pero asintió con cortesía, e introdujo al otro en su despacho lleno de prospectos y con las paredes cubiertas de carteles con colores vivos que relacionaban el nombre de Hughes con los más altos intereses de la Humanidad.

-Creo hablar con el señor Horne Fisher - dijo Gryce -. Muy honrado por su visita, por supuesto. No puedo felicitarle por haber entrado en la lucha, y no creo que usted lo espere así. Aquí

hemos estado ondeando la vieja bandera de la libertad y la reforma; y usted viene a romper la línea de batalla.

El señor Elijah Gryce abundaba en metáforas militares y en protestas contra el militarismo. Era un hombre de barbilla cuadrada y ruda fisonomía, que tenía una manera muy belicosa de levantar las cejas. Estaba metido en la política de aquella comarca desde que era un muchacho; sabía los secretos de todo el mundo; y, las elecciones constituían el encanto de su vida.

-Supongo que usted se figura que me devora la ambición - dijo Horne Fisher con un tono indiferente -, que aspiro a una dictadura o algo por el estilo. Piense que puedo demostrarle que la mía no es una simple ambición egoísta. Yo sólo deseo que se hagan ciertas cosas. No deseo hacerlas. Muy pocas veces deseo hacer algo. Y he venido aquí para decirle que estoy dispuesto a retirarme de la contienda si usted puede convencerme de que los dos, realmente, queremos hacer lo mismo.

El delegado del partido reformista le miró con una expresión singular y ligeramente intrigada, y antes de que pudiera responder, Fisher continuó en el mismo tono uniforme:

-Usted no lo creerá, tal vez, pero yo soy hombre de conciencia y tengo mis dudas sobre muchas cosas. Por ejemplo, nosotros dos queremos echar a Verner del Parlamento; pero, ¿qué arma vamos a emplear?

He oído una porción de chismes acerca de él; mas, ¿está bien obrar a base de la mera chismografía?

De la misma manera que quiero ser leal para con usted, quiero ser leal para con él. Si alguna de las cosas que yo he oído es verdad, se le debería echar el Parlamento y de cualquier otro club de Londres. Pero yo no deseo echarle del Parlamento, si no son ciertas.

En este punto, el fuego del combate apareció en los ojos de Gryce, quien se tornó voluble, por no decir violento. El, en todo caso, no tenía duda alguna de que las historias eran verdad; podía atestiguar, por propio conocimiento, que lo eran. Verner no solamente era un amo duro, sino mezquino, un ladrón, al mismo tiempo que un explotador. Todo hombre honorable quedaría justificado si le arrojaba de su puesto. Había estafado a Wilkins el libre dominio de su propiedad, mediante una treta digna de un ratero; había empujado a la anciana tía Biddle a las más negras miserias; había extremado el rigor de la ley contra Long Adam, el cazador furtivo, hasta tal punto, que todos los magistrados se avergonzaban de él.

-De manera que si usted quiere servir bajo la vieja bandera - concluyó Gryce más cordialmente - y derribar a un tirano tramposo como ése, estoy seguro de que nunca se arrepentirá de haberlo hecho.

-Y si ésa es la verdad - dijo Horne Fisher -, ¿va usted a decirla?

-¿Qué entiende usted por decir la verdad? -preguntó Gryce.

-Quiero decir que va usted a contar la verdad como me acaba de contar a mí - respondió Fisher -. Usted va a poner carteles por todo el pueblo refiriendo la iniquidad cometida con Wilkins. Usted va a llenar los periódicos con la infame historia de la señora Biddle. Usted va a denunciar a Verner desde la tribuna pública, nombrándole por lo que hizo y nombrando al cazador furtivo a quien lo hizo. Y usted va a descubrir en qué negocio hizo este hombre el dinero con que compró la propiedad, y cuando sepa usted la verdad, como he dicho antes, usted va a publicarla. Con estas condiciones, yo me paso a la vieja bandera, como dice usted, y arrío mi modesto pendón.

El agente le estaba contemplando con una expresión curiosa, arisca, pero no del todo carente de simpatía

-Bien - dijo lentamente -; estas cosas hay que hacerlas de una manera regular o, de otro modo, la gente no lo entiende. Yo tengo mucha experiencia, y temo que lo que usted dice no serviría. La gente comprende que se ataque a los señores en general; pero estos personalismos no se consideran juego limpio. Parecen algo así como un golpe por debajo del cinturón.

-Supongo que el viejo Wilkins no tiene cinturón - respondió Horne Fisher -. Verner puede pegarle donde quiera, y nadie debe decir una palabra. Evidentemente, es muy importante tener un cinturón. Pero, al parecer, hay que ser un personaje para tener uno. Probablemente - añadió

pensativo -, ésa es la explicación de la frase «un conde de cinturón», cuyo sentido siempre ha escapado a mi entendimiento.

-Quiero decir que estos personalismos no sirven - insistió Gryce con los ojos fijos en la mesa.

-Y la tía Biddle y Long Adam, el cazador furtivo, no son **personalidades**<sup>5</sup> - dijo Fisher -; y supongo que no debemos preguntar cómo Verner hizo toda la moneda que le permitió convertirse en... una personalidad.

Gryce aún le estaba mirando con las cejas fruncidas; pero el singular fuego de sus ojos se había acrecido. Al cabo, dijo, en un tono diferente y más sosegado.

-Mire usted, señor. Usted me es simpático, si permite usted que se lo diga. Creo que realmente usted está al lado del pueblo; y estoy seguro de que es un hombre valiente. Mucho más valiente, quizá, de lo que usted se figura. Nosotros no osaríamos tocar lo que usted propone ni con una pértiga; y, lejos de desear tenerle en el partido, preferimos que corra usted el riesgo por su propia cuenta. Pero, como me es usted simpático y respeto su valor, le haré un favor antes de separarnos. No quiero que pierda usted el tiempo descortezando un árbol en vez de otro. Usted habla de cómo el nuevo propietario obtuvo el dinero para comprar la propiedad; de 'la ruina del antiguo dueño y todo lo demás. Bien; le voy a dar una indicación sobre esto; una indicación sobre algo que muy pocas personas conocen.

-Le quedaré muy agradecido - dijo Fisher gravemente -. ¿Qué es?

-En dos palabras -dijo el otro -. El nuevo señor era muy pobre cuando compró. El antiguo propietario era muy rico cuando vendió.

Horne Fisher le contempló pensativamente mientras el otro se volvía y se ocupaba de los papeles que tenía sobre la mesa. Luego, Fisher pronunció una breve frase de agradecimiento y despedida, y salió a la calle, todavía muy pensativo.

Sus reflexiones parecieron llevarle a una decisión, y, tomando un paso más vivo, salió de la pequeña ciudad por la carretera que conducía a las puertas del gran parque, la residencia campesina de Sir Francis Verner. Un sol resplandeciente daba a aquel principio de invierno el aspecto de un fin de otoño, y, en la masa oscura de los bosques, las hojas secas ponían aquí y allá toques áureos y rojos como si fueran los últimos destellos de un ocaso. Desde un punto elevado de la carretera, Fisher había visto la fachada clásica de la gran casa con sus numerosas ventanas casi inmediatamente debajo de donde él se hallaba; pero cuando la carretera llegó al pie del muro de la propiedad, por detrás del cual sobresalían árboles altísimos, se dio cuenta de que necesitaba un rodeo de media milla para llegar a la puerta principal. Sin embargo, después de andar unos minutos por la vereda, llegó a un sitio donde el muro se había derrumbado y estaba en vías de reparación. Allí había una gran brecha que a primera vista parecía negra como una caverna y que sólo al mirarla con más atención mostraba una media luz entre los árboles ondulantes. Había algo fascinador en aquella puerta inesperada, como una abertura en un cuento de hadas.

Horne Fisher tenía cierta característica del aristócrata que se encuentra también en el anarquista. Fue muy propio de él penetrar por esta entrada oscura y anormal con la misma indiferencia que si fuera la puerta de su propia casa, pensando únicamente que sería un atajo para llegar al edificio. Avanzó por el oscuro bosque con cierta dificultad, hasta que empezó a brillar entre las hojas una luz igual, a rayas plateadas, cuyo significado al principio no comprendió. Un instante después, salía a plena luz en lo alto de un enhiesto ribazo, a cuyo pie corría un camino que rodeaba un gran lago. La sábana de agua que había visto brillar a través de los árboles era de considerable extensión; pero estaba como amurallada por todos lados de bosques, no solamente oscuros, sino decididamente lúgubres. En un extremo del camino había una estatua clásica de alguna ninfa desconocida, y el otro extremo se hallaba flanqueado por dos urnas clásicas; pero el mármol estaba todo manchado por la intemperie y rayado de verde y de gris. Otros muchos indicios más nimios, pero más significativos, dijeron a Fisher que había ido a parar a un rincón perdido de la

---

5 Juego de palabras intraducible. En inglés, personalismo y personalidad, se expresan con la misma palabra.

finca, abandonado y raramente visitado. En medio del lago había lo que parecía ser una isla, y, en la isla, lo que parecía querer ser un templo clásico, no abierto como un templo de los vientos, sino con una pared lisa entre sus columnas dóricas. Decimos que sólo parecía una isla, porque, mirando con más atención, se descubría una calzada de piedras planas que corría hasta ella desde la orilla y la convertía en una península. Y el templo, ciertamente, sólo parecía un templo, porque nadie sabía mejor que Horne Fisher que ningún dios había habitado jamás aquel santuario.

«Esto es lo que hace tan desolado este paisaje de jardín clásico - dijo para sí -. Más desolado que Stonehenge o las Pirámides. Nosotros no creemos en la mitología egipcia, pero los egipcios creían en ella; y supongo que hasta los druidas creían en el druismo. Mas el caballero del siglo XVIII que erigía estos templos, creía tan poco como nosotros en Venus o en Mercurio. Por este motivo el reflejo de estas pálidas columnas en el lago no es verdaderamente más que la sombra de una sombra. Ellos eran hombres de una época de razón; ellos, que llenaron sus jardines de estas ninfas de piedra, esperaban menos que ningún hombre en toda la Historia encontrar realmente una ninfa en el bosque.»

Su monólogo fue interrumpido de pronto por un ruido seco como el estallido de un trueno que retumbó en ecos lúgubres alrededor de aquel melancólico lago.

En el acto conoció de qué se trataba: alguien había disparado una escopeta. Pero, en cuanto a lo que ello significara, estuvo un momento en duda; y extraños pensamientos se agolparon en su mente. Un momento después se reía, porque vio yaciendo a poca distancia, junto al camino que tenía debajo, el pájaro muerto por el tiro.

En el mismo instante, sin embargo, vio otra cosa que le interesó algo más. Un anillo de árboles espesos circundaba la parte posterior del templo de la isla, enmarcando la fachada en oscuro follaje, y él habría jurado que había visto agitarse las hojas, como si algo se moviera entre ellas. Poco después, su sospecha se veía confirmada, porque una andrajosa figura emergió de la sombra que proyectaba el templo y echó a andar por la calzada que conducía a la orilla. Aun a aquella distancia, la figura se hacía notar por su gran estatura, y Fisher pudo ver que el hombre llevaba una escopeta bajo el brazo. En seguida vino a su memoria el nombre de Long Adam, el cazador furtivo.

Con un rápido sentido estratégico de que a veces deba muestra, Fisher saltó del ribazo y corrió, rodeando el lago, a la cabeza del pequeño muelle. Una vez llegado a tierra firme, el hombre podía desaparecer fácilmente en el bosque. Pero cuando Fisher empezó a avanzar sobre las piedras en dirección a la isla, el hombre se encontró con el camino cortado y sólo pudo retroceder hasta el templo. Poniendo sus anchas espaldas contra éste, se quedó como acorralado. Era un hombre relativamente joven, con finos rasgos en su flaco rostro y delgada figura y una greña áspera y roja. La mirada de sus ojos era para intranquilizar a cualquiera que se hallara a solas con él en una isla en medio de un lago.

-Buenos días - dijo Horne Fisher agradablemente -. Al principio, creí que era usted un asesino. Pero parece un tanto improbable que una perdiz se haya lanzado entre nosotros y haya muerto por salvarme, como las heroínas de las novelas. Así, pues, supongo que es usted un cazador furtivo.

-Supongo que usted me llamará un cazador furtivo - respondió el hombre; y su voz resultaba algo sorprendente viniendo de aquel espantajo; tenía aquella forzada distinción de los que han luchado por su propio refinamiento en un medio rudo -. Yo considero que tengo perfectamente derecho a cazar en este lugar. Pero sé muy bien que las personas como usted me toman por un ladrón, y supongo que usted tratará de mandarme a la cárcel.

-Hay dificultades preliminares - respondió Fisher -. Para empezar, aunque la confusión sea halagadora, no soy guardabosques. Y, menos aún, tres guardabosques, que serían, me imagino, los que se necesitarían para luchar contra usted. Pero confieso que tengo otra razón para no desear en ningún modo que le encierren.

-¿Y cuál es? - preguntó el otro.

-Que estoy completamente de acuerdo con usted - respondió Fisher -. No digo precisamente

que usted tenga derecho a cazar furtivamente; pero nunca he podido ver que esto fuera tan malo como el robar. Me parece contrario a toda idea normal de la propiedad que un hombre tenga que ser dueño de algo sólo porque vuela sobre su jardín. Lo mismo podía ser dueño del viento, o pensar que podía escribir su nombre sobre una nube de la mañana. Además, si queremos que los pobres respeten la propiedad, debemos darles alguna propiedad para respetar.

Usted debiera tener tierra suya, y yo voy a darle alguna, si puedo.

- ¡Darme tierra! - repitió Long Adam.

-He de excusarme por digirme a usted como si fuera una reunión pública -dijo Fisher-; pero soy una especie enteramente nueva de hombre público que dice lo mismo en público que en privado. He dicho esto en un centenar de concurridas reuniones por todo el condado, y se lo digo a usted en esta rara isleta y en este lúgubre estanque. Distribuiré una gran propiedad como ésta en pequeñas fincas para todo el mundo, hasta para los cazadores furtivos. Yo haría en Inglaterra como hacen en Irlanda: comprar la cesión de los grandes, si es posible; echarlos fuera, en todo caso. Un hombre como usted debiera tener un pequeño rincón de su propiedad. Yo no digo que usted puede criar faisanes, pero podría criar también pollos.

El hombre se enderezó repentinamente y pareció al mismo tiempo palidecer y echar llamas ante una promesa así, como si fuera una amenaza.

-¡Pollos! - repitió con un terrible desdén.

-¿Por qué protesta usted? -preguntó el plácido candidato-. ¿Es que criar gallinas es una diversión demasiado pacífica para un cazador furtivo?

-Es que yo no soy un cazador furtivo - exclamó Adam con una voz tajante que retumbó alrededor del santuario y en las urnas vacías como los ecos de su fusil -. Es que la perdiz que está allí muerta es mía. Es que la tierra donde está usted ahora es mía. Porque mi tierra sólo me fue quitada por medio de un crimen, y un crimen peor que el cazar furtivamente. Éste ha sido un solo patrimonio durante siglos y siglos, y si usted o algún entremetido charlatán viene aquí a hablar de cortarlo como un pastel, si yo oigo una palabra más de usted y sus mentiras niveladoras...

-Parece resultar usted una reunión algo turbulenta observó Horne Fisher-; pero continúe. ¿Qué pasaría si yo tratase de dividir decentemente este patrimonio entre personas decentes?

El cazador furtivo había recobrado una calma siniestra cuando respondió:

-No habría ninguna perdiz que volara a interponerse entre nosotros.

Con esto se volvió, evidentemente resuelto a no decir nada más; y, rodeando el templo, se fue al otro extremo de la isleta, donde se quedó mirando el agua. Fisher le siguió, pero viendo que al repetir su pregunta no obtenía respuesta, tornó hacia la orilla. De paso, volvió a observar, de más cerca esta vez, el templo artificial, y notó en él algunos detalles curiosos. La mayor parte de estas cosas teatrales acostumbra ser tan baladíes como una decoración teatral, y él esperaba que el clásico santuario fuese una cosa de apariencia, una mera cáscara o máscara. Pero había detrás de su fachada un cuerpo sólido, disimulado por los árboles, que tenían un aspecto laberíntico de serpientes de piedra y elevaban hacia el cielo una masa de frondosas torres. Pero lo que llamó la atención de Fisher fue que en aquella masa de piedra blanquecina había una puerta sencilla provista en su exterior de grandes cerrojos mohosos; estos cerrojos, sin embargo, no estaban corridos. Entonces dio la vuelta al pequeño edificio y no halló otra abertura que una pequeña reja, parecida a un ventilador, a bastante altura de la pared.

Retrocedió, pensativo, por la calzada hasta las orillas del estanque y se sentó en las gradas de piedra entre las dos urnas esculpidas. Luego, encendió un cigarrillo y se puso a fumar caviloso. De cuando en cuando, sacaba un cuaderno y escribía varias frases numerándolas y volviéndolas a numerar hasta que quedaron en el siguiente orden:

1. El propietario Hawker aborrecía a su primera mujer.
2. Se casó con una segunda mujer por dinero.
3. Long Adam dice que la propiedad es realmente suya.

4. Long Adam ronda el templo de la isla, que parece una prisión.
5. El propietario Hawker no era pobre cuando cedió la propiedad.
6. Verner era pobre cuando adquirió la propiedad.

Contempló estas notas con una gravedad que gradualmente se convirtió en una dura sonrisa; tiró su cigarrillo y volvió a emprender la busca de un atajo que le condujera a la casa. Pronto halló el camino que, serpenteando entre setos y cuadros de flores, le condujo hasta la larga fachada paladiana. Esta tenía el aire usual de ser, no una casa particular, sino una especie de edificio público desterrado a la provincia.

Fisher se encontró primero en presencia del mayordomo, quien, a la verdad, parecía mucho más viejo que el edificio; porque la arquitectura pretendía ser de la época georgiana, pero la cara del hombre, bajo una peluca castaña muy poco natural, parecía arrugada por los siglos. Sólo sus ojos saltones parecían animados y vigilantes como si protestara. Fisher le miró, y después se detuvo y dijo:

-Perdóneme usted, ¿no estaba usted con el señor Hawker, el propietario anterior?

-Sí, señor - dijo el hombre con gravedad-. Me llamo Usher. ¿Qué desea usted de mí?

-Sólo que me lleve usted ante Sir Francis Verner - respondió el visitante.

Sir Francis Verner se hallaba sentado en una butaca junto a un velador en una gran pieza cuyas paredes aparecían cubiertas de tapices. Sobre la mesa había una copa y un pequeño frasco con los verdes reflejos de un licor, y una taza de café negro. Vestía un serio traje gris, con una corbata morada haciendo discreto juego con él; pero Fisher notó algo en la caída de su rubio bigote y el peinado de su lacio cabello. Este algo le reveló súbitamente que su nombre era Franz Verner.

-Usted es Horne Fisher - dijo él-. ¿No quiere usted sentarse?

-No, gracias - respondió Fisher -. Temo que ésta no sea una conyuntura amistosa, y me quedaré en pie. Probablemente ya sabe usted que me presento candidato a diputado.

-Ya sé que somos adversarios políticos - respondió Verner, enarcando las cejas -. Pero me parece que sería mejor que lucháramos con espíritu deportivo, con un espíritu inglés de hacer siempre juego limpio.

-Mucho mejor - asintió Fisher -. Sería mucho mejor si fuera usted inglés, y mucho mejor todavía si hubiera usted jugado limpio alguna vez. Yo no sé cómo están las cosas desde un punto de vista legal a propósito de aquella vieja historia de Hawker; pero mi principal empeño es evitar que Inglaterra sea gobernada enteramente por gente como usted. Así, pues, diga lo que diga la ley, yo no diré nada si usted retira su candidatura.

-Realmente, está usted loco - dijo Verner.

-Mi psicología puede ser un poco anormal - respondió Horne Fisher de una manera algo vaga -. Soy propenso a soñar, especialmente a soñar despierto. A veces, lo que me está ocurriendo se me hace, de una curiosa manera, doblemente vívido, como si hubiera ocurrido ya antes. ¿Ha tenido usted nunca esta mística impresión de que las cosas han ocurrido con anterioridad?

-Esperó que sea usted un loco inofensivo - dijo Verner.

Pero Fisher seguía contemplando distraídamente las gigantescas figuras doradas y los arabescos pardos y rojos de los tapices que cubrían la paredes. Después, volvió a mirar a Verner y continuó:

-Tengo la sensación de que esta entrevista ha ocurrido ya antes, en este mismo salón tapizado, y de que nosotros somos dos fantasmas que volvemos a visitar un aposento encantado. Sólo que era Hawker quien se sentaba ahí y usted quien estaba donde estoy yo.

Se detuvo un momento y después añadió ingenuamente:

-Suponga que yo también soy un chantajista.

-Si lo es - dijo Sir Francis -, le prometo que irá a la cárcel.

Pero su rostro tenía un tinte que parecía el reflejo del verde licor que fulguraba encima de la

mesa.

Horne Fisher le contempló con firmeza y respondió muy sosegadamente:

-Los chantajistas no van siempre a la cárcel. A veces van al Parlamento. Pero, aunque el Parlamento está ya bastante podrido, usted no irá allí, si puedo impedirlo. Yo no soy tan criminal como fue usted al negociar con el crimen. Usted obligó a Hawker a ceder su propiedad en el campo. Yo sólo le pido a usted que abandone su asiento en la Cámara.

Sir Francis Verner se levantó bruscamente y fue a coger una de los llamadores que colgaban entre los anticuados cortinajes.

-¿Dónde está Usher? - gritó con rostro lívido.

-Y quién es Usher? - dijo Fisher suavemente -. Me gustaría saber hasta qué punto está Usher al corriente de la verdad.

Verner soltó el cordón y, después de permanecer un momento con la vista extraviada, salió bruscamente de la habitación. Fisher se fue por donde había entrado y, no viendo rastro de Usher, abrió él mismo la puerta y enderezó otra vez sus pasos hacia la población.

Aquella noche, se puso una lámpara eléctrica en el bolsillo y partió solo en medio de la oscuridad, para agregar el último eslabón a su argumento. Había muchas cosas que aún no sabía; pero creía saber dónde podía enterarse de ellas. La noche cerraba, oscura y tempestuosa, y la negra brecha de la pared se veía más negra que nunca; el bosque parecía haberse hecho más espeso y más oscuro en un día. Si el lago abandonado, con su bosque negro y sus urnas e imágenes grises, había parecido desolado a la luz del día, de noche y bajo la amenaza de la tempestad, semejaba todavía más el reino de los muertos, la laguna Estigia. Al avanzar cuidadosamente por la calzada, Fisher parecía adentrarse más y más en el abismo de la noche y dejar tras de sí los últimos puntos desde donde sería posible hacer señales a la tierra de los vivos. El lago parecía haberse hecho mayor que un mar; pero un mar de aguas negras y cenagosas que dormían con abominable serenidad, como si hubieran barrido el mundo. Tan fuerte era esta angustiosa sensación de inmensidad, que Fisher se halló extrañamente sorprendido de llegar tan pronto a esta isla desierta. Pero él la conocía como un lugar de silencio y soledad inhumanos, y sentía como si hubiera tenido que andar años enteros. \_

Haciendo un esfuerzo para volver a un estado' de espíritu más normal, se detuvo bajo uno de los árboles que alargaban sus ramas sobre su cabeza y, sacando la lámpara, dirigió su luz a la puerta de la parte posterior del templo. La halló con el cerrojo descorrido, como antes, y hasta le pareció adivinar que estaba imperceptiblemente entornada. Cuanto más pensaba en ello, sin embargo, más tenía la convicción de que esto era únicamente una de las ordinarias ilusiones que produce la luz según el ángulo de donde viene. Examinaba más científicamente los detalles de la puerta con sus mohosos goznes y cerrojos, cuando notó la presencia de algo cerca de donde se hallaba, en realidad muy cerca de su cabeza. Durante unos segundos permaneció inmóvil y frío como una piedra. Lo que vio al levantar los ojos fueron las piernas colgantes de un hombre: probablemente, las de un hombre ahorcado. Pero inmediatamente rectificó esta idea. El hombre estaba vivo y agitaba las piernas, y un momento después saltaba al suelo y se volvía hacia el intruso. Simultáneamente, tres o cuatro árboles más parecieron animarse del mismo modo. Cinco o seis figuras más se habían dejado caer de estos fantásticos nidos. Era como si aquella fuera una isla de monos. Pero un momento después todos se arrojaban contra él, y, cuando le pusieron las manos encima, conoció que eran hombres.

Con la lámpara eléctrica que llevaba en la mano, golpeó tan furiosamente la cara del que iba delante, que le hizo caer rodando sobre la hierba fangosa; pero la lámpara se rompió y se apagó, dejándolo todo en una oscuridad más densa todavía. De otro golpe, hizo estrellarse otro hombre contra la pared del templo, desde donde resbaló al suelo; pero un tercero y un cuarto le hicieron perder pie y empezaron a arrastrarle, luchando, hacia la puerta. Aun en medio de la confusión de la pelea, pudo notar que la puerta estaba abierta. Alguien, desde el interior, estaba llamando a los rufianes.

Así que estuvieron dentro, le arrojaron sobre una especie de banco, o cama, con violencia; pero sin causarle daño, porque el diván, o lo que fuese, parecía haber sido cómodamente

almohadillado para recibirle. En su violencia había mucho de prisa y, antes de que él hubiera podido levantarse, todos habían corrido a la puerta para escapar. Cualesquiera que fuesen los bandidos que infestaban la isla, era evidente que su faena los tenía desasosegados y estaban muy deseosos de terminarla. Fisher tuvo el fugaz pensamiento de que unos criminales ordinarios difícilmente serían presa de un pánico como aquél. Un instante después, la puerta se cerró de golpe, y él pudo oír chirriar los cerrojos al correrlos y el ruido que hacían los hombres huyendo y tropezando por la calzada; pero, por rápidamente que esto ocurriera, no fue antes de que Fisher hiciera algo que deseaba hacer. Imposibilitado de levantarse de prisa de la posición en que había caído, estiró una de sus largas piernas y enganchó con ella el tobillo del último hombre que iba a desaparecer por la puerta. El hombre se tambaleó y cayó hacia dentro de la prisión, y la puerta se cerró entre él y sus compañeros fugitivos. Evidentemente, éstos llevaban demasiada prisa para notar que habían dejado olvidado a uno de los suyos.

El hombre se levantó y se puso a aporrear furiosamente la puerta con pies y manos. Fisher empezó a recobrar su sentido del humor, perdido en la pelea, y se sentó en el sofá con algo de su natural indiferencia. Pero mientras escuchaba cómo el prisionero golpeaba la puerta de la cárcel, tuvo una nueva y curiosa impresión.

Lo más natural en un hombre que quisiera atraer así la atención de sus amigos hubiera sido llamar, gritar al propio tiempo que golpeaba. Este hombre hacía todo el ruido que podía con pies y manos; pero ni un sonido salía de su garganta. ¿Por qué no podía hablar?

Al principio creyó que el hombre estaba amordazado; lo cual era manifiestamente absurdo. Luego, su imaginación le sugirió la horrible idea de que tal vez fuese mudo. Apenas sabía por qué razón era una idea tan horrible, pero afectaba su imaginación de una manera oscura y desproporcionada. Parecía haber algo escalofriante en la idea de quedarse solo en una habitación oscura con un sordomudo. Era casi como si este defecto fuese una deformidad. Era casi como si fuese acompañada de otras y peores deformidades. Era como si la forma que él no podía adivinar en la oscuridad fuese una forma que no debería ver el sol.

Entonces tuvo un relámpago de sensatez y también de perspicacia. La explicación era muy sencilla, pero bastante interesante. Evidentemente, el hombre no hacía oír su voz porque no quería que su voz fuese reconocida. Esperaba escapar de aquel oscuro lugar antes de que Fisher pudiera identificarle. Y ¿quién sería? Una cosa al menos estaba clara. Era uno u otro de los cuatro o cinco hombres con quien Fisher había hablado en aquel pueblo en el curso de esta extraña historia.

-Yo me pregunto quién es usted - dijo en voz alta, con toda su perezosa cortesía -. Supongo que no serviría de nada estrangularle a usted para descubrirlo; sería desagradable pasar la noche con un cadáver. Además, podría ser yo el cadáver. No tengo cerillas y he destrozado mi lámpara; así, pues, sólo puedo hacer deducciones. ¿Quién podría ser usted? Reflexionemos,

El hombre tan jovialmente interpelado había desistido de golpear la puerta y se había retirado hoscamente a un rincón, mientras Fisher seguía hablándole en un voluble monólogo.

-Probablemente, usted es el cazador furtivo que dice que no es un cazador furtivo. Dice que es un propietario de tierras; pero me permitirá que le diga que, en cualquier caso, es un necio. ¿Qué esperanza puede haber de tener en Inglaterra una clase labradora libre, si los mismos labradores son tan pretenciosos que quieren ser caballeros? ¿Cómo podemos hacer una democracia sin demócratas? Ahora, usted quiere ser un gran propietario, y así consiente en ser un criminal. Y en esto se parece a otra persona. Y, ahora que pienso en ello, tal vez sea usted otra persona.

Hubo un silencio sólo interrumpido por el resuello del hombre en el rincón y el rumor de la tempestad creciente, que llegaba por la pequeña reja bajo la cual se hallaba aquél. Horne Fisher continuó:

-¿Es que no es usted más que un criado... tal vez aquel criado viejo y siniestro que ha servido de mayordomo a Hawker y Verner? Siendo así, usted es, sin duda alguna, el único enlace entre los dos períodos. Pero, si es así, ¿por qué se rebaja usted a servir a este cochino extranjero, cuando usted por lo menos ha conocido a los últimos señores, auténticamente nacionales? Las personas



como usted acostumbran ser patriotas. ¿Es que Inglaterra no significa nada para usted, señor Usher? Pero es posible que toda esta elocuencia sea inútil, porque tal vez no sea usted Usher. Es más fácil que sea usted el mismo Verner; y es inútil derrochar elocuencia para hacerle avergonzar de sí mismo; es inútil maldecirle, porque corrompe a Inglaterra; ni es precisamente a usted a quien hay que maldecir. Son los ingleses los que merecen ser maldecidos y son malditos, porque han permitido a unas sabandijas así usurpar los altos puestos de sus héroes y sus reyes. No quiero pararme demasiado a pensar que usted es Verner, pues, de lo contrario, acabaría por estrangularle. ¿Hay alguien más que usted pueda ser? Con toda certeza, usted no puede ser un servidor de la otra organización rival. No puedo creer que sea usted Gryce, el agente; y, no obstante, Gryce tenía en su mirada un destello de fanatismo también, y los hombres son capaces de hacer cosas extraordinarias en estas mezquinas contiendas políticas. O, si no es el servidor, es él..., no, no puedo creerlo... no la sangre roja de la hombría y de la libertad, no el ideal democrático.

Se levantó lleno de excitación, y, en el mismo instante, el eco repetido de un trueno llegó a través de la reja.

La tempestad había ya estallado, y, con ella, una nueva luz irumpió en su espíritu. Había algo más que podía ocurrir de un momento a otro.

-¿Sabe usted lo que esto significa? -exclamó -. Significa que Dios mismo puede alumbrar una vela para mostrarme el infernal rostro de usted.

Casi al mismo instante, se oyó el estallido de un trueno; pero, antes del trueno, una luz blanca había llenado toda la estancia durante una fracción de segundo.

Fisher había visto dos cosas ante sí. Una era el dibujo en blanco y negro de la reja de hierro destacándose contra el cielo; la otra era la cara del hombre que permanecía en el rincón. Era la cara de su hermano.

Ni una palabra salió de labios de Horne Fisher, excepto un nombre que fue seguido por un silencio más terrible que la oscuridad. Al cabo, la otra figura se agitó, se enderezó, y, por primera vez, la voz de Harry Fisher se dejó oír en aquel horrible aposento.

-Como supongo que ya me has visto - dijo - podemos encender la luz. La hubieras podido encender en cualquier momento si hubieras encontrado la llave.

Oprimió un botón de la pared y todos los detalles del aposento aparecieron a una luz más fuerte que la del día. Realmente, los detalles eran tan inesperados, que por un momento apartaron la vacilante atención del cautivo de la reciente revelación personal. El aposento, lejos de ser una celda de prisión, se parecía más a un salón, y hasta a un salón de señora, de no haber sido por unas cajas de cigarros y unas botellas de vino que estaban hacinadas con libros y revistas sobre una mesa auxiliar. Su mirada percibió un trozo de descolorida tapicería que se movió a hablar, olvidando momentáneamente asuntos más importantes.

-Esto ha sido amueblado con muebles de la casa grande - dijo.

-Sí - respondió el otro -, y creo que sabrás por qué.

-Me parece que sí - dijo Horne Fisher -, y, antes de pasar a cosas más extraordinarias, quiero decir lo que pienso. Hawker fue un bígamo y un bandido. Su primera esposa no había muerto cuando se casó con la judía; estaba prisionera en esta isla. Aquí dio a luz un niño, que ahora ronda por el lugar de su nacimiento bajo el nombre de Long Adam. Un financiero en quiebra llamado Verner, descubrió el secreto y obligó a Hawker a cederle la propiedad a cambio de su silencio. Todo esto está muy claro y comprensible. Ahora pasemos a algo más difícil. A ti te toca explicarme qué demonio andas buscando al secuestrar a tu propio hermano.

Tras una pausa, Harry Fisher respondió: -Supongo que no esperabas verme - dijo -. Pero, después de todo, ¿qué podías esperar?

-No acabo de entenderte - dijo Horne Fisher.

-Quiero decir, ¿qué otra cosa podías esperar después de armar un lío como el que has armado? - dijo su hermano, ceñudo -. ¡Todos te creíamos tan inteligente! ¿Cómo podíamos saber que ibas a resultar en realidad un fracaso rotundo?

-Esto es un poco curioso - dijo el candidato, contrayendo las cejas -. Sin vanidad, yo no tenía la impresión de que mi candidatura fuese un fracaso. Todos los grandes discursos tuvieron éxito, y muchísimas personas me han prometido sus votos.

-Ya me lo figuro - dijo sombríamente Harry -. Has provocado un terremoto con tus malditos acres y una vaca, y Verner apenas puede sacar un voto de ningún sitio. ¡Oh, es una calamidad!

-¿Qué diablos quieres decir?

-Gran loco - exclamó Harry en un tono de resonante sinceridad -, no habrás supuesto que queríamos que ganaras las elecciones, ¿verdad? ¡Oh, es demasiado pueril! Te digo que Verner tiene que ir al Parlamento. Claro que tiene que ir. Le van a dar el Ministerio de Hacienda en la próxima legislatura, y hay de por medio el empréstito egipcio y Dios sabe cuántas cosas más. Nosotros sólo queríamos dividir los votos reformistas, porque podían ocurrir accidentes después de que Hughes se apuntó el tanto de Barkigton.

-Ya lo veo - dijo Horne Fisher -, y tú, creo yo, eres un puntal y un ornamento del partido reformista. Como dices, no soy inteligente.

La apelación a la lealtad del partido cayó en saco roto, pues el puntal de la reforma estaba pensando en otras cosas.

Por fin, dijo con voz turbada:

-Yo no quería que me descubrieras; sabía que ello sería un golpe para ti. Pero he de decirte que nunca me hubieras atrapado sino hubiese querido estar presente para cuidar de que no te maltrataran y cerciorarme de que todo estaba dispuesto lo más cómodamente posible.

Pareció que se le quebraba la voz al añadir: -He hecho traer estos cigarrillos, porque son los que te gustan.

Las emociones son cosa singular; y la idiotez de esta concesión ablandó de pronto a Horne Fisher con una insondable ternura.

-No te apures, muchacho - dijo -; no hablemos más de ello. Reconozco que eres realmente el bribón y el hipócrita más bueno y afectuoso que nunca se haya vendido para arruinar a su país. No puedo hablar más finamente. Gracias por los cigarros; si no te importa, voy a fumarme uno.

Cuando Horne Fisher terminó de contar esta historia a Harold March, acababan de entrar en un parque público y de tomar asiento en un montículo que dominaba extensos espacios verdes bajo un cielo azul y despejado; y hubo algo incongruente en las palabras con que concluyó la narración.

-Siempre, desde entonces, he vivido en aquel aposento - dijo Horne Fisher -. En él estoy ahora. Gané las elecciones, pero nunca fui al Parlamento. Mi vida ha transcurrido como si fuera en aquel pequeño aposento de aquella isla solitaria. Muchos libros y cigarros y comodidades; mucho saber e interés de información; pero nunca una voz que saliera de aquella tumba para llegar al mundo exterior. Probablemente, moriré allí.

Y se sonrió mirando por encima del verde parque al verde horizonte.

## VIII

### LA VENGANZA DE LA ESTATUA

Fue en el soleado mirador de un hotel de la playa, que dominaba un cuadro de arriates y una franja de mar azul, donde Horne Fisher y Harold March tuvieron su última explicación, que podría más bien llamarse una explosión.

Harold March, famoso ahora como uno de los primeros escritores políticos de su época, se había acercado al velador y se había sentado ante él con sus ojos azules, un tanto nublados y soñadores, ardiendo de contenida excitación. En los periódicos que arrojó sobre la mesa, había lo suficiente para explicar, si no toda, parte de su emoción. Los asuntos públicos en todos los departamentos habían llegado a una crisis. El Gobierno, que se había sostenido tanto tiempo que los hombres se habían acostumbrado a él, como se acostumbran al despotismo hereditario, empezaba a verse acusado de errores y hasta de abusos financieros. Decían algunos que el experimento de

establecer una clase labradora en el oeste de Inglaterra, de acuerdo con la antigua fantasía de Horne Fisher, no había producido otra cosa que peligrosas discusiones con regiones vecinas predominantemente industriales. Había habido quejas particulares sobre malos tratos a inofensivos extranjeros, principalmente asiáticos, empleados en los nuevos y científicos establecimientos edificados en la costa.

En efecto, el nuevo Estado que se había formado en Siberia, apoyado por el Japón y otros poderosos aliados, se mostraba dispuesto a intervenir en favor de sus súbditos expatriados, y se hablaba mucho de embajadores y ultimátums. Pero algo mucho más serio, en lo que personalmente interesaba al mismo March, parecía llenar esta entrevista con su amigo de una mezcla de embarazo e indignación.

Tal vez contribuía a aumentar su disgusto el que hubiera una cierta animación desusada en la figura ordinariamente lánguida de Fisher.

La imagen ordinaria que de éste existía en la mente de March era la de un caballero pálido y de cabeza despoblada, que parecía ser prematuramente viejo como era prematuramente calvo. Se le recordaba como un hombre que expresaba las opiniones de un pesimista en el lenguaje de un haragán. Ahora mismo, March no podía estar seguro de que el campo no fuera meramente una ilusión producida por la luz del sol, o aquel efecto de colores distintos y perfiles recortados que se observa siempre en un paseo marítimo cuando resalta sobre el telón azul del mar. Pero Fisher llevaba una flor en el ojal, y su amigo hubiera podido jurar que manejaba su bastón con la fanfarronería de un espadachín. Mientras tales nubes se cernían sobre Inglaterra, el pesimista parecía ser el único hombre que se mostraba radiante.

-Oiga usted - dijo Harold March bruscamente -, usted ha sido un gran amigo mío, y yo nunca había estado tan orgulloso de una amistad; pero hay algo que necesito decirle. Cuanto más cosas descubro, menos comprendo cómo puede usted aguantarlas. Y, por mi parte, le digo que no voy a aguantarlas más.

Horne Fisher le miró grave y atentamente, pero de un modo tal como si el otro estuviera muy lejos.

-Usted sabe que siempre le he querido - dijo Fisher lentamente -; pero además, le respeto, que no siempre es lo mismo. Usted puede adivinar que yo quiero a muchas personas que no respeto. Tal vez sea esto mi tragedia; tal vez sea mi defecto. Pues usted es muy diferente, y yo le prometo una cosa: que nunca trataré de conservarle como a alguien a quien se quiere, si ha de ser el precio de no respetarle.

-Ya sé que es usted magnífico - dijo March después de un silencio -, y, no obstante, tolera y perpetúa todo lo que es mezquino.

Luego, tras otro silencio, añadió:

-¿Recuerda usted la primera vez que nos vimos, mientras estaba usted pescando en aquel arroyo, cuando el asunto del rostro en el blanco? Y, ¿recuerda que usted dijo que, al fin y al cabo, podría no ser ningún mal el que yo volara con dinamita toda esta maraña de la alta sociedad?

-Sí, ¿y qué? - preguntó Fisher.

-Pues que la voy a volar - dijo Harold March -, y me parece justo advertírselo a usted antes. Durante mucho tiempo no creí que las cosas estuvieran tan mal como usted decía. Pero nunca me he creído capaz de ocultar cosas como las que usted sabía, suponiendo que realmente las supiera usted. Bien; el resumen de ello es que tengo una conciencia, y ahora, por fin, tengo una oportunidad. Me han dado la dirección de un gran diario independiente, con carta blanca para todo, y vamos a abrir un cañoneo contra la corrupción.

-Eso es cosa de... Attwood, supongo - dijo Fisher pensativo -. Negociante de maderas. Sabe muchas cosas sobre China.

-Sabe muchas cosas sobre Inglaterra - dijo March con terquedad - y también las sé yo; y no vamos a callarlo más tiempo. La gente de este país tiene derecho a saber cómo se los gobierna..., o mejor dicho, cómo se los arruina. El ministro de Hacienda está en poder de los prestamistas y tiene que hacer lo que le mandan; de lo contrario va a la bancarrota, y a la peor clase de bancarrota, sin

otra cosa detrás que naipes y comediantes. El Primer Ministro está metido hasta el cuello en el asunto del contrato de petróleos. El ministro de Asuntos Exteriores está deshecho por las drogas y la bebida. Cuando usted dice esto sin rebozos de un hombre que puede mandar miles de ingleses a morir por nada, dicen que personaliza usted. Si un pobre maquinista se emborracha y causa la muerte de treinta o cuarenta personas, nadie se queja de que el denunciarlo será personalizar. El maquinista no es una persona.

-Estoy de acuerdo con usted - dijo Fisher tranquilamente -. Tiene usted toda la razón.

-Si está usted de acuerdo con nosotros, ¿por qué demonios no viene usted con nosotros? - preguntó su amigo -. Si usted cree que nosotros estamos en lo justo, ¿por qué no hace usted lo que es justo? Es tremendo pensar que un hombre de su talento no hace más que obstruir el camino de la reforma.

-Hemos hablado de esto con frecuencia - respondió Fisher con la misma calma -. El Primer Ministro es amigo de mi padre. El ministro de Asuntos Exteriores está casado con mi hermana. El ministro de Hacienda es primo mío. Menciono con algún detalle la genealogía, precisamente ahora, porque estoy gozando de una emoción completamente nueva para mí; una dichosa sensación que nunca recuerdo haber tenido antes.

-¿A qué demonio se refiere usted?

-Me estoy sintiendo orgulloso de mi familia -dijo Horne Fisher.

Harold March se quedó mirándole con sus redondos ojos azules, y pareció demasiado desconcertado hasta para hacer pregunta. Fisher se recostó en la silla, con un aire indolente, mientras proseguía:

-Verá usted, querido amigo. Permítame que le haga a mi vez una pregunta. Usted da por descontado que yo siempre he sabido estas cosas de mis desgraciados parientes. Y es verdad. ¿Supone usted que Attwood no las ha sabido siempre? ¿Supone usted que no le ha considerado a usted siempre como un hombre honrado que había de revelar estas cosas cuando tuviera oportunidad? ¿Por qué Attwood le quita a usted el bozal como a un perro, precisamente ahora y no antes? Yo sé por qué; yo sabía muchas cosas, demasiadas cosas. Y por esto, como tengo el honor de observar, me siento al fin orgulloso de mi familia.

-Pero ¿por qué? - repitió March, un tanto más débilmente.

-Me siento orgulloso del ministro de Hacienda porque jugó, y del ministro de Asuntos Exteriores porque bebía, y del Primer Ministro, porque cobró una comisión por un contrato - dijo Fisher firmemente -. Me siento orgulloso de ellos porque hicieron estas cosas, y se los puede denunciar por ellas, y «a pesar de esto se mantienen firmes». Yo me descubro ante ellos porque están desafiando el chantaje y negándose a hundir el país para salvarse ellos. Yo los saludo como si fueran a morir en el campo de batalla.

Después de una pausa, continuó:

-Y será un campo de batalla verdadero, y no metafórico. Hemos cedido tanto tiempo a los financieros extranjeros que ahora hemos de escoger entre la guerra o la ruina. Hasta la gente, hasta los campesinos, empiezan a sospechar que se los está arruinando. Éste es el significado de los lamentables incidentes de que hablan los periódicos.

-¿El significado de los malos tratos a los orientales? - preguntó March.

-El significado de los malos tratos a los orientales - respondió Fisher - es que los financieros han introducido mano de obra china en este país con la deliberada intención de matar de hambre a los obreros y ladrones. Nuestros infortunados políticos han hecho concesión tras concesión, y ahora se les piden concesiones que equivalen a ordenar una matanza de nuestros pobres. Si no luchamos ahora, no lucharemos jamás. En quince días habrán puesto a Inglaterra en una situación económica de extenuación. Pero ahora vamos a luchar; no me extrañaría que hubiese un ultimátum dentro de una semana y una invasión dentro de quince días. Toda la corrupción y cobardía anteriores, por supuesto, nos están estorbando. La región del Oeste es bastante turbulenta e insegura, incluso en el sentido militar, y los regimientos irlandeses de allí, que se supone que nos sostienen a consecuencia del nuevo tratado, están casi amotinados, porque, claro está, este infernal capitalismo de los

«coolies» actúa también en Irlanda. Pero va a ser atajado ahora, y, si el mensaje tranquilizador del Gobierno les llega a tiempo, ellos pueden hallarse aquí, después de todo, en el momento en que el enemigo desembarque. Porque mi pobre banda va a resistir por fin. Por supuesto, es muy natural que después de que han sido presentados como un dechado de perfecciones durante medio siglo, sus pecados se les caigan encima en el momento mismo en que se están conduciendo como hombres por primera vez en su vida. Bien; le digo a usted, March, que yo los conozco por fuera y por dentro y sé que se están portando como héroes. Cada uno de ellos debería tener una estatua y en su pedestal grabadas como aquellas del más noble rufián de la Revolución: «*Que mon nom soit flétri; que la France soit libre.*»

- ¡Dios mío! - exclamó March -. ¿No llegaremos nunca al fondo de las minas y contraminas de usted? Después de un silencio, Fisher respondió en voz baja, mirando a su amigo a los ojos:

-¿Cree usted que no hay más que mal en su fondo? - preguntó afectuosamente -. ¿Cree usted que no he encontrado nada más que inmundicia en las aguas profundas a que el destino me ha lanzado? Créame, usted no conocerá lo mejor de los hombres hasta que conozca lo peor. No agota el conocimiento de sus extrañas almas humanas el saber que fueron Presentados al mundo como unas impecables figuras de cera que nunca han ido detrás de una mujer ni saben lo que quiere decir «cohecho». Hasta en un palacio se puede llevar buena vida, y hasta en el Parlamento la vida se puede vivir con esfuerzos ocasionales para vivirla bien. Le digo a usted que esto es tan verdad aplicado a estos ricos locos y bergantes como a cualquier pobre ratero o salteador: que sólo Dios conoce lo que la conciencia puede sobrevivir, o de qué manera un hombre que ha perdido su honor tratará aún de salvar su alma.

Hubo otro silencio. March se quedó mirando fijamente a la mesa, y Fisher al mar. Después, Fisher se levantó de pronto y recogió su sombrero y su bastón con toda su nueva viveza y hasta combatividad.

-Oiga usted, amigo mío - exclamó -, hagamos un convenio. Antes de abrir su campaña por cuenta de Attwood, venga a pasar una semana con nosotros para oír lo que realmente hacemos. Quiero decir con los «Pocos Fieles», antes, conocidos por la «Vieja Banda» y ocasionalmente como la «Ruin Pandilla». Hay, en realidad, cinco de nosotros enteramente dedicados a organizar la defensa nacional, y vivimos como una guarnición en una especie de hotel abandonado en Kent. Venga usted a ver lo que estamos haciendo en realidad y lo que es necesario hacer, y háganos justicia. Y después, con inalterable amor y afecto para usted, publique y condénese.

Así fue como la última semana antes de la guerra, cuando los acontecimientos se precipitaban, Harold March se encontró haciendo vida común con algunas de las personas a quienes se proponía denunciar. Vivían bastante sencillamente, para gente de sus gustos, en un antiguo mesón de oscuro ladrillo, con las paredes cubiertas de hiedra y rodeado de jardines un poco tristes. A espaldas del edificio, el jardín subía en fuerte pendiente hasta una carretera que corría por la cresta de unas lomas, y un camino en zigzag escalaba el declive en ángulos agudos, torciendo a uno y otro lado entre siemprevivas tan oscuras, que más podrían llamarse «siemprenegras». Esparcidas por la ladera, había estatuas que tenían la fría monstruosidad de esta clase de ornamentos del siglo XVIII, y toda una fila de ellas se extendía enfrente de la puerta posterior. Este detalle se fijó el primero en el recuerdo de March, simplemente porque figuró en la primera conversación que tuvo con uno de los ministros.

Los ministros eran algo más viejos de lo que él se había figurado. El Primer Ministro no tenía ya aspecto de muchacho, aunque aún se parecía un poco a un bebé. Pero era un bebé viejo y venerable y tenía un suave cabello gris. Todo en él era suave, hasta su modo de hablar y de andar; pero, por encima de todo, su función principal parecía ser el dormir. Las personas que se quedaban solas con él se acostumbraban tanto a que sus ojos estuvieran cerrados, que casi se sobresaltaban cuando se daban cuenta, en medio de un silencio, de que los ojos estaban abiertos y hasta vigilantes. Una cosa por lo menos hacía siempre abrir los ojos al anciano señor. La única cosa que realmente le interesaba en este mundo era su afición a armas y armaduras, especialmente las orientales, y era capaz de hablar horas enteras de las hojas de Damasco y de la habilidad de los armeros árabes. Lord

James Herries, el ministro de Hacienda, era un hombre bajo, rechoncho, de rostro cetrino y maneras hurañas que contrastaban con la vistosa flor que llevaba en el ojal y con su costumbre de ir siempre demasiado bien vestido.

Tenía algo de eufemismo el llamarle un conocido hombre de mundo. Había quizá más misterio en la pregunta de cómo un hombre que vivía para los placeres podía encontrar tan poco placer en ellos. Sir David Archer, el ministro de Asuntos Exteriores, era el único de ellos que había subido por su propio esfuerzo y el único que tenía aires de aristócrata. Era alto y delgado, de tipo muy distinguido, con una barba grisácea; tenía muy ensortijados los grises cabellos y hasta se le levantaban- por delante en dos rizos rebeldes que los imaginativos creían ver temblar como las antenas de un insecto gigante o moverse en consonancia con las inquietas e hirsutas cejas que daban sombra a sus ojos, un tanto hundidos. Porque el ministro de Asuntos Exteriores no hacía ningún misterio de su condición algo nerviosa, cualquiera que fuese la causa de ello.

-¿Conoce usted aquel estado de espíritu en que uno es capaz de chillar porque un palo esté torcido? - dijo a March mientras paseaba con él- por el jardín bajo la hilera de mohosas estatuas ---. Las mujeres se ponen en ese estado cuando han trabajado demasiado, y yo he estado trabajando de firme últimamente, por supuesto. Me vuelve loco que Harries lleve el sombrero ladeado, por ganas de parecer un tipo alegre. Le juro que a veces se lo derribaría de un trompazo. Aquella estatua de Britania que hay allí no está bien derecha; se inclina un poco hacia delante como si la señora fuera a caer de bruces. ¿Ve usted? Está sostenida con un puntal de hierro. No se extrañe si un día me levanto en medio de la noche para derribarla.

Siguieron paseando en silencio unos momentos, y después continuó:

-Es curioso cómo estas pequeñas cosas parecen especialmente grandes cuando hay cosas mucho mayores de qué preocuparse. Valdrá más que entremos a trabajar un poco.

Horne Fisher evidentemente no olvidaba todas las posibilidades neuróticas de Archer y los hábitos disipados de Herries, y, cualquiera que fuese su fe en la actual firmeza de éstos, no abusaba indebidamente de su tiempo y de su atención, ni siquiera en el caso del Primer Ministro. Había obtenido el consentimiento de éste para que se confiaran los documentos importantes, con las órdenes para el ejército de occidente, a la custodia de una persona menos visible y más consistente: un tío suyo llamado Horne Hewitt, un señor campesino que había sido un buen soldado y era el consejero militar del Comité. Estaba encargado de hacer llegar promesas del Gobierno, junto con los planes militares acordados, al mando medio rebelde del Oeste, y ' de la tarea, aún más urgente, de cuidar de que no cayeran en manos del enemigo, quien en cualquier momento podía aparecer por el Este. A más de este oficial militar, la única otra persona presente era un oficial de Policía, un cierto doctor Prince, originalmente cirujano de la Policía y ahora distinguido detective que había sido mandado para servir de guardia de corps a todo el grupo. Era un hombre de cara cuadrada con grandes antiparras y una mueca que expresaba la intención de mantener la boca cerrada. Nadie más compartía su cautiverio, excepto el propietario del hotel, un rudo hombre de Kent con cara de manzana silvestre, uno o dos de sus criados y otro criado adscrito particularmente a Lord James Herries. Era éste un joven escocés llamado Campbell, quien parecía mucho más distinguido que su cetrino señor y tenía el cabello castaño y una larga cara saturnina, de facciones grandes, pero delicadas. Era con toda probabilidad la única persona realmente eficiente de la casa.

Al cabo de unos cuatro días de hallarse en esta reunión, March había llegado a encontrar una especie de grotesca sublimidad en estas figuras ambiguas, desafiadoras en la penumbra del peligro, como si fueran jorobados y lisiados que se hubieran quedado solos para defender una ciudad. Todos trabajaban de firme, y él mismo, al levantar los ojos de un libro de apuntes donde estaba escribiendo, en una habitación particular, vio ante sí a Horne Fisher equipado como para emprender un viaje. Imaginó que su amigo estaba un poco pálido. Después de un momento, Fisher cerró la puerta tras de sí y dijo con calma:

-Bien; ya ha ocurrido lo peor, o casi lo peor.

- ¡El enemigo ha desembarcado! - exclamó March levantándose en su asiento.

- ¡Oh! Yo ya sabía que el enemigo había de desembarcar - dijo Fisher con calma-. Sí; ha

desembarcado, pero esto no es lo peor. Lo peor es que hay alguna filtración hasta en esta fortaleza nuestra. Ha sido un golpe para mí, se lo puedo decir, aunque supongo que es ilógico. Al fin y al cabo, me llenaba de admiración el haber encontrado en política tres hombres honrados. No debería llenarme de asombro el encontrar sólo dos.

Se abstrajo un momento y después dijo, de tal manera que March apenas pudo discernir si había o no cambiado el tema:

-Es difícil al principio creer que un tipo como Herries, que se ha curtido en el vicio como en vinagre, pueda conservar algún escrúpulo. Pero sobre este punto he observado algo curioso. El patriotismo no es la primera de las virtudes. El patriotismo degenera en prusianismo cuando usted pretende que sea la primera de las virtudes. Pero el patriotismo es, a veces, la última de las virtudes. Un hombre capaz de estafar o seducir no querrá vender a su país. Por otra parte, ¿quién sabe?

-Pero ¿qué hay que hacer? -- se indignó entonces March.

-Mi tío tiene bien custodiados los papeles y los va a mandar al Oeste esta noche; pero alguien trata de apoderarse de ellos afuera, ayudado, temo yo, por alguien de dentro. Todo lo que puedo hacer de momento es tratar de despistar al hombre de afuera, y, para ello, he de irme. Volveré dentro de veinticuatro horas. Durante mi ausencia deseo que usted observe a toda esta gente y vea lo que pueda descubrir. *Au revoir*.

Desapareció por la escalera, y March, desde la ventana, pudo verle montar en una motocicleta y alejarse en dirección a la ciudad vecina.

A la mañana siguiente, March se hallaba sentado en el hueco de la ventana del viejo comedor, que estaba revestido de roble y ordinariamente era bastante oscuro; pero en esta ocasión se llenaba de la blanca luz de una mañana curiosamente clara; había hecho una luna espléndida durante las dos o tres noches últimas. March quedaba algo a la sombra en el hueco de la ventana, y Lord James Herries, entrando precipitadamente desde el jardín, no le vio. Lord James se asió al respaldo de una silla como para sostenerse, y, sentándose de pronto ante la mesa, que aún estaba cubierta con los restos de la última comida, se sirvió un vaso de ron y lo bebió. Estaba de espaldas a March, pero su rostro amarillo aparecía en un espejo redondo que había al otro lado y tenía un tinte como el que hubiera podido producir alguna horrible enfermedad. Como March se moviera, se sobresaltó violentamente y se volvió.

- ¡Dios mío! - exclamó-. ¿Ha visto usted lo que hay ahí afuera?

-¿Afuera? - repitió el otro, mirando al jardín por encima de su espalda.

- ¡Oh, vaya a verlo usted mismo! - gritó Herries con una especie de furia -. Han asesinado a Hewitt y han robado sus papeles. Esto es todo.

Se volvió otra vez de espaldas y se sentó de golpe, con un temblor en sus cuadrados hombros. Harold March salió corriendo al jardín de la pendiente y de las estatuas.

Lo primero que vio fue Cal doctor Prince, el detective, mirando a través de sus anteojos algo que había en el suelo; lo segundo fue el objeto que aquél estaba mirando. Aun después de la noticia sensacional que le acababan de dar, el espectáculo causaba sensación.

La monstruosa estatua de Britania yacía de bruces sobre el camino, y debajo de ella salían, aquí y allí, como las patas de una mosca aplastada, un brazo cubierto con la manga de una camisa blanca, una pierna vestida de un pantalón caqui y unos cabellos de inconfundible tono gris pajizo, pertenecientes al infortunado tío de Horne Fisher. Había un charco de sangre, y los miembros tenían ya la rigidez cadavérica.

-¿No puede haber sido esto un accidente? - dijo March, recuperando, por fin, su voz natural.

-Véalo usted mismo - repuso la voz bronca de Herries, que le había seguido con desasosegados movimientos -. Le digo que todos los papeles han desaparecido. El asesino ha arrancado la chaqueta al cadáver y ha cortado el bolsillo interior, para llevarse los documentos. Allí, sobre el talud, tiene usted la chaqueta con el corte.

-Espere un minuto - dijo el detective Prince calmadamente -. En este caso parece haber algo misterioso. Un asesino podía haber logrado de modo u otro echarle la estatua encima, como parece

que ha hecho. Pero apuesto a que no hubiera podido volver a levantarla fácilmente. Yo he probado a hacerlo y estoy seguro de que esto exigiría por lo menos tres hombres. No obstante, hemos de suponer, según esta teoría, que el asesino primero le aplastó al pasar él por aquí, valiéndose de la estatua como de una porra de piedra, luego levantó ésta, cogió a su víctima para quitarle la chaqueta, la volvió a dejar en esa postura y volvió a colocar la estatua. Le digo a usted que ello es físicamente imposible. Y ¿de qué otra manera podía haber desnudado a un hombre cubierto con aquel monumento piedra? Esto es más difícil que el juego de ilusionismo en que un hombre se quita la americana con las manos atadas.

-¿Podía haber hecho caer la estatua después de haber despojado el cadáver? -preguntó March.

-Y ¿por qué? - preguntó Prince vivamente -. Si después de haber matado al hombre se hubiese apoderado de sus papeles, hubiera huido como el viento.

No se habría quedado en el jardín removiendo los pedestales de las estatuas. Además..., ¡hola!, ¿qué hay allí arriba?

En lo alto de las lomas que les dominaban veíase dibujada sobre el cielo, en delgadas líneas negras, una figura tan larga y flaca que casi parecía una araña. La oscura silueta de la cabeza mostraba dos pequeños tufos parecidos a dos cuernos; y casi habrían podido jurar que los cuernos se movían.

-¡Archer! - gritó Herries, con una súbita cólera, y echando ternos le gritó que bajara. La figura se retiró al primer grito, con un movimiento tan agitado y repentino que casi pareció una cabriola. Un momento después, el hombre pareció reponerse y pensarlo mejor, y empezó a bajar por el camino zigzagueante, pero con manifiesta repugnancia y acortando el paso en un ritmo cada vez más lento. En el cerebro de March resonaban las frases que este mismo hombre había usado, sobre volverse loco en medio de la noche y derribar la figura de piedra. Así precisamente, según él podía imaginar, el maniático que había hecho una cosa como aquella podía encaramarse de aquel modo febril a la cresta de las lomas y volverse, desde allí, a contemplar la ruina que había causado. Sin embargo, la ruina que había causado no era solamente una ruina de piedra.

Cuando el hombre llegó por fin al camino del jardín, con el rostro y la figura a plena luz, marchaba efectivamente con lentitud, pero tranquilo y sin ninguna apariencia de temor.

-Esto es terrible -dijo-. Lo he visto desde arriba; estaba dando un paseo por lo alto de las lomas.

-¿Quiere usted decir que vio el asesinato o accidente? Quiero decir: ¿vio usted caer la estatua? - preguntó March.

-No - repuso Archer -. Quiero decir que vi la estatua caída.

Prince no parecía prestar mucha atención; tenía la vista clavada en un objeto que yacía a una o dos yardas del camino. Parecía una barra de hierro enmohecido doblada por un extremo.

-Una cosa no entiendo - dijo - y es toda esta sangre. El cráneo del pobre hombre no está aplastado; muy probablemente tiene rota la nuca; pero la sangre parece haber manado a borbotones como si todas las venas hubieran sido cortadas. Yo me pregunto si algún otro instrumento..., aquel hierro, por ejemplo; pero no veo que tenga filo, Supongo que nadie sabe lo que es.

-Yo sé lo que es - dijo Archer, con su voz profunda, pero un tanto temblorosa-. Lo he visto en mis pesadillas. Era el apoyo o puntal de hierro del pedestal, puesto ahí, supongo yo, para sostener la estatua cuando empezó a desplomarse. Sea como fuere, siempre había estado -clavada en estos sillares, y supongo que se habrá desprendido al venirse abajo la cosa...

El doctor Prince asintió con la cabeza, pero continuó mirando el charco de sangre y la barra de hierro.

-Estoy seguro de que hay algo más, bajo todo esto - dijo al cabo -. Tal vez algo más debajo de la estatua. Me dice el corazón que hay algo más. Somos cuatro hombres, y entre todos podemos levantar esta enorme piedra.

Se pusieron a ello con todas sus fuerzas; hubo un silencio, interrumpido sólo por fuertes jadeos; y luego, tras un instante en que se vieron tambalear y temblar ocho piernas, la gran columna de roca esculpida rodó a un lado y el cuerpo en mangas de camisa quedó al descubierto. Los lentes



del doctor Prince parecieron casi agrandarse con una especie de resplandor como si fueran unos ojos grandes, porque también aparecieron entonces otras cosas. Una de ellas era que el infortunado Hewitt tenía un profundo corte en la yugular, que el triunfante doctor identificó instantáneamente como producido por un instrumento muy afilado, cual una navaja. El otro era que al pie mismo del talud yacían esparcidos tres brillantes pedazos de acero, largos de casi un pie, de los cuales uno era puntiagudo y otro estaba encajado en un puño o mango suntuosamente guarnecido de pedrería. Era, evidentemente, una especie de cuchillo oriental, lo bastante largo para que se le pudiera llamar una espada, pero con un curioso filo ondulado. Tenía en la punta una o dos manchas de sangre.

-Yo hubiera esperado hallar más sangre, y no precisamente en la punta - observó el doctor Prince pensativo -, pero éste es indudablemente el instrumento del crimen. La herida está hecha precisamente con un arma como ésta; y probablemente la cortadura del bolsillo también. Supongo que el bárbaro le arrojó la estatua encima como una manera de hacerle un funeral público.

March no respondió; estaba hipnotizado por las extrañas piedras, que brillaban en la extraña empuñadura; y su posible significado iba clareando en su espíritu como un terrible alborear. Era una curiosa arma asiática. Sabía qué nombre estaba relacionado en su memoria con armas asiáticas curiosas. Lord James expresó su secreto pensamiento, y, no obstante, esto le sorprendió como una incongruencia.

-¿Dónde está el Primer Ministro? - exclamó Herries de pronto, casi como un perro que ladra al descubrir algo.

El doctor Prince volvió hacia él sus antiparras y su rostro adusto, que estaba más torvo que nunca.

-No le he podido encontrar en parte alguna -dijo -. Le he buscado en seguida, así que he descubierto que los papeles habían desaparecido. El criado de usted, Campbell, ha hecho una activa pesquisa; pero no se encuentra ningún rastro.

Hubo un largo silencio, tras el cual Herries profirió otro grito, pero en un tono completamente distinto.

-Bien, ya no necesita usted buscarle - dijo - porque aquí viene con su amigo Fisher. Se diría que vuelve de dar un paseo.

Las dos figuras que se acercaban por el camino eran, efectivamente, la de Fisher, salpicado por el barro de los caminos y mostrando en la calva frente un rasguño como si se hubiera arañado con una zarza, y la del gran estadista de cabellos grises y cara de niño que se interesaba por las armas orientales y su fabricación. Pero, aparte reconocerlos como a tales, March no pudo deducir nada ni de su presencia ni de su manera de conducirse, lo cual parecía dar el toque definitivo de incongruencia a toda la pesadilla. Cuanto más atentamente los observaba, en tanto que ellos escuchaban las revelaciones del detective, más le desconcertaba su actitud. Fisher parecía apenado por la muerte de su tío, pero no muy horrorizado por ello; el Primer Ministro parecía estar francamente pensando en otra cosa, y ninguno de los dos tuvieron nada que sugerir respecto a una persecución del asesino y espía fugitivo, a pesar de la prodigiosa importancia de los documentos que había robado. Cuando el detective se hubo ido para ocuparse de este aspecto del asunto, telefonar y redactar su informe, cuando Herries hubo vuelto, probablemente, a su ron y su botella, y el Primer Ministro se hubo encaminado sosegadamente hacia un cómodo sillón en otra parte del jardín, Horne Fisher habló directamente a Harold March.

-Amigo mío -dijo-. Quiero que venga ahora conmigo; no hay nadie en quien yo pueda confiar como en usted. La excursión nos llevará la m mayor parte del día, y lo más importante no se puede hacer hasta el anochecer. De manera que tendremos tiempo de hablar de todo por el camino. Pero deseo que usted esté conmigo; porque creo que ha llegado mi hora.

March y Fisher tenían cada uno su motocicleta; y la primera mitad de su viaje consistió en seguir la costa hacia el Este entre el estruendo nada propicio a la conversión de aquellas incómodas máquinas. Pero cuando más allá de Canterbury entraron en las llanuras del Kent oriental, Fisher se detuvo en un agradable parador, junto a un dormido riachuelo, y ambos se sentaron a comer y beber, y, casi por vez primera, a hablar. Hacía una tarde luminosa; los pájaros cantaban en el bosque

de detrás de la casa y el sol daba de lleno en el banco donde estaban sentados y en la mesa que tenían delante; pero el rostro de Fisher ofrecía, bajo la fuerte luz, una gravedad que no se le había visto nunca.

-Antes de ir más allá -dijo- hay algo que usted debe saber. Usted y yo hemos visto antes de ahora muchas cosas misteriosas y hemos penetrado hasta su fondo; justo es que ahora pueda usted penetrar hasta el fondo de éste. Pero, al hablar de la muerte de mi tío, yo he de empezar por el extremo opuesto a aquel por donde empiezan nuestras viejas historias de detectives. Si usted lo desea, le expondré ahora la cadena de deducciones escalonadas. Antes que nada le diré a usted la verdad misma; porque yo sabía la verdad desde el principio. A los otros casos yo me acerqué desde fuera; pero en este caso yo estaba dentro. Yo mismo he sido el alma y el centro de todo.

Algo en los párpados caídos y en los graves ojos grises de su interlocutor hizo, de pronto, que March - se estremeciera hasta los huesos y que gritase consternado: « ¡No comprendo! » cómo gritan los hombres cuando temen comprender demasiado. Durante un rato no se oyó otro sonido que el alegre gorjear de los pájaros. Después, Horne Fisher dijo serenamente:

-Fui yo quien mató a mi tío. Si quiere usted más precisión, fui yo quien le robé los papeles oficiales.

- ¡Fisher! - exclamó su amigo, con voz ahogada.

-Déjeme usted contarle todo antes de separarnos - continuó el otro - y permítame que lo exponga, en gracia a la claridad, como acostumbrábamos exponer nuestros antiguos problemas. Ahora bien; hay dos cosas que intrigan en este problema, ¿no es verdad? La primera es cómo se arregló al asesino para quitar la americana al muerto cuando éste ya estaba clavado al suelo por aquel monstruo de piedra. La otra, de menos importancia y menos desconcertante, es el hecho de que la espada que cortó su garganta no estuviese manchada por el filo. Bien: yo puedo resolver fácilmente la primera cuestión. Horne Hewitt se quitó él mismo la americana antes de que le mataran. Podría decir que se quitó la americana para que le mataran.

-¿A esto llama usted una explicación? - exclamó March -. Las palabras parecen tener menos sentido que los hechos.

-Pasemos a los otros hechos continuó Fisher sin inmutarse -. La razón por la cual aquella espada no tiene el filo manchado con la sangre de Hewitt es que no sirvió para matar a Hewitt.

-Pero el doctor - protestó March - declaró categóricamente que la herida había sido hecha con aquella espada.

-Usted perdone -replicó Fisher-. Él no declaró que fuese hecha con aquella espada. El declaró que había sido hecha por una espada de aquella forma.

-Pero era una forma muy rara y excepcional -opuso March-. Realmente es una coincidencia demasiado fantástica para imaginada.

-Fue una coincidencia fantástica -reflexionó Horne Fisher-. Es extraordinario que las coincidencias ocurran a veces. Por la casualidad más rara del mundo, por una entre un millón de posibilidades, ocurrió que otra espada exactamente de la misma forma estaba en aquel mismo jardín en aquel mismo momento. Esto puede explicarse en parte por el hecho de que yo mismo las llevé al jardín. ¡Vamos, amigo mío, sin duda usted mismo puede ver lo que significa...! Ate usted los dos cabos; había dos espadas iguales y Hewitt se quitó la americana él mismo. Puede ayudar a sus especulaciones el que le recuerde el hecho de que yo no soy exactamente un asesino.

¡Un duelo! - exclamó March, reponiéndose -. Por supuesto, debía haber pensado en ello. Pero ¿quién era el espía que robó los papeles?

Mi tío era el espía que robó los papeles - respondió Fisher -, o que trataba de robar los papeles cuando yo se lo impedí... de la única manera que pude. Los papeles que tenían que haber ido al Oeste para tranquilizar a nuestros amigos y darles los planes para rechazar la invasión, se habrían hallado a las pocas horas en manos del invasor. ¿Qué podía hacer yo? Denunciar a uno de los nuestros en este momento hubiera sido hacer el juego de su amigo Attwood, y, de todo el partido, el partido del pánico y la esclavitud. Además, puede que un hombre que pasa-ya de los cuarenta experimente el deseo subconsciente de morir como ha vivido, y que yo deseara en cierto sentido

llevarme mis secretos a la tumba. Tal vez las chifladuras aumenten con la edad, y mi chifladura ha sido el silencio. Tal vez yo sienta haber matado al hermano de mi madre, pero he salvado el nombre de mi madre. Como quiera que sea, yo escogí la hora en que sabía que todos ustedes dormían y él estaba paseando por el jardín. Yo veía todas las estatuas de piedra destacándose a la luz de la luna; y yo mismo era como una de aquellas estatuas que anduviese. Con una voz que no era la mía le hablé de su traición y le pedí los papeles, y cuando él se negó a dárme los le obligué a tomar una de las espadas. Las espadas habían sido mandadas aquí con otras para que el Primer Ministro las examinara; ya sabe usted que es un coleccionista. Eran las únicas armas iguales que pude encontrar. Para abreviar esta fea historia, le diré que nos batimos allí, en el camino, delante de la estatua de Britania; él era un hombre de gran fuerza, pero yo le aventajaba en destreza. Su espada rozó mi frente casi en el instante mismo en que la mía se hundía en la garganta. Cayó contra la estatua, como César contra la de Pompeyo, agarrándose a la barra de hierro; su espada ya estaba rota. Cuando vi salir la sangre por aquella mortal herida, olvidé todo lo demás; solté la espada y corrí para levantarlo. Al inclinarme hacia él, ocurrió algo demasiado rápido para que yo lo siguiera en detalle. No sé si la barra de hierro estaba roída por el orín y se le quedó en la mano o si él la arrancó con su fuerza de mono; pero la cosa estaba en su mano, y con su última energía la blandió sobre mi cabeza cuando yo me arrodillaba inerte a su lado. Hice un movimiento para evitar el golpe, y vi sobre nosotros el gran bulto de Britania que se inclinaba hacia fuera como el mascarón de una nave. Un instante después vi que se inclinaba una pulgada o dos más que de costumbre y todo el cielo con sus prominentes astros parecía inclinarse con ella. El tercer segundo fue como si cayeran los cielos, y, el cuarto, yo me hallaba de pie en el tranquilo jardín mirando aquella aplastada ruina de piedra y huesos que ustedes estaban mirando hoy. Mi tío había arrancado el último puntal que mantenía en pie la diosa británica, y ella se había desplomado y aplastado al traidor en su caída. Me volví y me arrojé sobre la chaqueta que, según me constaba, contenía el paquete, la rasgué con mi espada, y subí velozmente por la senda del jardín hasta la carretera de arriba, donde me aguardaba mi motocicleta. Tenía todas las razones para ir de prisa, pero huí sin volverme a mirar la estatua y el cadáver, y creo que de lo que yo huía era de la vista de aquella espantosa alegoría. Después hice lo que me quedaba por hacer. Toda la noche y toda la madrugada, y hasta después de despuntar el día, atravesé como una bala ciudades y mercados del sur de Inglaterra, hasta que llegué al Cuartel General del Este, donde había las dificultades que sabemos. Aún llegué a tiempo. Pude llenar el lugar de pasquines con la noticia de que el Gobierno no los había traicionado y de que encontrarían sostén si avanzaban hacia el Este al encuentro del enemigo. No hay tiempo para explicarle todo lo que ocurrió; pero le digo que fue el día más grande de mi vida. Un triunfo como podían haber sido teas incendiarias. Los rebeldes se apaciguaron; los hombres de Somerset y de las comarcas orientales acudieron en oleadas a las cabezas de distrito: los hombres que murieron con Arturo y se mantuvieron firmes con Alfredo. Los regimientos irlandeses se unieron a ellos, después de una escena tumultuosa, y salieron de la ciudad en dirección al Este cantando canciones fenianas. Había algo absurdo en la ruda alegría 'de aquella gente, en el gozo con que, mientras marchaban con los ingleses a la defensa de Inglaterra, cantaban a voz en grito: «En lo alto del árbol de la horca estaban los tres nobles corazones... con la cruel cuerda de Inglaterra al cuello...»; sin embargo, el estribillo era: « ¡Dios salve a Irlanda! »; y todos podíamos cantar lo mismo entonces, en un sentido u otro.

»Pero mi misión tenía, además, otro objeto. Yo llevaba los planes de la defensa, y hasta cierto punto, afortunadamente, los planes de la invasión también. No le voy a abrumar con tecnicismos estratégicos, pero nosotros sabíamos que el enemigo había hecho avanzar la gran batería que protege todos sus movimientos; y, aunque nuestros amigos del Oeste difícilmente podrán llegar a tiempo de interceptar el movimiento principal, pueden ponerse a distancia conveniente de la batería y bombardearla con cañones de largo alcance, siempre que conozcan exactamente su situación. Ellos difícilmente podrían localizarla, a no ser que alguien -desde aquí les haga una señal. Y me parece que alguien se dispone a hacerla.

Con esto, se levantó de la mesa, y ambos volvieron a montar en sus motocicletas y continuaron hacia el Este bajo la creciente oscuridad del atardecer. Los desniveles del paisaje se

repetían en tiras aplanadas de flotantes nubes y los últimos colores del día persistían en el círculo del horizonte. Retrocediendo cada vez más detrás de ellos, quedaba el anfiteatro de las últimas montañas. De pronto divisaron a lo lejos la línea confusa del mar. No era una cinta de azul radiante, como la que habían contemplado desde el mirador, sino de un lúgubre y turbio violeta, un color que parecía ominoso y hostil. Aquí, Horne Fisher desmontó de nuevo.

-Hemos de recorrer a pie lo que falta del camino, y el último trecho lo he de recorrer yo solo.

Se inclinó y empezó a desatar un objeto que llevaba en su motocicleta. Era algo que había intrigado a su amigo durante todo, el viaje, a pesar de que éste le ofrecía enigmas más interesantes, y parecía consistir en unos bastones reunidos en haz y envueltos en papel. Fisher se puso aquello debajo del brazo y empezó a avanzar tanteando el camino. El terreno se hacía cada vez más pendiente y accidentado, y Fisher dirigía sus pasos a una espesura de maleza y arbustos; la noche cerraba y se oscurecía por momentos.

-Ahora no debemos hablar - dijo Fisher -. Yo le indicaré dónde ha de detenerse. No trate usted de seguirme entonces, porque esto podría aguar la fiesta; es ya bastante difícil para un hombre solo llegar salvo a puerto; dos serían cogidos indefectiblemente.

-Le seguiría a usted adondequiera que fuese - respondió March -, pero me detendré, también, si es mejor.

-Lo sé - dijo su amigo en voz baja -. Acaso sea usted el único hombre en quien he confiado en este mundo.

Unos pasos más allá llegaron al extremo de una gran loma o montículo que se perfilaba, monstruoso, sobre el cielo crepuscular, y Fisher se detuvo con un ademán. Tomó la mano de su compañero y la estrechó con violenta ternura: después se sumió en la oscuridad. March pudo ver, confusamente, su figura arrastrándose en la sombra del montículo, y luego la descubrió de pie sobre otro montículo doscientas yardas más allá. A su lado había un raro artefacto que parecía hecho con dos palos. Se inclinó sobre él y se vio brillar una llama; March sintió despertar de pronto todos sus recuerdos infantiles y comprendió de qué se trataba. Era el soporte de un cohete. Continuó absorto en recuerdos confusos e incongruentes hasta que oyó un ruido violento, pero familiar, y un instante después el cohete abandonaba el soporte y se elevaba en el espacio como una flecha luminosa disparada contra el cielo. March pensó de pronto en los signos de los últimos días y conoció que estaba viendo el apocalíptico meteoro de algo que se parecía al día del juicio.

Arriba, muy lejos en el cielo infinito, el cohete se detuvo y estalló en la lluvia de estrellas escarlata. Por un momento todo el paisaje, desde el mar al anfiteatro de las montañas, fue como un lago de luz de un color encarnado extrañamente rico y glorioso, como si el mundo estuviese empapado en vino en vez de sangre, o la tierra fuese un paraíso terrenal sobre el cual se detuviera para siempre el magnífico rubor del amanecer.

-¡Dios salve a Inglaterra! - gritó Fisher con una voz que sonó como una trompepa -. Y ahora es Dios quien la ha de salvar.

Cuando la tierra y el mar quedaron de nuevo envueltos en la oscuridad, llegó otro sonido: lejos, en los desfiladeros de las montañas que habían dejado atrás, se oyó la voz de los cañones, como el ladrido de grandes perros. Algo que no era un cohete, y que luego, no silbando, sino aullando, pasó por encima de la cabeza de March y fue a deshacerse, más allá del montículo, en luz y en ruido ensordecedor, estremeciendo el cerebro con insufribles brutalidades de estruendo. Otro le siguió, y después otro, y todo se llenó de conmoción, de vapores volcánicos y de caótica luz. La artillería del Oeste y los irlandeses habían localizado la gran batería enemiga y la estaban cañonendo.

En la loca excitación de aquel momento, March trató de ver a través de la tempestad, buscando la larga y flaca figura junto al soporte de los cohetes. Entonces, otra explosión iluminó todo el montículo. La figura no estaba allí.

Antes de que la luz del cohete se hubiera desvanecido en el cielo, mucho antes de que el primer cañón hubiese tronado en las montañas lejanas, una descarga de fusilería había relampagueado y tableteado desde las ocultas trincheras del enemigo. Algo yacía en la sombra al

pie del montículo, rígido como la caña del cohete caído, y el hombre que sabía demasiado sabía ya lo que más vale la pena de saber.